

MARI JUNGSTEDT

NO ESTÁS SOLA

La subinspectora Karin Jacobsson
se enfrenta a un caso difícil



MAEVA NOIR

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos

<http://www.maeva.es/guias-lectura>

Índice

Cubierta

Mapas

No estás sola

Agradecimientos

Créditos

Notas

*A mi maravillosa y querida amiga
Ulrika Hall, que estará por siempre en mi corazón*

Si de entre un millar de estrellas,
una de ellas se fija en ti,
ten fe en su intención,
confía en el brillo de sus ojos.

No estás solo.
La estrella tiene un millar de amigas;
todas ellas te contemplan,
te contemplan en su nombre.

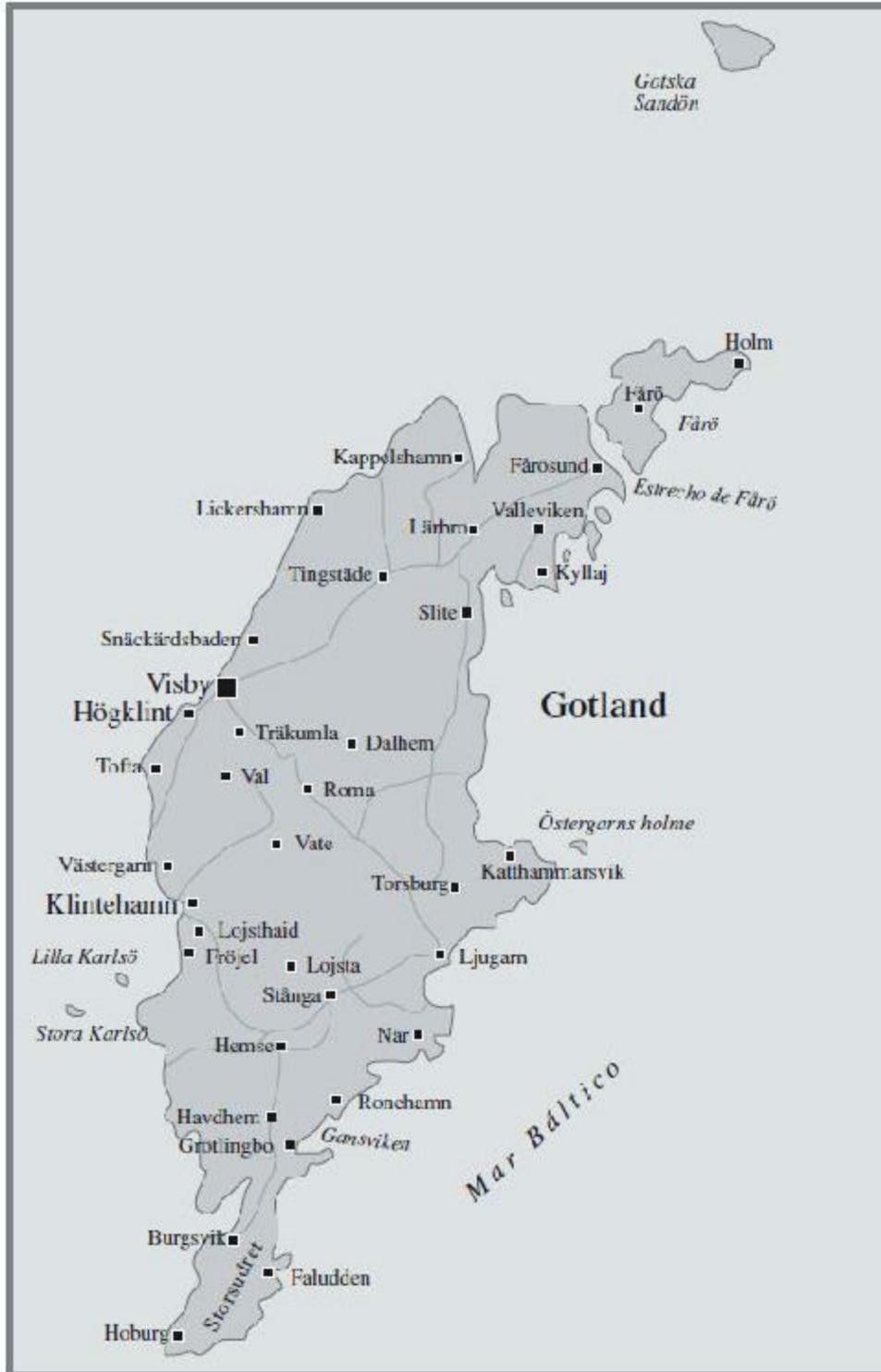
Dichoso y afortunado eres.
Esta noche el cielo está a tu lado.

CARL JONAS LOVE ALMQVIST

SUECIA



GOTLAND



Una luz tenue se abrió paso entre las ventanas de la iglesia. A pesar de estar en pleno día, los rayos de luz no incidían con mucha fuerza. Era la época del año en que el sol apenas asomaba por el horizonte. Fuera de la iglesia de Öja, al sur de la isla de Gotland, se hacinaban las nubes en el cielo plomizo. Los silbidos del viento envolvían la torre que se elevaba por encima de los tejados, la cual se divisaba a lo lejos.

La última tormenta llegó a la isla con una fuerza inclemente y había provocado la caída de un gran número de pinos que ahora yacían sobre las playas de Gotland.

Las campanadas de la iglesia resonaban nostálgicas y afligidas llamando a los invitados al funeral que se agazapaban bajo el viento y se apresuraban para entrar en la iglesia.

Poco a poco se fueron sentando en los bancos, que crujían, todo lo apretujados que podían y manteniendo la compostura. Todos se quedaron con la ropa de abrigo puesta, pues la iglesia era enorme y apenas estaba caldeada.

Los asistentes, absortos por aquel momento, murmuraban en voz baja ante la presencia de la muerte. Las cabezas canosas se juntaban unas a otras, asomaban rostros serios y mejillas pálidas como la nieve. La mayoría sobrepasaba los sesenta y cinco años. Las facciones arrugadas, los mentones caídos y las miradas apagadas no eran más que un mero reflejo de las tribulaciones de la vida. Las manos arrugadas acariciaban levemente nerviosas las delicadas hojas de papel de seda del libro de cánticos. El coro embellecía la escena junto con los lirios blancos, símbolos de la muerte. Todo era un recordatorio de la fugacidad de la vida y de que, al fin y al cabo, nadie se libra de ella.

Alguno giraba la cabeza, intercambiaba una mirada breve o simplemente contemplaba el espléndido interior de la iglesia. A ambos lados, predominaba una serie de pinturas medievales ornamentadas con todo lujo de detalles y el

crucifijo dorado con la virgen María, *mater dolorosa*, que se alzaba cabizbaja en uno de los extremos y mostraba una belleza humilde.

Las notas del órgano llenaban por completo la nave principal de la iglesia y dotaban de vida a sus muros robustos. Se propagaban sobre las cabezas de los asistentes atravesando cada uno de los bancos hasta lo más alto del edificio.

«Maravillosa es la tierra, glorioso es el cielo de Dios, hermosas son las peregrinaciones de las almas.»

La congregación se puso en pie y se unió al cántico. La iglesia estaba casi repleta, lo cual no era muy común. La última vez que acudió tanta gente fue en el concierto de Adviento.

Fuera de aquel edificio imponente se arqueaban los árboles al viento. El invierno había dejado la tierra en barbecho, una fina capa de nieve cubría los campos helados y envolvía las casas y granjas. Los animales se habían refugiado del invierno, los campos y prados estaban desolados e inertes. Era como si todo el mundo hubiera abandonado la isla, como si fuera un lugar olvidado e impensable para la vida humana. Aquella estación oscura y duradera conllevaba una espera interminable. Una espera por la vida.

El cielo ennegrecía cada vez más. La oscuridad había llegado para quedarse. Y con ella, la inmensa soledad.

La calle Södra Murgatan recorría la muralla medieval, y las casas que se apelotonaban en los callejones adoquinados formaban parte de la estampa típica de Visby. En las paredes de piedra caliza blanca que revestían las casas asomaban puertas bajas de madera y ventanas decoradas con cortinas de encaje y todo tipo de objetos hermosos, expuestos casi al borde de la acera. Algunas se alzaban tanto como los muros enormes y robustos que rodeaban la ciudad. Apenas había tráfico por la zona. Sobre todo en septiembre, pues la temporada alta había terminado y la mayoría de los turistas ya se habían ido de la isla.

Eva Eliasson pedaleaba con esfuerzo. Llevaba a su hija de tres años, Vilma, en el portapaquetes de la bicicleta. Le costaba, debido al pavimento irregular, pero estaba acostumbrada. Ese lunes por la mañana Vilma acompañaba a su madre a la peluquería donde trabajaba, como muchas otras veces durante el último año. Se encontraba pachucha, después de haber estado resfriada el fin de semana, y no había ido al colegio. Cuando se divorciaron, y tras ganar la custodia por lo contencioso, el padre de Vilma apenas ayudaba, a excepción de los fines de semana que se quedaba con la niña. Por lo demás, Eva se las tenía que arreglar. Debía trabajar todo lo que podía para salir adelante económicamente, e iba tirando gracias a que tanto sus amigos como su hermana le echaban una mano con Vilma cuando lo necesitaba.

Trabajaba como esteticista de uñas. Después del divorcio, abrió su propio negocio y alquiló el salón de belleza Jenny, que estaba algo apartado, al final de la calle Södra Murgatan.

Eva aparcó la bicicleta en la parte de atrás del salón de belleza y ayudó a Vilma a bajarse del asiento. Después de encender la cafetera, se preparó para atender a la primera cliente del día que tenía cita a las nueve en punto. Salió del local y se sentó en la mesa, junto a la entrada, se encendió un cigarrillo y

cerró los ojos de cara al sol. Faltaba un cuarto de hora. Después de una semana de lluvia y viento, había amainado y el buen tiempo estaba de vuelta.

Hacía mucho calor al sol. Se quitó la chaqueta de punto y le dio un sorbo al café cargado. Vilma parecía haberse espabilado. Estaba jugando con sus caballos de juguete en el césped, al otro lado de la calle, debajo de Kajsartornet, una de las muchas torres defensivas que posee la muralla. La niña hablaba sola mientras hacía que los caballos saltaran por el suelo y lucharan entre ellos. Las gafas de sol de Eva ocultaban su rostro risueño. Qué bonita era Vilma. Sintió una pizca de mala conciencia por haberse enfadado con ella el fin de semana. Trabajaba mucho durante la semana y solía darse el lujo de irse de fiesta los sábados por la noche. Era su momento de respiro. Disfrutaba con ponerse guapa, tomarse unas copas de más y buscar la aprobación de la gente. Pero ese fin de semana no había podido ser. Nadie quiso cuidar de Vilma, porque tenía mocos y fiebre.

Los pensamientos de Eva se vieron interrumpidos cuando entró la primera cliente, su amiga de la infancia Katja, que saludó alegremente a Vilma.

Eva dejó el cigarrillo, se levantó y se apresuró a darle un abrazo rápido a su amiga.

–Hola, ¿quieres café?

–Sí, por favor. Tengo muchas cosas que contarte.

Eva recogió los caballos de Vilma del césped y tomó a la niña de la mano.

–Ven, Vilma, que te voy a dar un vasito de zumo. Ven a jugar dentro.

Aprovechando que hacía un sol espléndido, Eva dejó la puerta de la calle abierta.

David Forss se despertó de repente. Algo no cuadraba. Estiró el brazo e intentó palpar el otro lado de la cama. El lado de Anna estaba vacío. La habitación, a oscuras. Se detuvo a escuchar atentamente. Silencio absoluto. Tal vez haya ido al baño, pensó. Se quedó contemplando en la oscuridad, pero no lograba distinguir nada más allá del contorno de las cortinas de la ventana. La habitación estaba más oscura de lo normal y se dio cuenta de que se debía a que la puerta estaba cerrada. Siempre la dejaban abierta de par en par. Anna se quejaba de la sensación de encierro, prefería que hubiera corriente.

Probablemente estuviera arriba cosiendo. Es lo que solía hacer cuando no podía dormir. Desde hacía algún tiempo, tenía problemas de insomnio. Se sentía cansada durante el día y se echaba la siesta después de recoger a Heidi del colegio. Antes cuidaba de su hija cuando no trabajaba, pero ahora tenía sueño constantemente. Puede que estuviera enferma y que no quisiera hablar del tema.

Anna no hablaba mucho de sus sentimientos o de lo que pensaba, nunca lo había hecho. Apenas coincidían. David trabajaba de noche en la fábrica de caucho y ella como costurera en casa. Solía empezar a coser mientras David dormía. En el mejor de los casos, pasaban algunas horas juntos por la tarde antes de cenar y de que él se fuera al trabajo.

Antes preparaban la cena juntos e incluso les quedaba una hora para sentarse a ver la tele después de acostar a Heidi. Pero de eso hacía ya mucho tiempo. Él dejó que las cosas siguieran tal cual, pensaba que algún día todo aquello acabaría, que ella volvería con él, que quizá fuera algo pasajero.

David se levantó de la cama. Con delicadeza, abrió la puerta que daba al pasillo oscuro. Una tenue luz parecía inmiscuirse entre las ranuras de la habitación de costura de Anna, que se encontraba al fondo, un poco más allá del baño y del armario. Seguía creyendo que estaba trabajando. El suelo crujió levemente bajo sus pies. Al pasar por delante del dormitorio de su hija observó que la puerta estaba entreabierta y percibió el leve sonido de su respiración.

De pronto, el silencio se vio interrumpido por las campanadas de la iglesia de Öja, que resonaban monótonas en mitad de la noche tranquila. Tres campanadas. Sintió una leve irritación al pensar que Anna se pusiera a coser a aquellas horas intempestivas, que lo hubiera desvelado por eso. Y que lo hiciera precisamente cuando él estaba en casa y podían estar juntos en la cama.

Cuando se acercó a la habitación de costura, no percibió el runrún habitual de la máquina de coser, sino el suave murmullo que provenía de la habitación. ¿Con quién estaría hablando por teléfono esta vez? Se acercó sigilosamente a la puerta y pegó la oreja. Parecía la voz de una niña, pero con un tono más agudo de lo normal. Aun así, no cabía duda de que se trataba de su voz, aunque era obvio que la estaba impostando.

El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho. No lograba distinguir las palabras pronunciadas al otro lado. Oyó que Anna soltaba alguna que otra risa tonta. ¿Qué demonios estaba pasando?

Por un instante se quedó allí, perplejo, sin saber cómo actuar. ¿Sería mejor abrir la puerta y sorprenderla? ¿O volver a la cama a hurtadillas y fingir que no había oído nada? Sin pensárselo dos veces, se detuvo en el pasillo a oscuras. Anna lo era todo para él, bien lo sabía ella. La ira se apoderó de él. ¿Estaría haciendo algo a sus espaldas? A espaldas de él, que trabajaba muy duro en la fábrica para poder ganarse el pan y mantener a la familia. Él que lo hacía todo por ella.

Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza. No podía dejar de oír aquella vocecita de niña que murmuraba al otro lado de la puerta. Aquello lo desconcertaba.

Entonces estiró el brazo y giró el pomo de la puerta.

El comisario Anders Knutas se dispuso a pasar el cortacésped por toda la planicie de la parcela. La brisa de la mañana transmitía una sensación de frescura y claridad y soplaba un viento suave desde el mar. La casa estaba aislada. Apenas se cruzaba con otra gente en aquella cabaña de verano de Lickershamn, una aldea situada a pocos kilómetros al norte de Visby.

Se había levantado temprano, algo poco habitual en los últimos tiempos. Probablemente fuera porque la noche anterior olvidó tomarse la pastilla para dormir. Tenía problemas de insomnio desde que, meses atrás, empezó con aquella terrible depresión y con los antidepresivos. Por primera vez en su vida, tomaba somníferos. Le ayudaban a seguir durmiendo por las mañanas, pero se levantaba de la cama completamente desganado.

La depresión estalló por dos hechos que sucedieron relativamente seguidos. Por una parte, se había divorciado de Line, con quien había estado casado más de veinte años. Fue ella quien pidió el divorcio y, a día de hoy, él seguía sin saber por qué. Por otra, hacía tres meses había vivido una experiencia dramática en las montañas de Gran Canaria que lo traumatizó: presencié la muerte de una familia tras precipitarse por un barranco.

Unos años antes, la doble asesina Vera Petrov mató a balazos a dos hombres en Gotland y logró huir al extranjero con su familia. Acabaron localizándola en aquella isla turística y Knutas se desplazó hasta allí. Pero durante una aparatosa persecución policial por las montañas, de la que él fue partícipe, Vera Petrov se salió de la carretera y tanto ella como sus dos hijos murieron en el acto. Knutas se quedó conmocionado y después se desmayó. Seguramente sufrió estrés postraumático.

Al principio se vio obligado a tomarse la baja completa, pero desde hacía unas semanas había empezado a dejarse ver en la comisaría. Podía entrar y salir cuando quisiera, lo importante era no permanecer totalmente apartado del trabajo, eso le había dicho el médico.

Algo que le ayudó a recomponerse fue el romance que surgió entre él y Karin Jacobsson, su compañera de trabajo más cercana, a pesar de que a la relación le costó arrancar al principio. Después de atraerse durante años en silencio, por fin habían decidido dar rienda suelta a sus sentimientos.

En el fondo, Karin siempre había estado ahí. Visualizó su rostro frente a él. Aquellos ojos cálidos y oscuros, la separación entre los dientes. Sin duda, la echaba de menos.

El salón de belleza Jenny era un local pequeño y agradable con paredes revestidas de color blanco y vigas de madera en el techo. Al fondo, detrás de una de las esquinas en un saledizo de la pared, Eva hacía la manicura a una clienta. La mañana transcurría tranquila y con poca gente. Faltaban unas horas para que llegara su compañera, la peluquera. Ya se notaba que la temporada alta había acabado. Después de un verano agitado, el número de clientes había disminuido de manera considerable.

La luz del sol se filtraba con fuerza por la puerta de la calle, que estaba abierta, y el gorjeo eufórico de los pájaros se posaba en los rosales que cubrían la fachada. El salón se ubicaba en una zona tranquila, a pesar de que estuviera a dos pasos de Adelskatan, una de las calles comerciales más concurridas de la ciudad.

Katja extendió las manos sobre la toalla que estaba en la mesa debajo de la lámpara y Eva se puso en marcha. Charlaban e intercambiaban confidencias mientras Eva hacía su trabajo. Katja le contó que había conocido a otro hombre, uno de los típicos temas de conversación que siempre resultaban interesantes y subían el ánimo. Vilma jugaba sin rechistar con sus caballos. Eva le lanzó una mirada rápida. Qué bien se portaba la peque jugando sola. De vez en cuando desaparecía dentro del salón de belleza. Aunque se escondiera detrás del saledizo, se la oía tararear las canciones de la radio y hablar a sus caballitos de juguete. Eva la dejaba estar a su aire, eso le proporcionaba mayor autonomía para moverse a sus anchas.

Katja no paraba de contar con gran entusiasmo todos los pormenores de aquel encuentro tan emocionante, mientras Eva extendía el esmalte de uñas. Se entretenía escuchando a su amiga, que no escatimaba en detalles.

No había duda de que Katja era una persona habladora, pero también sabía escuchar. Eva le contó los problemas que tenía con Krister, su exmarido, le habló de lo menospreciado y ofendido que se sentía por no haber conseguido la custodia compartida. Era normal que le pareciera injusto, Eva lo comprendía perfectamente. Al principio estaba convencida de que lo mejor para Vilma sería vivir solo con ella, aunque, a decir verdad, ya no estaba tan

segura. Su vida habría sido mucho más fácil si hubieran compartido la responsabilidad. Pero a buenas horas se le ocurría pensarlo.

De repente, Eva se dio cuenta de que llevaba un rato sin oír a Vilma.

–¡Vilma! –gritó desde el salón.

Pero nadie respondió.

–¡Vilma, ven aquí! –notó la incertidumbre en su voz.

Seguramente no fuera nada, aunque no le gustaba que su hija no le contestara.

–¡Vilma, obedece cuando te llama mamá!

El silencio seguía siendo la única respuesta.

–Perdóname un momento –se disculpó con la amiga–. Tengo que ir a ver con qué anda Vilma.

Sin esperar una respuesta, Eva se levantó y salió del salón. Recorrió con la mirada la única silla de peluquería que había, los sillones de cuero junto a la mesa de cristal de la esquina y el horizonte de Manhattan que decoraba la pared de fondo.

–¡Vilma! –gritó.

Pero ni rastro de su hija. Abrió la puerta del baño. Vacío. Al otro lado del salón se encontraba el cuarto de la camilla para masajes, pero tampoco estaba ahí. La puerta de la calle estaba abierta, Eva corrió hacia allí y se asomó fuera.

–¿La has encontrado?

Eva se volvió hacia Katja, que también había salido del local. Eva negó con la cabeza y observó cómo en la frente de su amiga se dibujaban unas arrugas profundas. Se frotaba la mano en el pecho, a la vez que miraba preocupada a su alrededor. Echó un vistazo por el césped, desde la vieja escalera de madera hasta la torre Kajsartornet. Comenzó a dar vueltas mientras buscaba por ambos lados de la calle desierta.

–¡Vilma! –le falló la voz. Tragó saliva y sintió un nudo doloroso en el pecho–. ¡Vilma!

Se volvió hacia su amiga, que permanecía en el umbral de la puerta.

–¿No está dentro?

Katja volvió a mirar alrededor para asegurarse de que la niña no estaba allí. Se giró hacia Eva, que se quedó en la calle sin saber adónde dirigirse.

–¿Crees que se habrá escondido en alguna parte? –preguntó Katja.

–No, no lo creo. No sería propio de Vilma.

Eva entró corriendo en el salón y comenzó a retirar todos los muebles, a mirar detrás del sofá y de las cortinas.

–A no ser que haya sufrido uno de sus ataques.

Finalmente, Eva se quedó en medio del salón con los brazos caídos.

–No entiendo dónde puede haber ido –dijo con voz temblorosa–. Si estaba aquí hace nada.

–Tranquilízate –la consoló Katja, y le acarició el brazo–. Seguro que no ha ido muy lejos.

Las dos mujeres rebuscaron por todos los rincones sin hallar rastro de la niña. Eva sintió cómo se le cerraba el estómago. Abrió la puerta trasera que daba al jardín y se giró hacia Katja.

–¡Tenemos que buscar en el jardín! –dijo, y percibió el miedo en su propia voz–. Puede haber ido hasta la calle Adelskatan. ¡Vuelve a mirar si está en el otro lado!

No pasó mucho tiempo hasta que Katja soltó un grito.

–¡Eva, ven aquí! ¡Date prisa!

Cuando Eva dobló la esquina, vio a su amiga sentada en el césped. Se detuvo y sintió cómo le latía el corazón aún más fuerte. Le costaba respirar. Sin quererlo, la presión le ocupaba todo el pecho.

Katja se volvió lentamente hacia ella. Ay, dios mío, pensó. Su amiga sostenía dos zapatitos blancos en la mano. Dios mío, no me hagas esto. Estaba cada vez más aturdida y confusa por lo que veían sus ojos; ya no sentía los dedos de las manos. Se quedó de pie, como petrificada por el hielo.

–¿No son los de Vilma? –preguntó Katja.

Eva tomó aliento. Dios mío, no dejes que esto me ocurra a mí, pensó. Que no le haya pasado nada a Vilma.

–Sí –murmuró, y asintió despacio mientras los ojos se le llenaban de lágrimas y el mundo a su alrededor se volvía turbio e ininteligible.

La subcomisaria Karin Jacobsson se retorció entre los dedos un mechón de su pelo oscuro y se mecía en la silla. Tenía las piernas estiradas sobre el escritorio desordenado y, frente a ella, una taza de café intacta con el escudo del aik de Estocolmo. Usaba esa taza, a pesar de que ni siquiera le gustaba aquel equipo de fútbol. Era de su compañero Anders Knutas, que seguía de baja. Y bueno, ya no podría decirse que solo fuera un compañero de trabajo.

La ternura se apoderaba de Karin cada vez que pensaba en él. Cuánto deseaba que fueran una pareja de verdad. No había podido ser así después de todo lo que pasó en Gran Canaria. Al regresar a casa, a Anders le entró una depresión que resultó ser más grave de lo esperado.

Sus hijos, los gemelos Petra y Nils, que habían terminado la secundaria se quedaron en casa cuidando de él por un tiempo, hasta que en agosto se marcharon de Gotland para irse a estudiar a la península.

Karin sabía que iban a su casa casi todos los fines de semana. Esperaba con ansias estar con ellos en su nuevo papel de novia de su padre y que no la vieran como una compañera más de la comisaría. A pesar de que se habían visto de vez en cuando a lo largo de los últimos años, nunca había hablado con ellos.

Karin visualizó a Anders justo enfrente y no pudo evitar sentir un cosquilleo en el estómago. Era incapaz de remediarlo, estaba enamorada de su jefe hasta las trancas. Llevaba años teniendo claros sus sentimientos por él. A pesar de haber conocido a otros hombres, Knutas siempre había estado allí. Pero el hecho de estar casado y con hijos se había interpuesto en su camino. Ahora ya no. Su divorcio había quedado más que zanjado el pasado verano. Anders era libre, algo que Karin había esperado, deseado y anhelado durante mucho tiempo.

Se colocó el flequillo. Se había dejado crecer el pelo. Pensaba que le quedaba bien, que le dulcificaba los rasgos de la cara. Tenía cuarenta y seis años, pero era consciente de que parecía más joven. Aún no le habían salido canas y su cuerpo era prácticamente el mismo que hace veinte años.

Dio a luz a su hija con tan solo quince. Siguió el consejo de sus padres de

darla en adopción y hacía apenas unos años habían establecido el contacto. Visualizó el rostro de Hanna delante de ella. A pesar de no haber tenido trato durante su infancia y adolescencia, Karin sentía una fuerte conexión con su hija. Creía y confiaba en que Hanna sintiera lo mismo.

Un fuerte golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos y bajó los pies de la mesa.

–¡Adelante!

La cabellera rubia y rizada del inspector Thomas Wittberg asomó por la puerta.

–Escucha, una niña de tres años ha desaparecido de una peluquería del centro. Ya sabes, ese pequeño local situado en la calle Södra Murgatan. Salón Jenny se llama. No la encuentran por ningún lado.

–¿Cuánto tiempo lleva desaparecida?

–Un par de horas. Ha ocurrido sobre las nueve de la mañana.

Karin lanzó una rápida mirada al reloj. Eran las once y cuarto.

–¿Ha ido ya alguien?

–Sí, hay una patrulla allí, pero han solicitado refuerzos. Mucha gente se ha puesto a buscarla por la zona, pero aquello parece ser un auténtico caos. Estaba pensando en ir para allá y ver cómo está la situación. ¿Te vienes?

–Por supuesto –respondió Karin, y agarró la chaqueta.

La puerta de la iglesia crujió al abrirla David Forss. En el interior reinaba el silencio y la tranquilidad. La iglesia de Öja estaba vacía, a pesar de estar abierta. Sabía que el pastor de la iglesia y la cantora* estaban ocupados en la casa parroquial. Eran horas de atención telefónica, entre las diez y las doce, así que aprovechó para pasarse por allí. No tenía ganas de encontrarse con gente conocida, no soportaba las conversaciones cotidianas que no trataban de nada en particular.

Entró en la iglesia inmensa y observó con admiración los altos muros que se alzaban a su alrededor, así como la luz que se filtraba por los hermosos ventanales. De pronto, se sintió tranquilo y relajado.

El crucifijo de colores atrajo su atención; el centro lo ocupaba el cuerpo de Cristo con su corona de lirios de estaño fundido y chapada en oro.

David se detuvo allí un instante para observar todos los detalles; los símbolos evangelistas, las divinidades del cielo, cuyos rostros expresaban su pesar por el sufrimiento de Cristo, la llegada del pecado y la expulsión de Adán y Eva del paraíso. Por haber actuado a espaldas de él, por traicionarlo con la serpiente. David no podía borrar de su mente la idea de que Anna había estado hablando con alguien la noche anterior. ¿Quién era la serpiente en su paraíso?

Abrió una puerta lateral y decidió sentarse en uno de los bancos de las filas delanteras de la iglesia. Aquel espacio le transmitía paz.

Había estado viviendo en la mentira de creer tener una buena vida con una hija y una mujer a quien amaba con locura, desde lo más profundo de su ser. Casi siempre estaba en casa cuando no trabajaba. Una vez al mes salía con los amigos a un pub de Burgsvik. Siempre había sido así. ¿Acaso no debería?

Ella nunca había dicho nada al respecto, jamás. Suspiró y escondió el rostro entre las manos.

Siempre pensó que les iba bien y confió en que ambos eran felices de alguna manera. Tenían todo lo que necesitaban, aunque no de sobra. La economía familiar no era para tirar cohetes, pero había mejorado algo con el tiempo. Podían disfrutar de la casa que se habían comprado recientemente e incluso su hija de cuatro años tenía ahora una habitación propia.

Al nacer Heidi, Anna dijo que había sido un embarazo no deseado. Él se rio de la forma infantil en la que se expresó. Pero la había visto feliz al decir aquello. Lo vio en sus ojos y lo percibió en su voz. Maldita sea, ¿cómo podría hacerle esto ahora? ¿Y a su hija?

La noche anterior, en el mismo momento en que giró el pomo de la puerta del cuarto de coser, su hija se despertó y rompió a llorar. David se fue corriendo a la habitación de Heidi y se encontró con que la niña se había hecho pis en la cama. Le llevó un buen rato consolarla y cambiar las sábanas. Finalmente, Heidi se quedó dormida. Para entonces, Anna ya había colgado.

Cuando regresó al dormitorio, su mujer estaba acostada en su posición habitual y parecía dormir. Revisó tanto el teléfono de la casa como el móvil de ella para averiguar con quién había hablado o a qué número había llamado, pero no encontró nada fuera de lo común, tan solo los números de los conocidos de siempre. Anna no se despertó cuando David trató de hablar con ella, y al final se dio por vencido y cayó en un sueño intranquilo.

A la mañana siguiente, en el desayuno, pensó en cómo iba a enfrentarse a ella. Deseaba no haber escuchado nunca aquella conversación, pues nunca habría tenido que abordar el tema con ella. A decir verdad, no era muy amigo de las palabras. La mayoría de las veces que intentaba hablar con ella salía perdiendo. Al final hizo de tripas corazón y se atrevió a decirle que la había oído hablar por teléfono en plena madrugada. Anna se mostró indiferente y comentó que había estado hablando con una nueva amiga que necesitaba apoyo moral.

Cuando se fue a llevar a Heidi al colegio, David decidió llamar a aquella nueva amiga y esta le comentó que llevaba varios días sin hablar con Anna.

¿Por qué mentía? ¿Acaso estaba haciendo algo que no quería que él supiera? ¿Tendría un amante? ¿Y quién demonios podría ser? ¿Cuándo había tenido tiempo de conocerlo? ¿Sería alguno de sus clientes? ¿Habría entrado en casa con el pretexto de que tenía que arreglarle una prenda o hacerle un traje? Apretó los puños y trató de frenar sus pensamientos. Anna tal vez le invitara a tomar café en la cocina. Entre sonrisas y risitas, una mano extraña en sus muslos. Alguien le estaba quitando a su mujer. Maldita sea, no podía deshacerse de aquel pensamiento, de la idea de que Anna estuviera con otro. Joder, ¿cómo ha podido?, se decía.

Ella lo era todo para él. No tenía a nadie más. No podía dejarlo así como así. Imposible.

David volvió la cara hacia el techo de la iglesia sin dejar de repetir «Oh Dios mío, ¿qué puedo hacer ahora? Dios mío, ¡ayúdame!»

No sabía cómo terminar, así que repitió la oración, una y otra vez, hasta que las palabras le salían solas. Se levantó, miró hacia arriba y soltó un suspiro antes de dirigirse a la puerta de la iglesia y abrirla. Se quedó quieto unos instantes y, finalmente, se dio la vuelta, inclinó la cabeza y murmuró un amén. Acto seguido salió al exterior.

Cuando Karin Jacobsson y Thomas Wittberg llegaron al lugar, se encontraron con una muchedumbre que se agolpaba fuera de la peluquería de la calle Södra Murgatan. Había gente de todas las edades. Parloteaban unos con otros, se respiraba un ambiente tenso. En la entrada, una mujer lloraba sentada en una silla. Era delgada, rondaba los treinta años y tenía una melena larga y oscura. Junto a ella había un hombre de la misma edad que le daba torpes palmaditas en el hombro. Llevaba la cabeza rapada y los brazos cubiertos de tatuajes. Con el rostro pálido de preocupación, esbozó una mirada dura al frente. Karin supuso que serían los padres de la niña desaparecida. Al adentrarse en el local, tragó saliva. Sin duda, se trataba de una situación muy seria, ya que la niña llevaba desaparecida unas horas.

La primera patrulla que llegó al lugar cortó el acceso al salón y a una gran parte de las zonas colindantes. También cerraron los jardines junto a la torre Kajsartorget. Al otro lado del cordón policial, se encontraba un grupo de periodistas que intentaba hacerle preguntas a la policía. En cuanto apareció Karin, toda la atención se dirigió a ella. Se detuvo y levantó la mano con un gesto de impedimento.

–Por favor, les pido que se marchen de aquí. La Policía necesita hacer su trabajo con calma y antes que nada averiguar lo que ha ocurrido. Ya nos encargamos nosotros de la búsqueda. Haremos pública cualquier información en cuanto la tengamos.

La multitud se dispersó, pero los periodistas se quedaron allí con las cámaras. Karin suspiró profundamente, pero no podía hacer nada al respecto mientras permanecieran al otro lado del cordón policial. Se acercó a la pareja que estaba junto a la entrada y, al igual que Wittberg, se presentó.

–¿Son ustedes los padres de la niña desaparecida?

–Sí –dijo el padre–. Somos nosotros.

–¿Cómo se llaman?

–Yo me llamo Krister Eliasson y mi mujer Eva. Bueno, exmujer –se corrigió rápidamente.

–Entonces, ¿están divorciados?

–Desde hace siete meses... Fue a principios de marzo. El día cinco.

Karin lo miró inquisitivamente. La madre de la niña se había calmado y casi había dejado de llorar. Se sonó la nariz y se secó las lágrimas. Se notaba que estaba haciendo un esfuerzo por serenarse. Los periodistas curiosos seguían observando la escena desde detrás del cordón policial. Karin no podía evitar poner su atención en que les estaban sacando fotos.

–¿Podemos entrar para hablar en paz? –les sugirió.

Una vez dentro, se sentaron en un rincón de la sala de estar del salón de belleza. Karin decidió comenzar por Eva Eliasson.

–Según tengo entendido, trabaja aquí.

La mujer asintió.

–¿Y se trajo a su hija hoy?

–Sí –lloriqueó–. Vilma no fue al colegio porque estaba resfriada y yo solo tenía citas hasta las doce. Nos íbamos a ir a casa justo después...

Eva Eliasson habló en tono de disculpa, como si tuviera que justificarse por llevarse a la niña al trabajo. Las mujeres y el sentimiento constante de culpa que acarrear, pensó Karin. Aun así, se preguntó por qué Vilma no se había quedado con el padre, pero optó por no abordar el asunto en aquel momento. Le pidió a Eva que le contara qué sucedió cuando desapareció Vilma, a lo que Eva respondió entre sollozos lo mejor que pudo. Wittberg se volvió hacia el padre, Krister Eliasson.

–¿Y usted dónde estaba cuando sucedió?

–Ayudando a un amigo con la mudanza. Cuando me llamó Eva, lo dejé todo, por supuesto, y vine tan rápido como pude. He llegado a eso de las diez y media.

–¿Y han estado buscándola desde entonces?

–Sí, pero nadie ha visto ni ha oído nada. Es totalmente incomprensible.

Negó con la cabeza, en un gesto resignado.

–Estoy muy preocupada –sollozaba Eva–. Vilma tiene epilepsia, puede sufrir un ataque en cualquier momento. Sobre todo, en situaciones de estrés.

Karin se sobresaltó. Una niña perdida de tres años y con epilepsia. Aquello no pintaba bien.

–Tengo que pedirles que nos acompañen a comisaría para realizar un interrogatorio más exhaustivo. Cuanto más cosas sepamos de Vilma y más detalles tengamos, antes la encontraremos.

Escoltaron a los padres hasta un coche de policía mientras Karin se

marchaba con Thomas Wittberg.

–Podemos cortar toda la calle y alrededores, hasta Adelsgatan. Y traer a los perros. Sé que puede ser difícil porque ha pasado mucha gente por aquí, pero vale la pena intentarlo –dijo Karin. Lanzó una rápida mirada al reloj y continuó–: Quédate aquí y hazte cargo de todo lo que haya que hacer. Asegúrate de que Erik Sohlman venga cuanto antes.

Se despertó temprano. No tardó en notar la presencia de la muerte que recorría toda la casa como una bocanada de aire frío. Oyó a su madre murmurar desde su dormitorio. Permaneció quieta en el umbral. La cruz negra que llevaba años colgada en la pared fue testigo del mensaje que impregnaba la casa. Dios te está viendo desde todas partes.

El padre yacía boca arriba en la cama, con el edredón cuidadosamente doblado y el cuerpo tapado hasta el tórax. Quieto, con la boca y los ojos abiertos. Pegado a él, yacía el rostro atemorizado de la madre. Pequeña y flacucha como un pajarito, le apretaba la mano con fuerza.

–Padre tiene frío –susurraba–. Padre tiene frío.

Ella se quedó allí observando a su padre, invisible, como siempre. Se ha ido sin despedirse, pensó. Nos ha dejado así, sin más. La había ignorado durante toda su vida. Y ni siquiera ahora, a la llamada de Dios, mostraba interés alguno por ella.

Su madre no salió de la cama en todo el día, se negaba a levantarse. Permaneció tumbada junto a su marido, cuyos ojos miraban fijamente el techo mientras su madre lo observaba con una mirada llena de ternura.

–Nadie va a venir a arrebatármelo –le dijo su madre–. ¿Me oyes? Nadie. Se quedará aquí para esperarme, ¿vale?

–Vale –respondió ella, y se apoyó en el marco de la puerta intentando contener el llanto. Su madre cerró los ojos, una leve sonrisa se dibujó en su rostro al tiempo que tomaba la mano del padre entre las suyas.

–Mamá, por favor –le suplicaba, llorando a pleno pulmón, a la vez que sentía cómo le empezaban a flaquear las piernas–. Por favor, mamá, no me dejes. Por favor.

De pronto, las piernas dejaron de responderle y se desmoronó en el umbral de la puerta, donde se quedó sentada sin poder levantarse. Se durmió y cuando despertó ya era de noche.

Se asustó, se sentía atemorizada por no saber cuánto tiempo había estado durmiendo. Logró ponerse en pie a duras penas y, tambaleándose, se aferró al marco de la puerta.

Su madre seguía tumbada en la cama al lado del padre. Los dos juntos de la mano.

—Lo siento —dijo en voz baja, y se apresuró a la cocina para prepararle a su madre la bandeja del té. Pensó en servírselo como siempre, al lado de la cama. Tal vez la pondría de buen humor y se animaría a quedarse con ella un poco más. Quizá pudieran llorar las dos juntas por la muerte del padre. Estar cerca una de la otra, en paz y tranquilidad, ser algo que nunca habían sido.

Empujó la puerta cerrada con el pie y esta se abrió con un chirrido. El silencio era apabullante, el ambiente asfixiaba. La habitación parecía más pequeña. Dejó la bandeja en la mesita de noche, junto a la cama. La madre yacía en silencio y totalmente rígida. Tenía la boca abierta. Sin dientes. Con los labios secos. No respiraba.

—No —murmuró—. No puedes irte, todavía no.

Se levantó y miró a sus padres tumbados en la cama. Él con la mirada clavada en el techo, ella con los ojos cerrados de cara al padre. Los dos ignoraban su presencia, no sabían que estaba allí observándolos.

Con cuidado, le tocó la delicada mejilla a su madre. Se sentó en el borde de la cama y se enredó un mechón de su pelo entre los dedos.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó—. ¿Por qué te has ido de mi lado? ¿Por qué me has dejado sola?

Apoyó con sigilo la cabeza en el pecho de su madre. Se tumbó y permaneció recostada, intentando escuchar los latidos de su corazón, pero no se oía nada.

Le tomó la mano, se la puso encima de la cabeza y cerró los ojos.

—¿No podías haberte esperado, con lo que yo te necesito? —susurró—. ¿Acaso soy insignificante?

Lentamente, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. De repente sintió un cansancio aplastante, un agotamiento que nunca antes había experimentado. Se parece a la muerte, pensó. Quizá estoy muerta. Tal vez

haya sido nuestra despedida juntos, solo que yo necesitaba algo más de tiempo.

Sintió cómo su cuerpo se iba desvaneciendo poco a poco. Primero las manos, luego los brazos, los hombros, el pecho, las piernas y, por último, la cabeza. Notó una relajación total, una sensación como si estuviera dejando de existir. Únicamente le latía el corazón, aunque trataba de ignorarlo.

Se quedó toda la noche acostada con la cabeza apoyada en el pecho de su madre, mientras esperaba a que su corazón se parara.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, se levantó y miró a sus padres. No le quedaba más remedio que asimilarlo, se habían ido sin ella, estaba sola, la habían abandonado.

Por primera vez los vio tal como eran. Y eso la entristeció.

Dejó que los cuerpos permanecieran en la habitación tumbados en la cama durante dos días hasta que fue capaz de dar la alarma. Tenía que acostumbrarse al hecho de estar sola. De que solo quedaba ella en la casa. Ya no tenía a nadie.

Después de tomarse una pausa para el café y descansar un rato, Anders Knutas continuó cortando el césped mientras contemplaba el mar y la playa rocosa. El terreno en aquel lugar era más yermo que en el sur de Gotland y por ese motivo se conocía como la costa de piedra. Allí se sucedían las playas de guijarros y los farallones, las formaciones rocosas autóctonas, que se extendían también a zonas de interior, lejos del mar.

La soledad inspiraba una sensación de libertad y paz espiritual. Algo que Knutas necesitaba con urgencia. Cortar el césped era una forma de contemplación. Escuchar el agradable repiqueteo del cortacésped, que era tan fácil de usar y que hacía casi todo el trabajo solo, respirar el aire fresco, inspirar el olor a hierba y mirar al mar, que se extendía por todo el horizonte.

Durante todos estos años él se había encargado de cortar el césped. Era lo primero que hacía cuando llegaba a la casita de verano: sacar la máquina del cuarto de la leña y ponerse manos a la obra mientras Line preparaba la comida. Le vino a la mente su cara. De repente pensó en sus hijos. Los mellizos se habían hecho mayores y habían asumido que su madre hubiera vuelto a Dinamarca, su tierra natal. Allí tenían muchos primos, a los abuelos y la casa junto al mar en la que habían pasado tantos veranos y, de vez en cuando, iban de visita.

A veces Knutas tenía la sensación de que todo lo que había pasado en los últimos tiempos no era real. Le parecía estar flotando a pocos metros de la superficie y contemplarlo todo desde lejos, como si fuera un espectador de una obra de teatro en la que también era uno de los protagonistas y luego lo hubieran eliminado del reparto. Le costaba creer que su matrimonio hubiera terminado, que ya era agua pasada. Parecía como si después del impacto de la noticia de que Line quisiera separarse se hubiera adaptado a la situación, actuara de forma mecánica y ejecutara sin más las cosas que había que hacer.

En primer lugar, lo más difícil fue contarlo. Sobre todo a los niños.

Después a sus padres, que adoraban a Line y a los que preocupaba la posibilidad de que el contacto acabara deteriorándose y, tarde o temprano, se interrumpiera por completo. Luego a sus suegros, hermanos y todos los amigos. Le sorprendió el gran número de personas que lamentaron el hecho de que se divorciaran, con las que había hablado largo y tendido sobre cómo habían vivido el proceso, en vez de preguntarle cómo se encontraba. Luego estaba el reparto de las pertenencias y otros asuntos: la situación financiera, las cuentas bancarias, el coche, la casa y la casita de verano. Organizaron lo cotidiano de manera consensuada, pero parecía que los sentimientos no tuvieran cabida, como si ellos se hubieran quedado atrás. Simplemente no era capaz de sentir ninguna emoción.

Tal vez fue por eso por lo que reaccionó de manera tan traumática al fatídico accidente en Gran Canaria. Excepto su compañero y él, que persiguieron a Vera Petrov hasta la muerte, nadie más lo presenció. Tendría que acarrearse con esa culpa de por vida. Solo había sobrevivido el marido, Stefan Norrström.

Knutas había estado pensando en contactar con él después, pero aún no se había decidido. Norrström estuvo hospitalizado en España y luego se le trasladó al hospital Karolinska de Estocolmo. Quizá podría ir a visitarlo, cuando hubiera pasado un tiempo. Puede que entonces conversaran. Tal vez Norrström necesitara hablar. Knutas sabía que él sí lo necesitaba.

A primera vista, Krister Eliasson causaba una fuerte impresión por aquella cabeza afeitada, los tatuajes y el cuerpo musculoso. Además, llevaba una argolla con una calavera en la oreja. Pero cuando Karin lo observó un poco más de cerca, descubrió que sus ojos marrones estaban llenos de ternura y parecía una persona muy amable.

Se dispusieron a ambos lados de la mesa, en una de las salas de interrogatorio de la comisaría.

–¿Tienes alguna foto de tu hija? –comenzó Karin.

Krister Eliasson se inclinó ligeramente hacia adelante, estaba sentado con las piernas abiertas y las manos apoyadas en los muslos. Como si fuera a levantarse en cualquier momento. Miró a Karin atentamente.

–Sí, sí.

Se puso a toquetear el iPhone y le enseñó una foto.

–Échale un vistazo –dijo, y le tendió el teléfono. Karin estudió las imágenes. Vilma Eliasson era una niña muy guapa. Cuando terminó, levantó la vista y observó al padre, sentado al otro lado de la mesa. El parecido era sorprendente. Vilma tenía el pelo brillante, los ojos marrones y sus rasgos eran clavados a los de Krister Eliasson.

–Me recuerda a ti –le dijo–. Esos ojos tan oscuros. ¿Tenéis familia de fuera?

–No, al menos que yo sepa. Tenemos sangre valona desde hace muchas generaciones.

–Ya veo.

Thomas Wittberg entró en la sala y tomó asiento en un rincón como testigo del interrogatorio. Karin encendió la grabadora e hizo las preguntas habituales.

–¿Dónde estabas cuando te enteraste de que había desaparecido tu hija?

–Ayudaba a un amigo con la mudanza. Estábamos cargando el camión con los trastos cuando Eva me llamó. Me fui para allá directamente.

–¿A qué hora te llamó?

–Pues sería alrededor de las diez.

–¿Y qué pasó cuando llegaste?

–Todo era un desastre –negó con la cabeza–. Vilma había desaparecido y tanto Eva como Katja estaban muy nerviosas.

–¿Y qué hiciste?

–Me puse a buscarla con todos los que se ofrecieron a ayudarnos. Pensamos que podría haber visto algo que le hubiera llamado la atención y estaría jugando en alguna parte. Lo suele hacer a veces, se pierde y se queda absorta con algo que le atrae. Además, es rápida como un lince y puede recorrer un largo trecho si se lo propone. Es capaz de irse lejos en poco tiempo. –Chasqueó los dedos en el aire para mostrar lo que quería decir.

–¿Cuánto tiempo estuvisteis buscando?

–Una hora más o menos.

–¿Por qué no disteis la voz de alarma inmediatamente?

–Ya sabes cómo son estas cosas. Bueno, no sé si tendrás hijos –se apresuró a añadir–, pero es muy fácil que los niños desaparezcan. La gente no quiere molestar a la Policía por esa razón. Resulta vergonzoso no ser capaz de estar pendiente de tu propio hijo. Al final, uno trata de resolver la situación por sí solo primero.

–Ah, vale, te refieres a eso –dijo Karin lentamente mientras hojeaba los papeles–. Pero ¿después llamasteis a la Policía? A las once para ser precisos.

–Es posible.

–Para entonces Vilma llevaba casi dos horas desaparecida.

–Cierto...

Karin se sirvió un vaso de agua de la jarra que estaba encima de la mesa. Parece estar muy tranquilo, pensó, y se preguntó por un momento cómo habría actuado ella en una situación similar. Probablemente estaría desquiciada.

–¿Te parece extraño que esté tan tranquilo? –preguntó de repente.

A Karin le sorprendió la pregunta, era como si le estuviera leyendo el pensamiento. Tomó un trago de agua. Sentía que la estaba analizando.

–La gente suele reaccionar de forma diferente –le respondió de forma evasiva.

–Siempre he sido así –dijo él–. Es una estrategia de supervivencia, una forma de protegerme, ¿sabes?

–Sí, sí, lo entiendo –contestó Karin rápido y lo dejó seguir.

–Tal vez pienses que tengo algo que ver en esto, que he sido yo el que ha

secuestrado a Vilma por la disputa sobre la maldita custodia. ¿Sabes la rabia que da no poder ver a tu hija tanto como quieres, solo por ser hombre?

–Dudo que haya sido eso por lo que Eva se quedara con la custodia –añadió apretando los dientes–. Es decir, porque seas un hombre.

–Ah, ¿no? –Irritado, tomó aire por la nariz y se inclinó hacia atrás para acomodarse–. ¿No es por eso? –repitió–. ¿Acaso piensas que tengo algo que ver con la epilepsia de Vilma? ¡Vaya gilipollez! Yo sé por qué, sé que se me denegó la custodia porque soy hombre, únicamente por ese motivo.

Krister se remangó la camisa para enseñar los tatuajes. Se inclinó hacia delante y levantó el brazo para que Karin pudiera verlos mejor. Karin se echó para atrás en un gesto instintivo. Krister notó su reacción y se recostó de nuevo en la silla.

–Lo siento –se disculpó al tiempo que se bajaba la manga–. Es solo que...

–A veces resulta difícil mantener la calma –respondió Karin.

–Ya, lo intento –dijo en voz baja, y bajó la mirada–. No siempre es tan fácil.

–¿Y la epilepsia de Vilma? ¿Es muy grave? –continuó.

–Los médicos dicen que irá desapareciendo con la edad. No es grave, pero, a decir verdad, no gestiona muy bien el estrés. Si se pone nerviosa, puede sufrir un ataque. Es muy desagradable, aunque por lo general no dura más de unos minutos. Le entran espasmos, convulsiones y calambres en las piernas y se le retuercen los brazos y los ojos se le quedan en blanco. Hay que sujetarla hasta que vuelve en sí. Basta con abrazarla con cuidado y después, de repente, abre los ojos...

Krister tragó saliva. Karin vio que se retorció las manos mientras miraba el suelo cabizbajo.

–Y cuando abre los ojos... –continuó, y levantó la mirada. Le brillaban los ojos y le temblaba el labio inferior–. Cuando abre los ojos y te mira lo sabes.

Tragó de nuevo saliva y se tapó la boca con la mano por un instante antes de dejarla caer, a la vez que intentaba sonreír y una lágrima se le deslizaba por la nariz hasta la boca.

–Sabes que se le ha pasado, que ha vuelto. Solemos sonreír a la vez, primero ella, aunque se sienta exhausta. Desorientada al principio, como si no supiera dónde está o qué le ha ocurrido. Luego sonrío yo. Es mi deber, no sé si me explico. Cuando te sonrío tienes que ponerte de buen humor. Y sonrío... y sonrío...

Krister volvió a taparse la boca con la mano, parecía que fuera a desplomarse, que empequeñeciera. Entonces rompió a llorar desconsoladamente y se cubrió el rostro con las manos, sacudido por un temblor de hombros.

Aunque estaba acostumbrada a que los interrogados se derrumbaran y estallaran en llanto, Karin sintió una punzada en el pecho. Pero esta vez la pilló por sorpresa. Krister Eliasson parecía tranquilo, sosegado. Y ahora estaba allí, frente a ella, mostrando abiertamente sus emociones y todo lo que ocultaba detrás de aquella fachada, de aquella actitud de seguridad en sí mismo. De repente, aquella máscara se había hecho añicos. Wittberg se levantó de la silla y dio un paso hacia Krister, trató de ponerle la mano en el hombro, pero él se volvió y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Se sentó derecho en la silla e intentó recomponerse.

—¿Toma Vilma algún medicamento? —Karin trató de normalizar la situación con una pregunta prudente.

—Sí —respondió Krister—. Por su bien tiene que tomárselo.

Le lanzó una mirada rápida a Wittberg como para disculparse por haber perdido la compostura.

—Vale —dijo Karin mientras tomaba nota. Que Vilma necesitara medicación empeoraba aún más las cosas. A continuación, lo miró y le preguntó: ¿Quieres tomarte un descanso?

Krister negó con la cabeza.

—Ya estoy descansando en estos momentos. De la realidad en sí, ¿es que no lo entendéis? No tengo ningún motivo para irme a casa. ¿Qué voy a hacer cuando salga de aquí? ¿Buscarla? ¿Por dónde empiezo?

—Ya solo nos faltan unas preguntas —añadió Karin—. Me has dicho que tu mujer y tú os divorciasteis en marzo, ¿cuál fue el motivo?

—Nos fuimos distanciando.

—¿Y eso?

Krister Eliasson se retorció con un gesto malhumorado.

—Desgraciadamente, así son las cosas. Hay separaciones todos los días.

—¿Mantienes alguna relación actualmente?

—No.

Karin y Wittberg intercambiaron una mirada, pero no dijeron nada.

—¿Hemos terminado ya? —preguntó Karin.

Wittberg seguía el interrogatorio sentado como un simple testigo, sin

intención de hacer ninguna pregunta, tan solo escuchaba y observaba.

Aun así, desde la silla, cruzó las manos y se inclinó hacia Krister Eliasson.

–No tienes ni idea de dónde ha podido irse Vilma, ¿verdad? –dijo.

–Por supuesto que no.

–¿Estás seguro?

–¿A qué te refieres? –exclamó Krister Eliasson indignado.

Miró a Karin antes de volver a girarse hacia Wittberg.

–¿Hemos acabado ya? ¿Puedo irme?

Karin lo observó en silencio un momento. Entonces se inclinó hacia adelante y apagó la grabadora.

Los dos policías permanecían sentados en la sala de interrogatorios un rato después de que Krister Eliasson se marchara. Karin le lanzó una mirada seria a Wittberg.

–¿Era realmente necesario preguntarle eso? –le preguntó a su compañero.

–No me fío de él.

–¿Por haber tenido un arrebato?

Wittberg se encogió de hombros.

–Hay algo en él que no me gusta.

–¿Podrías ser un poco más específico?

Wittberg se puso de pie y caminó hacia la puerta.

–No, pero creo que esconde algo sucio, algo que no cuadra.

Karin suspiró y se reclinó en la silla. Wittberg abrió la puerta y abandonó la sala.

Anna no estaba en casa cuando los rayos de sol que se colaban por la ventana despertaron a David. Había trabajado la noche anterior. En la mesa de la cocina, le había dejado una nota en la que ponía que se había ido a Visby a hacer unos recados y que recogería a Heidi de camino a casa.

David miró el reloj, eran las dos y cuarto. Aún tenía algunas horas para averiguar en qué andaba metida su mujer. Primero debía buscar por toda la casa, sobre todo en su habitación de costura, donde había estado hablando por teléfono. Si Anna ocultaba algo, seguramente estaría en aquella habitación. Aquel era su territorio y nadie más ponía un pie dentro.

Abrió la puerta de la habitación. Con la mirada recorrió el escritorio que había junto a la ventana. En el centro de la estancia se encontraba la máquina de coser de última generación y de color negro. La misma con la que, después de ahorrar con mucha paciencia, David la sorprendió el día de su trigésimo cumpleaños. Rollos de telas de todo tipo se apilaban en montones, de forma decorativa, sobre las enormes estanterías. Además, predominaban los rollos de hilo y almohadillas de agujas, tijeras y cintas de medir. Junto al alféizar de la ventana había un transistor.

Encima del escritorio estaba el armario con las carpetas donde archivaba las fichas de clientes y las citas previstas. A Anna le gustaba registrar las reservas tanto de forma manual como en el ordenador. David lo abrió, echó un vistazo a los archivadores, en los que no vio nada sospechoso, y volvió a cerrarlo. El ordenador estaba en el escritorio.

La noche anterior había entrado por primera vez en la sala de costura cuando Anna estaba trabajando. Encontró un pretexto para quedarse y se puso a echar un vistazo por encima de su hombro sin que ella se diera cuenta. Alcanzó a ver cómo introducía su contraseña y la memorizó.

David encendió el ordenador, tecleó la contraseña y comenzó a buscar entre sus archivos. La mayoría hacía referencia a temas de costura: un registro completo de clientes, facturas antiguas, información del colegio sobre Heidi, sus aficiones y los nombres y direcciones de sus compañeros. No vio nada extraño, Anna era una mujer meticulosa y parecía tenerlo todo bajo control.

Dedicó un buen rato a buscar algo que le pudiera dar una pista relacionada con aquella llamada telefónica misteriosa, pero no encontró nada. Tampoco le sirvió meterse en su correo electrónico, ya que, la mayor parte de los mensajes eran institucionales o de parientes cercanos, y el tono parecía objetivo y correcto. Aparentemente no había nada raro. Así que apagó el ordenador, suspiró con fuerza y recorrió con la mirada la habitación hasta que finalmente la detuvo en el armario. Se levantó y volvió a abrirlo. Sacó una carpeta en la que únicamente había muestras de costura. La segunda carpeta que hojeó contenía pedidos de clientes y la siguiente estaba repleta de antiguas facturas archivadas.

Rebuscó en las otras carpetas sin dar con nada que despertara su interés. No obstante, al abrir la última, algo cayó al suelo. A David le costó tomar aire. Era una revista porno. Recogió la publicación repleta de primeros planos de imágenes indiscretas. ¿Cómo era posible? Comenzó a hojear las páginas, una por una. Se percató de que había varias imágenes recortadas.

David se puso la revista en las rodillas. No entendía nada. A menudo su mujer estaba cansada y mostraba un enorme desinterés por el sexo. Al menos con él. Sin embargo, había encontrado una revista porno entre sus archivos de costura. ¿Qué estaba haciendo Anna? ¿Por qué había recortado aquellas imágenes? ¿Para qué las querría?

Permaneció un buen rato sentado con la revista en la mano.

La inquietud se apoderó de la sala cuando Karin entró a la primera reunión de los encargados de la investigación. No es que fueran poco habituales las desapariciones momentáneas de niños y adolescentes, pero en la gran mayoría de los casos aparecían el mismo día y, por lo general, la desaparición tenía una explicación lógica. Algo le decía que esta vez se trataba de un caso diferente. Vilma Eliasson era demasiado pequeña y llevaba desaparecida demasiado tiempo.

Antes de sentarse a la mesa miró a través de la ventana. El aparcamiento de Östercentrum estaba hasta los topes. A lo lejos, entre la bruma, se alzaba, fantasmagórica, la enorme muralla. El cielo estaba encapotado y arreciaba un viento gélido del norte. Pronto comenzaría a oscurecer; se preveía que la temperatura descendiera considerablemente. Bien entrado septiembre las noches comenzaban a ser frías.

Una parte de ella confiaban en que la niña no estuviera sola ahí fuera ni perdida en alguna parte ahora que empezaba a oscurecer. Aunque era poco probable, ya que había desaparecido dentro de la ciudad. Sin embargo, aquella alternativa podría suponer algo más grave. Y el hecho de que la niña sufriera epilepsia empeoraba aún más la situación. ¿Qué pasaría si tuviera un ataque?

Karin observó al grupo sentado alrededor de la mesa y se alegró de estar con compañeros con los que llevaba muchos años trabajando y a los que conocía muy bien. Desde luego, no podía sentirse más cómoda en el equipo. Facilitaba las cosas ahora que tendrían que ponerse a trabajar día y noche hasta que encontraran a Vilma Eliasson. El único que faltaba era Anders, que solo iba por allí muy de vez en cuando. Su silla vacía destacaba entre el resto. Karin esperaba que no se ausentara por un largo periodo.

A su lado, se sentaba el inspector, Thomas Wittberg, que era diez años menor que ella. La melena rubia, que llevaba despeinada y recogida con una goma, le llegaba a la altura de los hombros. Últimamente se le veía más motivado de lo normal. Wittberg estaba soltero y no tenía hijos. Pronto llegaría a los cuarenta y era, sin duda, el casanova de la comisaría. Siempre

andaba de aventuras con alguna mujer. Seguro que se ha echado una nueva novia, pensó Karin, por los síntomas que mostraba: una sonrisilla tonta, silbidos en el pasillo y el hecho de que se distraía más a menudo que de costumbre. Últimamente, estaba en las nubes cuando charlaba con él. Estaba claro que pensaba en otra cosa. Wittberg era un caso perdido con las mujeres, pero a Karin le gustaba más en su versión más lúcida. Gracias a Dios, nunca se había fijado en ella ni había mostrado intención alguna de ligar. Le agradecía tal profesionalidad. En los últimos tiempos, desde que Anders no estaba, trabajaban juntos con más frecuencia. Ahora era Wittberg a quien recurría, y confiaba en él.

Karin dirigió su mirada hacia el técnico forense Erik Sohlman. Como de costumbre, vestía vaqueros y una camisa arrugada. Su pelo rojizo y atrevido iba a juego con su carácter que, en ocasiones, podía llegar a ser difícil. Aun así, era el técnico más competente con el que había trabajado. Nada escapaba de la mirada penetrante de Sohlman.

A su lado estaba el portavoz de prensa, algo mayor, Lars Norrby, con la piel reseca y mucho más elegante que el resto, siempre iba con traje y corbata. Karin lo consideraba un buen compañero, pero su relación no pasaba de lo correcto. Aunque Lars empezó a tratarla con más frialdad desde de que, años atrás, la ascendieron a un puesto superior al suyo. Nunca volvió a ser como antes, ya que Knutas le daba prioridad a Karin sobre él y otros compañeros antiguos y con más experiencia cuando se trataba de elegir al responsable de un caso. Ahora le tocaba llevarse el agua a su molino, pensó Karin, porque ya se sabía abiertamente que ella y el comisario jefe estaban juntos. No cabe duda de que la acusarían de haberse acostado con él para tal fin, a pesar de que ni siquiera hubieran llegado a ese punto en su relación. Pensar en Anders le producía una sensación de bienestar interior.

Karin se concentró en volver a la realidad y resumió brevemente a sus compañeros lo que sabían hasta el momento de la niña de tres años desaparecida. Al acabar, se dirigió al técnico forense.

–Sohlman, ¿qué puedes decir en cuanto a los aspectos técnicos?

–Pues no mucho, por desgracia. –Suspiró y se pasó la mano por el pelo–. Lo único interesante que hemos encontrado son sus zapatos tirados en el

césped fuera del salón de belleza. Y me temo que, al ser de cuero, no será posible identificar ninguna huella dactilar.

–¿Y la búsqueda con los perros?

–Ha sido prácticamente inútil, pues ya llevaba muchas horas desaparecida y había pasado mucha gente por esa calle.

–¿Y huellas de neumáticos? –preguntó Norrby.

–Ni rastro. En una calle adoquinada y seca es imposible encontrar huellas.

Sohlman negó con la cabeza. Karin percibió su gesto malhumorado e irritación en la voz. El técnico forense detestaba toda escena del crimen que careciera de pistas evidentes. Todo ello contando con que el trocito de césped junto al salón de belleza pudiera realmente considerarse como tal. No podían estar seguros ni siquiera de eso.

–Lo único que nos queda es revisar las cámaras de seguridad que están repartidas por diferentes puntos de la calle Adelsgatan –continuó Solhman–. Las estamos comprobando, por si nos sirven de ayuda.

Se hizo el silencio mientras Karin tomaba nota de las pistas que había apuntadas en la pizarra blanca al fondo de la sala. Por el momento, los escasos resultados eran alarmantes.

–O sea, hasta ahora no hay ni un solo testigo que haya presenciado la escena –continuó Karin, al tiempo que se giraba hacia sus compañeros–. Wittberg, ¿podrías analizar el interrogatorio con los padres?

–Sin duda, hay una herida abierta ahí. Se divorciaron en primavera, en marzo para ser exactos. Luego libraron una dura batalla por la custodia, que concluyó a favor de Eva Eliasson. La madre consiguió quedarse con Vilma, que pasa con el padre uno de cada tres fines de semana. El padre trabaja de soldador en una planta petrolífera de Noruega y pasa un par de semanas seguidas fuera de casa. Quizá eso ayudó a que la madre obtuviera la custodia. Además, ambos tienen coartada, pero no sabemos hasta qué punto es cierta. De hecho, han sido sus amigos los que han confirmado que estaban con ellos cuando Vilma desapareció–. Wittberg hizo una pausa y dio un golpe con el dedo en el escritorio–. En definitiva, la cuestión es si el padre tiene algo que ver con la desaparición. También puede haber pagado a alguien para tener una coartada. Seguiré investigando.

–Está bien, pero esa es solo una de las muchas hipótesis que barajamos por ahora –dijo Karin–. En cuanto a la teoría sobre un pedófilo, ¿tenemos alguna información?

–Hemos empezado a rastrear a los pedófilos que viven en la isla y que están en libertad –respondió Norrby–. Dos han salido hace poco de la cárcel. Ambos cometieron delitos contra menores y los dos viven en Visby. Uno de ellos se llama Per Svensson, salió hace tan solo un mes. Tiene cuarenta y cinco años y fue condenado por abuso sexual a menores. Trabajaba de portero en Gråbo, lo pillaron en un sótano con una niña pequeña a la que había desnudado.

Karin negó con la cabeza.

–¿Lo tenemos?

–No, una patrulla ha ido a buscarlo a su domicilio, pero no estaba en casa. En estos momentos, sigue la búsqueda.

–De acuerdo. ¿Y el otro?

–Se trata de un hombre más joven, Kristian Myrberg, de veintisiete años. Condenado por un delito de pornografía infantil. Tenía una gran cantidad de fotografías en su ordenador. Cumplió la pena en la prisión de Österåker y salió este verano. Se desconoce que haya cometido algún abuso físico.

–Parece que faltan algunos cabos por atar –dijo Wittberg, y suspiró.

–Al menos, debemos asegurarnos –sugirió Karin–. Es importante que no nos bloqueemos. No tenemos ni idea de lo que le ha podido ocurrir a Vilma Eliasson.

–Exacto –añadió Lars Norrby–. Por eso mismo creo que necesitamos pedir ayuda urgente a los ciudadanos. ¿No deberíamos emitir una orden de búsqueda y captura?

Karin se quedó observándolo.

–Puede que sea una buena idea. En cuanto obtengamos la autorización de los padres, llamamos a todos los medios. Mientras tanto, habilitaremos un número de teléfono de contacto para que la gente pueda proporcionar información útil. Puede que la niña se haya perdido por alguna zona de obras, que se haya caído dentro de un pozo o cualquier otra cosa.

Karin lanzó una mirada rápida por la ventana. Fuera ya había caído la noche otoñal. Estaba tan oscuro que pudo llegar a sentir el frío de la calle.

–Aunque no nos bastará con eso –dijo con voz resolutiva–. Llamaremos a la milicia local y al club deportivo de orientación. Necesitamos a todo aquel que esté dispuesto a ayudar en la búsqueda.

Por la noche llegaba la angustia. Entonces los demonios le azotaban el alma y no la dejaban en paz. Miró por la ventana. La oscuridad invadía el jardín solitario. Solo la luz de una farola que había en la pared junto a la entrada proyectaba un resplandor tenue sobre el césped. Los árboles más retirados de la parcela cambiaban de forma por la noche. Los contornos se volvían fantasmagóricos, grotescos, como si se tratara de monstruos. Cuando era pequeña no se atrevía a salir fuera después del anochecer. Las sombras la aterraban, le daba miedo que se metieran dentro de ella. Las ramas de los árboles que se inclinaban sobre el suelo se extendían hacia ella como brazos amenazantes.

Vivía en aquella granja desde la infancia. A la sombra de sus padres, a quienes había cuidado y mantenido durante toda su vida adulta. Siempre había estado pendiente de complacerlos, de no ser un engorro.

Lo único que quería era sentir su amor, una mirada cálida, una caricia en la mejilla, que la abrazaran, poder sentir el calor de sus cuerpos. Pero nunca sucedió. Ni una sola vez llegó a compartir el amor que los padres se profesaban el uno al otro. Ni una sola vez le demostraron que la querían. Ni una sola. A pesar de que ella trataba de complacerlos, obedecer sus órdenes, hacer lo que quisieran y cumplir sus deseos. Ser una buena hija. Pero no llegó a serlo. No lo suficiente.

Tras la muerte de sus padres, al quedarse sola, volvió el miedo a la oscuridad. La compañía de la gata le daba consuelo, aliviaba un poco su soledad. Todas las noches la gatita se acurrucaba junto a ella en la cama. Antes de quedarse dormida, le acariciaba la tripa redondita, irregular y con bultitos por aquí y por allá. Pronto tendría gatitos. Podía sentir a los mininos moviéndose allí dentro, debajo de aquel pelaje suave. La gata ronroneaba fuerte al tiempo que la contemplaba con los ojos entrecerrados. Parecía que

podieran entenderse mutuamente. Confiaba en ser capaz de ayudar a la gata con la nueva camada y sentir que alguien la necesitaba.

Cuando Knutas se despertó solo en la cama el martes por la mañana se sentía cansado y apático. Le pesaba el cuerpo. Sería por culpa de las pastillas para dormir. Observó el techo y las vetas de la madera que se veían a través del barniz blanquecino. ¿Cuántas veces, durante todos esos años, había estado allí tumbado mirando el techo? Junto a Line. Se dio cuenta de que le iba a llevar una temporada dejar de pensar en ella. Aunque estuviera enamorado de Karin, de vez en cuando Line se colaba en sus pensamientos. A menudo le entraban ganas de llorar al pensar en todo lo que habían compartido durante tanto tiempo. Tal vez fuera natural. El psicólogo ya le había dicho que se trataba de un proceso de duelo por el que todos tenemos que pasar.

La palabra «proceso» no le gustaba. Parecía como si de repente aquel asunto no tuviera que ver con él, sino con algo que estaba fuera de su alcance. Así se sentía, fuera del alcance de sí mismo.

Se sentó en la cama y permaneció un rato sentado, sin moverse, observándose las manos. Pensó en que se veían arrugadas, impotentes y grisáceas. No se había dado cuenta antes, nunca de aquella forma. Parecían inútiles, ineptas, como si ya no sirvieran para nada.

Salió de la cama y se vistió. Tenía que irse, debía tomar aire fresco.

Abajo, en el recibidor, se puso una chaqueta y abrió la puerta de la entrada. Al salir se detuvo en el porche. La gata aprovechó para escabullirse. El aire de otoño le azotó con fuerza; era fresco y gélido. El viento arreciaba y mar adentro se mecía la espuma blanca de las olas al romper. Una bandada de aves migratorias volaba en el cielo, cientos de ellas, gorjeaban en formaciones perfectas, se acercaban unas a otras para luego volver a dispersarse en busca de algo nuevo. Se quedó quieto y las contempló hasta que le empezaron a escocer los ojos y las aves desaparecieron en el horizonte.

Respiró profundamente el aire puro y frío. Es el viento del cambio lo que sopla, pensó. Tal vez haya algo bueno esperándome y también yo me dirija

hacia algo nuevo. Aquella idea lo reconfortó. Anders Knutas no estaba en medio de ningún «proceso», estaba cambiando.

Bajó las escaleras, cogió el tabaco y la pipa. Comenzó a cargarla mientras contemplaba el mar revuelto.

Junto al embarcadero, divisó a una persona que también contemplaba el mar. No mucha gente se para a observar cómo se desplazan las olas hacia la orilla, pensó. Sobre todo en esa época del año. Aquello lo consolaba también, pues no era el único al que le producía calma ver cómo las olas rompían en la playa.

El desconocido permanecía quieto, lo único que se movía era su chaqueta, que ondeaba cuando el viento soplaba con fuerza. Knutas no podía distinguir si era un hombre o una mujer, ya no tenía la vista de antes.

No pudo evitar que se le dibujara una sonrisa, el agente de policía que era seguía observándolo todo alrededor. ¿Era un hombre o una mujer? El color de la ropa, el momento del día, ciertos atributos. Todo podría ser importante, hasta el más mínimo detalle.

Tenía que admitir que echaba de menos el trabajo, extrañaba tener algo que hacer, estar ocupado. Ahora trabajaba poquísimo, apenas lo suficiente como para sentir satisfacción alguna, pero no podía más, aún no era el momento.

Se llevó la pipa a la boca, la encendió. Aspiró una calada y dejó que el humo que le salía por la nariz se fuera desvaneciendo poco a poco. La persona del embarcadero no era ninguno de los vecinos, pues lo habría reconocido. ¿Sería un turista que se habría parado a disfrutar de las vistas? Tampoco se veían coches. Hay gente a la que le gusta pasear, pensó, bastante gente. Y a algunas personas les gusta pararse en un embarcadero a contemplar el horizonte sin más.

Justo cuando iba a sentarse en las escaleras, aquel individuo se giró hacia él. Tenía la sensación de que lo miraba fijamente. Knutas entornó los ojos, aunque se encontraba demasiado lejos como para poder verlo con claridad. Al menos ahora sí pudo distinguir la figura de un hombre.

Levantó la mano con un gesto inseguro para saludar y la dejó en el aire unos instantes antes de bajarla. El hombre que estaba junto al embarcadero no reaccionó, permanecía inmóvil, en la misma postura.

De repente, Knutas se sintió incómodo, estaba seguro de que aquel hombre lo miraba fijamente. Volvió a levantar la mano para hacerle una seña, pero el desconocido siguió sin inmutarse.

Knutas se cubrió aún más con la chaqueta. Estaba helado y aquel frío provenía de su interior.

David Forss estaba sentado con la revista porno en la mano mientras intentaba ordenar sus pensamientos. Miró el reloj. Faltaba una hora para que Anna volviera a casa. Tenía que seguir buscando. La pregunta que le venía a la cabeza era qué había hecho su mujer con las imágenes recortadas y dónde las había metido. Tenía la impresión de que solo había recortado imágenes de mujeres desnudas. ¿Acaso ahora su mujer era lesbiana?

Sacó los cajones del escritorio, rebuscó entre los papeles y repasó todas las carpetas una vez más, por si acaso se le hubiera pasado algo. Nada. Corrían los minutos y David se dio cuenta de que no le quedaba mucho tiempo antes de que Anna volviera a casa. Debajo de un montón de carpetas de plástico sin usar encontró un calendario.

Echó un vistazo rápido a las páginas; las manos le temblaban. No vio nada de particular, excepto algunos nombres de diferentes telas y una fila de números escritos al lado. Supuso que aquellos números hacían referencia a horas exactas, aunque no estuvieran escritas de la forma habitual. Por mencionar un ejemplo, en el día lunes 16 de enero ponía lo siguiente:

Gasa 0130-0220

Tul 0230-0315

Viscosa 0320-0350

Poliéster 0400-0430

Seda 0440-0500

Organdí 0515-0600

Martes 17 de enero:

Tweed 0115-0215

Terciopelo 0230-0300

Seda 0310-0345

Algodón 0350-0410

Organdí 0420-0450

Tul 0500-0530

Atónito, observó los nombres de las telas y supuso que se trataría de una especie de código secreto relacionado con las horas de al lado, todas eran de madrugada.

Se levantó confundido y se puso a dar vueltas por el habitáculo. ¿De qué iba todo aquello? Posó la mirada en los montones de telas que estaban junto a la pared. Sacó un rollo al azar y luego otro. David no podía parar, en un santiamén había sacado todos los rollos. Entonces dio con el que buscaba. Al fondo, detrás de todas las telas, había una carpeta bastante abultada. La sacó y la puso en la silla. Respiró profundamente antes de abrirla y empezar a leer su contenido.

Karin estaba intranquila y salió de la comisaría justo después de terminar la reunión de la mañana. Le agotaba tener que dirigir a sus compañeros sin saber si sacarían algo en claro de la búsqueda de Vilma Eliasson. Necesitaba salir, estar sola y pensar.

Se dio una vuelta por Östercentrum, recorrió la muralla y al llegar al final giró a la izquierda y se adentró en la calle Södra Murgatan. Eran poco más de las nueve, las tiendas aún no habían abierto. A pocos metros de distancia, caminaba a paso lento un hombre mayor que paseaba a un perrito peludo. Por lo demás, reinaba la calma.

Precisamente en esa calle tan tranquila había tenido lugar la desaparición la mañana anterior, una desaparición sobre la que la Policía había perdido el control. Karin buscaba algo, pero no sabía qué. Al menos una sensación. Esperaba ver algo, que se le ocurriera una idea, lo que fuera que pudiera ayudar. Vilma tenía que aparecer cuanto antes. No podía evitar ver el rostro de la pequeña delante de sus ojos. Le dolía cada minuto que pensaba en todo lo que la niña habría tenido que pasar.

Comenzó a revisar el caso mentalmente y a ordenar los últimos datos del informe de la investigación. El interés mediático aumentaba cada hora que pasaba y también la frustración del equipo que llevaba la investigación. La noche anterior habían emitido un comunicado de prensa en el que se informaba de los datos que habían reunido, junto con una orden de búsqueda y captura, y se pedía la colaboración ciudadana. La noticia sobre la niña desaparecida llegó a todos los medios, la radio local, los periódicos, las agencias de prensa y los canales de televisión se hicieron eco de la noticia. Las imágenes de la pequeña dulce y risueña Vilma eran la noticia principal de la primera página de muchos periódicos y la habían dado en los telediarios.

La búsqueda no cesó durante la noche. Se organizaron grupos de rastreo por parte de la milicia local, la asociación de personas desaparecidas *Missing People* y el club deportivo de orientación. La Policía llamó a las puertas y buscó por los alrededores del salón de belleza sin llegar a nada. Pasaron toda la noche revisando las imágenes de las cámaras de vigilancia de la zona.

Tanto los vecinos como amigos cercanos de los padres organizaron su propia batida de búsqueda. Se pegaron carteles con fotografías de la niña y se repartieron panfletos.

La Policía incluso acudió al domicilio de los dos hombres que habían sido condenados por delitos sexuales contra menores, pero no habían obtenido ninguna pista. A pesar de haber llevado a cabo un gran número de interrogatorios, la Policía seguía atascada con la investigación. Y ni un solo testigo se había pronunciado.

Karin decidió pasarse por el salón de belleza Jenny. Al llegar observó que los muebles de fuera se encontraban junto a la entrada, pero la puerta estaba cerrada. Quizá aún no habían abierto.

El césped frente a la torre de Kajsartornet irradiaba un espléndido color verde bajo el sol. Se agachó y empezó a buscar por el suelo, aunque sin esperanzas de encontrar nada. Solo seguía lo que le dictaba su intuición. ¿Qué había ocurrido? ¿Habría sido una casualidad que algún depravado pasara justo por allí en el momento en que nadie vigilaba a Vilma? ¿De qué podría tratarse si no?

Karin se levantó, se sacudió la tierra de las rodillas y, perpleja, observó lo que la rodeaba.

Pensó en los padres de Vilma y en su preocupación. Debía de ser lo peor que pudiera pasarle a alguien, que un hijo desapareciera de repente sin dejar rastro y no tener ni la más remota idea de qué había sucedido. Sus pensamientos no dejaban de fluir. Pensó en si el padre o la madre estarían involucrados. Habían inspeccionado el domicilio de cada uno de ellos en busca de pistas. Tal vez valiera la pena volver a echar un vistazo.

¿Qué fue lo que dijo Wittberg del padre, Krister Eliasson? Que había algo en él que no encajaba. No era la primera vez que Wittberg acertaba con sus presentimientos. Habría que investigar más al padre.

Karin sacó el teléfono y marcó el número del fiscal Birger Smittenberg.

Knutas estaba en la cocina de la casita de campo haciéndose unas tortitas. Preparar la comida lo mantenía distraído y apartado de los pensamientos confusos. Prefería las tortitas un poco gruesas y con sirope de arce, al estilo americano. Tal y como solían tomárselas Line y él para desayunar tarde los domingos que no tenían que trabajar. Otra vez Line, pensó irritado. ¿Es que tiene que aparecer cada dos por tres o qué?

El timbre del móvil interrumpió lo que estaba haciendo. Con gusto, se puso el teléfono debajo de la barbilla mientras se servía las tortitas en el plato. A decir verdad, su apetito seguía intacto, es más, había aumentado. Seguro que había engordado algo en las últimas semanas. Probablemente comer fuera un consuelo.

Knutas se sorprendió al escuchar la voz al otro lado de la línea. Era Johan Berg, con quien llevaba meses sin hablar. El periodista de televisión que lo había aguantado, tanto en lo bueno como en lo malo, en muchas investigaciones durante diez años y que hace poco se había mudado a Estocolmo con toda su familia. Incluso le envió una postal que leyó cuando regresó de las Islas Canarias. Knutas se emocionó de solo pensarlo.

–Hola, soy yo, Johan Berg. Perdona que te moleste, solo quería saber cómo estabas.

–No, no te preocupes. Todo bien, gracias. ¿Te has enterado de que estoy de baja y trabajo solo de vez en cuando?

–Eso he oído. Una pena la verdad. Con el divorcio y todo lo demás... Espero que te encuentres mejor.

–Sí, ahí voy. Y tú, ¿qué tal? ¿Cómo te va por Estocolmo? ¿Ya te has cansado de aquello?

Johan se echó a reír.

–No, la verdad es que no. Aunque adaptarse es más difícil de lo que imaginaba.

–¿Y eso?

Knutas les dio la vuelta a las últimas tortitas en la sartén mientras escuchaba a Johan. La cocinita, que no tenía extractor, se había llenado de

humo, así que fue a abrir la ventana mientras el periodista le informaba de sus novedades.

–Los niños deberían irse adaptando al colegio, pero la cosa va lenta. Emma no termina de hacerse al trabajo y la vida aquí le resulta aburrida. Echa de menos la isla, el trabajo de allí y a sus amigos.

–Lo entiendo. Pero ¿y tú qué?

–Yo estoy encantado, pero tengo remordimientos de conciencia por ello. He de admitir que, al ser un medio más grande, el trabajo es más variado. Vosotros allí debéis de estar hasta arriba también. Por cierto, no andarás metido en el caso de la niña desaparecida, ¿no?

–Aún es reciente. No se sabe mucho. Y yo trabajo solo de vez en cuando.

Knutas llevó el bote de sirope de arce a la mesa. El olor de las tortitas recién hechas le hacía la boca agua. Estaba impaciente por hincarle el diente. Le cortó un pedazo a *Elsa* y se lo apartó en un platito. Hasta a la gata le chiflaban, sobre todo si estaban recién hechas.

–Bueno, la verdad es que no te he llamado por eso –continuó Johan–. Esta vez de veras que no te llamo para sacarte información. Simplemente quería saber cómo estabas.

–Te lo agradezco –dijo Knutas, que sintió cómo se le sonrojaban las mejillas–. Ahora que trabajas en la capital, por casualidad no estarás cubriendo el caso, ¿no? –continuó–. Supongo que Pia Lilja, tu cámara, se estará ocupando de todo el cotarro con la reportera aquella de Estocolmo, esa tal ¿Madeleine Haga? Muy buena, por cierto, aunque testaruda. Ha estado en Gotland varias veces.

–Pues, seguramente estén por ahí –respondió Johan, que carraspeó al oír el nombre de Madeleine, ya que seguía afectado por lo que pasó con la reportera. Cambió de tema y se puso a hablar de Pia–. Bueno, y de Pia no tengo ninguna queja –añadió en un tono más alegre–. Más que nada, la echo de menos.

–No lo dudo –dijo Knutas–. Me parece una mujer auténtica.

Empezó a preocuparse de que se enfriaran las tortitas.

–Oye, justo ahora iba a sentarme a comer.

–Sí, sí, claro. No te molesto más –dijo Johan–. Me alegro mucho de haber hablado contigo.

–Gracias, igualmente.

Cuando Knutas les dio un bocado a las tortitas, se le apareció delante el

rostro de Line otra vez. Johan se encontraba justo en ese momento de la vida, con la familia y los hijos. Uno se cree que aquello dura para siempre, pensó. Pero no es verdad. Nada está garantizado en este mundo.

Krister Eliasson vivía en un piso que se encontraba a tiro de piedra del puerto de Söderport. En la planta baja del edificio había un restaurante indio con vistas al aparcamiento del supermercado Ica. Como no había ascensor, Karin subió los tres pisos por las escaleras. El fiscal Birger Smittenberg le había dado permiso para volver a realizar un registro domiciliario y Wittberg le había entregado la llave después de realizar la primera inspección. Mientras Karin revisaba el apartamento, su compañero interrogaría a Krister Eliasson. Le había prometido que tardaría al menos una hora.

Olía a comida desde la escalera y Karin miró el reloj. Eran las cinco y cuarto, hora de sentarse a cenar para muchas familias.

Notó que la puerta de Krister Eliasson estaba deteriorada, con la pintura desconchada en algunas zonas. Observó una nota escrita a mano pegada en el buzón: «Publicidad no, gracias». Justo debajo colgaba una placa con los nombres de Krister y Vilma.

Sacó las llaves del bolsillo, abrió la cerradura y se encontró con lo de siempre: un montón de cartas apiladas en la alfombra de la entrada. Se agachó para recogerlas y observó que se trataba de un par de facturas y unas cuantas revistas publicitarias, a pesar de la petición que había en la puerta. Ninguna carta personal.

Karin se acordó de los tiempos en que la gente se enviaba cartas por correo. Hoy en día uno tiene que saber informática para revisar el correo personal de alguien.

El apartamento olía a cerrado, como si nadie viviera allí o no soliera estar en casa. Era más grande de lo que esperaba. Llegó hasta el fondo y se asomó a la cocina y al comedor contiguo. No se oía nada en absoluto, excepto el rumor débil del tráfico. Con cuidado, avanzó unos pasos. La decoración de la cocina podría denominarse estándar. Era una estancia larga y estrecha, con una mesa de comedor al fondo pegada a la ventana. El piso carecía de cortinas y el suelo estaba frío, ya que no había alfombras.

No era difícil adivinar que ahí vivía un hombre solo. Un hombre que carecía de interés alguno por la decoración. Subió las persianas de la cocina,

aunque no encontró nada llamativo. Revisó los cajones y miró dentro de los armarios. Continuó por la sala de estar. Junto a la ventana, unas flores marchitas pedían urgentemente agua. El resto de la habitación lo conformaba un sofá de cuero negro, una mesa de cristal y una televisión enorme colgada en la pared. Observó que había unos periódicos y alcanzó uno. Mientras lo hojeaba, se oyó un leve chirrido que provenía de la puerta de la entrada. Karin se quedó paralizada. Alguien estaba entrando. Qué fastidio. No podía ser Krister Eliasson. Seguro que no. Wittberg se lo había prometido. No había echado el cierre al entrar y había dejado las llaves en la mesa del pasillo. En cuestión de segundos, la indecisión se apoderó de ella. ¿Qué podía hacer?

A toda prisa se acercó a una puerta que estaba entreabierta y se metió dentro. No le faltó mucho para darse cuenta de que era la habitación de Vilma. Estaba pintada de rosa y llena de juguetes. Junto a la ventana había una cama de tamaño infantil con dosel.

Karin cerró la puerta y contuvo la respiración. El extraño ya estaba dentro del piso. Oyó que se quitaba el abrigo en el pasillo, entraba en la cocina y abría el grifo. Por el ruido, parecía que estuviera preparando café. Sin duda, aquel individuo se sentía en el apartamento como en casa. ¿Acaso Krister vivía con alguien aunque lo hubiera negado en el interrogatorio?

El extraño encendió la radio y Karin oyó que acababan de empezar las noticias de las cinco y media en la emisora local. Oyó que se abría y se cerraba un armario. Santo cielo, ¿qué iba a hacer? Desde luego, no podía quedarse allí bloqueando la puerta. Sopesó varias opciones durante unos minutos. Salir de la habitación le parecía una idea poco atractiva, aunque se moría de ganas de saber quién era la persona que andaba a sus anchas por el piso de Krister Eliasson cuando él no estaba en casa.

Entreabrió la puerta sin hacer ruido.

David Forss se quedó estupefacto mientras hojeaba las carpetas que ocultaba su mujer. Las tenía organizadas con diferentes pestañas, cada cual con un nombre femenino: Tina la Desbragada, Astrid la *Stripper*, Monika la Regordeta, Camilla la Ligerita de Cascos, Kim la Tailandesa, Sandra la Colegiala... Todas hacían referencia a diferentes nombres de mujer que, obviamente, encarnaban distintos personajes. David abrió la primera pestaña denominada «Tina la Desbragada». La mirada se posó en una imagen recortada de alguna revista cara. La fotografía mostraba a una mujer con curvas, con el pelo recogido y gafas. Llevaba un vestido ajustado y los labios de color carmín. Posaba sobre un escritorio las piernas cruzadas y miraba a cámara con una sonrisa seductora. Debajo de la imagen había un trozo de tela pegado, supuso que era terciopelo.

Más abajo se leía una descripción detallada de su personalidad. Tina la Desbragada tenía treinta años y trabajaba de secretaria en un bufete de abogados. Estaba soltera, tras una relación de varios años, y vivía sola en un apartamento moderno. Nunca llevaba bragas para trabajar y siempre se ponía un traje ajustado con una falda que le ceñía el trasero, aunque no le quedaba tan estrecha como para no poder abrirse de piernas.

Incluso se describía su tipo de voz con todo detalle. Un poco ronca, tirando a grave, hablaba muy despacito, con acento de Estocolmo, y respiraba de forma profunda como si le faltara el aire.

Continuó leyendo en la siguiente sección titulada «Descripción del cliente».

Encontró un asesor casado que siempre contactaba con Tina la Desbragada cuando llegaba el momento de hacer la declaración de la renta y quería que contara para él despacito del uno al veinte varias veces. Había una anotación que decía que alcanzaba el orgasmo a la tercera vez.

La siguiente pestaña hablaba de Monika la Regordeta que se escondía bajo el alias de Algodón, a juzgar por la tela adjuntada al archivo.

Las palabras fluían como un río: pechugona, de caderas anchas,

fortachona, sumisa, falta de amor propio, lo hace todo por los demás, se olvida de sí misma, le gusta que la humillen.

Y así una lista de posibles clientes de Monika la Regordeta, sus preferencias y descripciones de lo que querían. Había un atleta conocido que quería ser su entrenador personal, y Monika se pondría toda sudada, con zapatillas y ropa de deporte y una camiseta de tirantes que no disimulaba los michelines. Solía quejarse de que estaba demasiado gorda, hacía mal los ejercicios y la acusaba de haberse dado un atracón de chocolate. Entre sollozos, Monika admitía que era muy vaga y que ingería enormes raciones de comida. Todo apuntaba a que se humillaba a sí misma.

Con manos temblorosas, pasó a la siguiente pestaña y a la siguiente. Otra de las mujeres que ofrecían sus servicios era Astrid, de sesenta y siete años, antigua bailarina de *striptease*; tenía una voz muy ronca por fumar como un carretero toda su vida. Según su descripción, era una mujer dominante, decidida, sin pelos en la lengua y la mayoría de su clientela eran hombres jóvenes. También encontró a Camilla, una peluquera de veinticinco años, con mucho pecho y faldita corta. Mascaba chicle constantemente, era guapa y muy ligerita de cascos.

—¿Qué es esto? —murmuró, y pensó en la conversación de Anna la noche que él estuvo escuchando detrás de la puerta. Poco a poco visualizó lo que su mujer estaba haciendo sin poder llegar a comprenderlo del todo.

La ira se expandía dentro de él y al mismo tiempo sentía un cierto alivio al saber que su mujer no lo engañaba con otro. No se veía con nadie en persona. Con ningún conocido ni con ninguno de los amigos, vecinos o compañeros del trabajo. Tenía ganas de gritar y de golpear la pared. No sabía si sentir alivio o enfado. Sumido en la confusión, permaneció sentado y siguió leyendo.

Las descripciones eran exhaustivas, incluso en lo referente al carácter de los clientes y a los temas de conversación. Un capitán que trabajaba en un buque de pesca al norte de Noruega solo quería hablar, nada más. Le contaba lo que había hecho durante el día, le hablaba de sus nietos. Ni una vez le pidió nada relacionado con el sexo. Sin embargo, sí le pidió que le ayudara a escribir un discurso para el bautizo de un nieto, lo cual Anna acabó haciendo, ya que estaba redactado con su letra.

Cuando terminó de leerlo todo, David se quedó horrorizado. Su mujer se

dedicaba al sexo telefónico por las noches mientras él trabajaba en la fábrica de caucho. Por lo visto, no se hacía pasar por una única persona.

Según aquel archivo, su mujer tenía, ni más ni menos, que ocho personajes distintos y todos eran desconocidos para él.

Se oyó un ligero ruido de platos en la cocina. El individuo que estaba allí metido no podía ser Krister Eliasson. Karin sabía que podía confiar en Wittberg. Solo llevaba diez minutos dentro del apartamento. No se atrevía a abrir más la puerta, prefirió dejarla entornada, de lo contrario aquella persona la descubriría con solo asomarse al pasillo.

Alguien más tenía que tener llave. A decir verdad, podría ser cualquiera, quizá tuviera una novia de la que nadie supiera nada, a pesar de que lo había negado cuando ella le preguntó si tenía una nueva relación. También se comprobaron los datos de los familiares más cercanos, sus padres vivían en la península y parecía que ya no mantenía ningún contacto con ellos. Tampoco tenía hermanos ni parientes en la isla.

Karin escuchaba en tensión, a la vez que intentaba interpretar los sonidos y estudiaba los movimientos de aquel individuo. Estiró el cuello y echó un vistazo a la entrada por la ranura de la puerta. En la alfombra del vestíbulo había un par de botas de goma rojas y al lado, tirada en una silla, una chaqueta del mismo color. ¿Era una mujer? A juzgar por el ruido, parecía familiarizada con el lugar.

De repente llamaron al timbre. Karin se sobresaltó y retrocedió varios pasos dentro de la habitación. La puerta seguía entornada. Pudo entrever la silueta de una mujer que pasó por delante y desapareció. Oyó que la cerradura giraba y a continuación percibió unas voces. No cabía duda de que había entrado un hombre. De nuevo la mujer cruzó por el pasillo, seguida de un hombre corpulento con el pelo enredado. Los oía conversar en la cocina, pero no lograba entender ni una palabra.

Se quedó indecisa durante unos instantes, inmóvil detrás de la puerta. ¿Sería mejor que no saliera de allí y esperara a que se fueran del apartamento? Esperaba que esa situación no se alargara toda la noche.

Oyó que el hombre desconocido le decía algo a la mujer en una especie de murmullo afónico. A juzgar por el tono, parecía borracho. La mujer respondió con un monosílabo. Inmediatamente después, apagaron la radio, fueron a la entrada, recogieron la ropa y desaparecieron. Karin salió de la

habitación con cuidado y se detuvo un momento para asegurarse de que no había nadie dentro de la casa. Entró rápidamente en todas las habitaciones con la esperanza de que los extraños hubieran dejado algún rastro. En un principio no encontró nada y estuvo a punto de rendirse. Entonces, se le ocurrió echar un vistazo a la bolsa de basura de la cocina. La sacó del cubo, se puso en cuclillas y empezó a rebuscar entre los restos. Pero no había nada. Al volver a colocarlos dentro, se percató del logo de la bolsa de plástico. Desde luego no era una bolsa cualquiera de un supermercado normal y corriente. Karin leyó para sí el nombre en voz alta. «Criadero de pavos Källstäde.» Ese es el criadero de pavos que hay a las afueras de Lärbro, pensó. Miró el reloj. Eran casi las seis. Ya era muy tarde para acercarse hasta allí, puesto que aquel lugar quedaba a unos cuantos kilómetros del apartamento. Bueno, mañana, pensó. Mañana iré.

Aunque la soledad le hacía sufrir mucho, prefería no mezclarse con la gente. Sentía que no pertenecía a ningún sitio y que los demás no dejaban de mirarla. Quedaba excluida, estuviera donde estuviera. Siempre se sentía rara y diferente.

Había sido así desde su infancia. Ya en el colegio existían ella y el resto. Dos mundos distintos. No encajaba, se quedaba apartada. Ninguno de sus compañeros se fijaba en ella. Tenía celos de las chicas guapas que recibían atenciones constantes por el simple hecho de ser guapas. No tenían que ganárselo, les bastaba con existir. Para ellas parecía todo tan fácil. Ni siquiera podía llegar a imaginarse cómo se sentiría si fuera una de ellas. A decir verdad, siempre había sido una chica torpe que no destacaba por su físico. Y para colmo, era bizca. A veces se encerraba en el baño y se analizaba delante del espejo durante un buen rato. Con una mano se tapaba un ojo para intentar parecer normal y entonces se escrutaba con atención. Y luego cambiaba de mano y se tapaba el otro ojo. Incluso se veía bien con el otro ojo. Pero luego se miraba al espejo con ambos ojos y se encontraba con su mirada. Entonces se veía horrenda. La gente siempre dudaba cuando estaba delante de ella, pues no sabían a qué ojo mirar. Es más, se sentía insegura por el hecho de entablar contacto con los demás, ya que era una chica tímida, callada y se le sonrojaban hasta las orejas en cuanto alguien le dirigía la palabra.

Los compañeros de clase nunca la invitaban a jugar con ellos durante el recreo, y mucho menos a una fiesta o a casa de alguien después de las clases. Todos hablaban de lo que harían al salir. Pero nunca con ella. Ella no existía, no del todo. Así que nunca llegó a tener un amigo en todos los años de colegio. Tampoco cambió su situación después, cuando era adulta. Excepto por su estrabismo, que mejoró. No obstante, eso no supuso ningún cambio a mejor, ya que no consiguió hacer amigos después.

Tampoco logró formar una familia. Cuando rondaba los veinte, hubo una época en que sus padres intentaron juntarla con el hijo de unos conocidos. Björn era mucho más abierto que ella y tenía muchos amigos, por lo que le costaba creer que alguien como él se fuera a fijar en ella.

Quedaron varias veces, siempre acompañados de sus padres y, a pesar de todo, empezó a albergar esperanzas. Fantaseaba con él por las noches. Con estar juntos. Apenas se atrevía a imaginarse tal situación, pero la esperanza ya se había despertado; la esperanza de algo nuevo.

Una noche el chico la llamó para invitarla al cine. Lo primero que pensó fue que habían sido sus padres quienes le habían dicho que lo hiciera, pero ignoró aquel pensamiento. Quizá vio algo en ella, algo que le gustaba, que nadie más había visto. Se quedó con aquella ilusión y pensó que tendría que ser eso. Había visto algo en ella, la había visto.

Los días previos a la cita estaba muy nerviosa y preocupada, pero al llegar, al adentrarse en la oscuridad de la sala del cine y después de encontrar los asientos, se sintió mejor. Intentó llevar la situación con la mayor naturalidad posible sin dar muestras de que era algo excepcional. Se sentaron juntos, pegados el uno al otro, casi podía llegar a sentir el brazo de Björn rozando el suyo y el calor de su cuerpo. Comieron palomitas y bebieron Coca-Cola. Le sudaban las manos, y esperaba y temía a partes iguales que él le agarrara la mano. Sin embargo, no fue así. Cuando se despidieron en su puerta, Björn no hizo ni amago de besarla. Recordó lo rojas que se le pusieron a él las orejas y pensó que podría ser de la vergüenza. Pasaron los días y la esperanza no cesaba. Seguía esperando que la llamara y volvieran a quedar. Pero nunca se supo más de él. Y así los días se convirtieron en semanas.

Poco después, se enteró de que Björn se había echado novia y ambos se habían mudado a la península. En efecto, la había invitado al cine aquel día porque se lo dijeron sus padres no porque tuviera sentimientos hacia ella. De hecho, nunca los había tenido.

Una vez más comprobó que no era digna de ser amada. ¿Cómo podría ser tan tonta como para creerse que merecía tal cosa? No solo era fea, sino que además era idiota.

El miércoles por la mañana, cuando Thomas Wittberg entró en la sección de la Policía criminal, le comunicaron que tenía visita. Se trataba de una mujer que decía tener algo importante que contar con respecto a la desaparición de Vilma Eliasson. Lo estaba esperando en su despacho. Las expectativas de Wittberg eran relativamente bajas, ya que eran muchos los testigos que afirman haber visto cosas que luego acaban siendo irrelevantes.

La mujer se presentó como Maria Hagberg. Era de mediana edad, rellenita, vestía pantalones de deporte, una chaqueta cortavientos y calzaba zapatillas de correr. Sentado en su rodilla, había un perro de color marrón parecido a un terrier, que no dudó en ladrar cuando Wittberg entró por la puerta. Se acercó y lo acarició, pero el perro le enseñó los dientes y Wittberg retrocedió.

–Qué monada –dijo con una sonrisa forzada–. ¿Cómo se llama?

–Es una perra, se llama *Goldie*, por Goldie Hawn, mi actriz favorita –respondió la mujer mientras miraba a Wittberg con un gesto de aprobación que, probablemente, se debiera al interés que este había mostrado por su amorcito.

–¿Le apetece un café o alguna otra cosa? –preguntó Wittberg.

–No gracias, acabo de tomarme el café del desayuno.

–¿Qué era lo que quería contar?

–Debería haber venido el lunes, supongo. Resulta todo tan extraño a veces... Desde luego uno no lo entiende así, de primeras, cuando sucede, sino que se da cuenta después... Sinceramente, no comprendí entonces lo que había visto. Pero más vale tarde que nunca, como se suele decir.

Agachó la mirada y se puso a acariciar a la perrita.

–Ya veo –dijo Wittberg, a pesar de no haber entendido ni un ápice de lo que la mujer había intentado decirle–. ¿Podría contarme qué es lo que vio?

–El lunes por la mañana, entré con el coche en la calle Södra Murgatan y entonces...

Wittberg levantó la mano para interrumpirla.

–Espere. Un momento... ¿Recuerda qué hora era?

–Sí, ¿qué hora sería...? –Maria Hagberg tardaba en responder–. Pues serían

las nueve...

–¿Puede precisar más?

Wittberg alargó el brazo y alcanzó un cuaderno y un lápiz del escritorio.

–Quizá las nueve y cuarto... o y veinte...

Wittberg tomó nota.

–De acuerdo, continúe.

–Giré para entrar en la calle, porque iba a recoger a mi madre, que vive en la esquina y, como está en silla de ruedas, tenía que pararme justo en la puerta. Se rompió la cadera hace unos años, en invierno, un día que estaba fuera de casa. Ya sabe, las placas de hielo. Se resbaló y por desgracia se cayó. Ocurrió precisamente junto a Östercentrum. Un accidente verdaderamente desafortunado, ya la han operado varias veces, pero aún no han logrado que vuelva a caminar bien desde entonces. Ay, mi madre, ya empieza a hacerse mayor –añadió Maria Hagberg con un suspiro de preocupación.

–Entiendo –dijo Wittberg impaciente–. ¿Y qué vio esa mañana?

–Sí, pues eso, me refiero a que, si no fuera por eso, no me habría metido en esa callejuela. Si no es absolutamente necesario, quiero decir. Y fue por eso, porque mi madre está en silla de ruedas.

–Sí, sí, continúe –insistió Wittberg con un gesto de cortesía, a pesar de que pensaba que Maria Hagberg daba más detalles de los necesarios.

–Justo cuando me metí en esa calle, ya sabe, yo venía del aparcamiento que hay fuera, al lado de la estación de autobuses, me fijé en un hombre que iba andando.

Wittberg se inclinó hacia adelante. Por fin la historia comenzaba a ser interesante.

–¿Y bien?

–Se veía muy descuidado, como un indigente. Tenía el pelo largo y la ropa hecha jirones, además de que iba en chanclas. ¡En septiembre! Caminaba despacio y mirando alrededor. Me acerqué a él con el coche y pasé justo por delante. Como la calle es tan estrecha pude verlo bien. Luego noté que hacía unos tics extraños con una mitad de la cara, la parte derecha, parecía que arrugaba la comisura de los labios y que cerraba el ojo.

–¿Por qué le pareció sospechoso aquel hombre, aparte de por su aspecto demacrado?

–Bueno, cuando pasaba al lado, me fijé en una niña pequeña que estaba jugando en el césped. Y cuando miré por el espejo retrovisor, me dio la

impresión de que el hombre se había parado junto a ella. Pero, en ese mismo momento, me llamó mi madre por teléfono. Estaba histérica, porque acababa de tirar un vaso y todo se había llenado de cristales. Se había hecho daño, estaba sangrando y Dios sabe qué más... Así que me tuve que ocupar de la situación y me olvidé de aquel pequeño incidente. Es así, si mi madre llama, atención que viene el drama. –María Hagberg suspiró y entornó los ojos.

–¿Por qué no se puso en contacto con la Policía cuando se enteró de que una niña de tres años había desaparecido? –exclamó Wittberg.

–Pues porque no lo sabía, por supuesto –respondió indignada–. Mi madre y yo nos fuimos de allí al puerto y nos montamos en un *ferry* rumbo a Riga. Hemos vuelto esta mañana. No teníamos ni idea, ninguna de las dos. Llamé a la Policía en cuanto supe lo que había pasado.

Maria Hagberg se mostró ofendida y apretujó entre sus brazos a la perrita, que soltó un gemido.

–Bueno está bien, lo entiendo –añadió Wittberg con voz calmada, lamentando de inmediato su pequeño arrebató–. No pasa nada, ¿recuerda haber visto a ese hombre antes?

–No, me parece que no. Habría recordado a alguien así. De esos tics una se acuerda.

–¿Lo reconocería si se lo encontrara? ¿Y en una fotografía?

–Sin duda. Recuerdo muy bien su aspecto.

A Wittberg le entró un cosquilleo en el estómago al pensar que aquello podría suponer un avance.

El miércoles por la mañana, Karin se dirigió hacia el norte, en dirección al criadero de pavos Källståde de Lärbro. Ninguno de sus compañeros disponía de tiempo para acompañarla, estaban volcados de lleno en el caso del que hablaban todos los habitantes de Gotland. Cada hora era crucial en la búsqueda de la niña desaparecida.

Al pasar Tingståde todo lo que veía por el camino le resultaba demasiado familiar. Aquel era su pueblo natal. Se conocía sobre todo por el pantano, el más grande de Gotland. Sus padres seguían viviendo allí, pero apenas los veía. La relación con ellos nunca había sido particularmente buena. Prefería evitar ir por la zona, pues despertaba en ella recuerdos dolorosos que prefería olvidar.

El cercado donde había vivido su caballo se veía desde la carretera e incluso se alcanzaba a ver el sendero donde solía cabalgar en aquellos días funestos de hace más de treinta años. Fue allí donde ocurrió el accidente, el caballo se detuvo y Karin buscó auxilio en la casa del instructor de equitación que, en lugar de dejarle llamar a sus padres, acabó violándola. Solo tenía quince años.

Se quedó embarazada y se vio obligada a dar a su hija Hanna en adopción después del parto. El asunto fue silenciado y los padres le aconsejaron que no denunciara.

Durante su adolescencia se había encontrado muy sola por todo lo que le había ocurrido, y aquella soledad la volvía a revivir cuando regresaba a su pueblo. Había estado tantos años sin Hanna que le era imposible describir lo agradecida que se sentía de que finalmente se hubieran encontrado. Un aura cálida le recorría todo el cuerpo cuando pensaba en su hija. Se parecían mucho, a pesar de que Hanna no se hubiera criado con ella. Después de todo, se tenían la una a la otra.

Ahora Hanna se había ido al extranjero de nuevo, esta vez para trabajar en un proyecto de arquitectura en África, en Accra, la capital de Ghana. Iban a demoler toda una zona para construir viviendas y aquel proyecto le llevaría un año como mínimo. Al menos seguían en contacto por Facebook y Skype.

Es curioso, pensó, mantengo más el contacto con mi hija, que se encuentra al otro lado del planeta, que con mis padres que viven a tan solo unos kilómetros.

Con una fuerte nostalgia en el pecho, Karin llegó al criadero de pavos. Se encontraba en el camino hacia Fårösund, justo a las afueras de Lärbro. La granja se componía de un edificio principal de piedra caliza y dos recintos más pequeños, un jardín y un granero repleto hasta los topes.

Karin giró por el camino en el que estaba el letrero. El sol apretaba con fuerza y las hojas de los árboles brillaban con unos tonos rojizos que iban desde el carmín dorado hasta el marrón. Cuando aparcó, un hombre de su misma edad salió del granero. Vestía un mono de trabajo y zapatos de goma.

–Hola –saludó Karin, y se presentó mostrando la placa policial–. He venido a echar un vistazo por aquí y me gustaría poder hablar con los trabajadores.

–Buenas, soy Peter Ahlström.

–¿El dueño del criadero?

–Sí, así es. ¿Qué sucede?

–Se trata de Vilma Eliasson, la niña de tres años que desapareció de una peluquería en Visby el lunes pasado.

Un gesto de preocupación se manifestó en el rostro del granjero.

–¿Hay aquí alguien que sea sospechoso y tenga que ver con el caso? –preguntó con ansia.

–No, pero hay una pista, entre muchas otras, que conducen hasta este lugar. No tiene por qué ser relevante. Lamento no poder dar más información.

Peter Ahlström era alto y robusto, podía medir dos metros perfectamente. Karin tenía que estirar el cuello para hablar con él.

–Bueno, pues pregunte lo que sea –dijo–. Aunque tengo que irme a ver a los pavos, ¿le importa que vayamos?

–No, en absoluto.

Peter Ahlström le dio la espalda y abrió la puerta. Por dentro reinaba la tranquilidad y apenas se oía ruido, solo el rechinar del serrín del suelo. Karin forzó la vista e intentó percibir algunas aves.

–¿Dónde están? –preguntó, y comenzó a toser inmediatamente después.

De pronto estalló un coro ansioso, era un sonido diáfano, un murmullo arrullador, breve y constante que emanaba de los gajates de aquellos animales. Karin nunca había oído nada parecido. Peter Ahlström se tapó la boca por su reacción.

–Hacen ese ruido cuando escuchan sonidos que no reconocen.

–¿Cuántos hay?

–Ahora tendremos unos quinientos pavos.

–¿Por qué no se les ve? –preguntó Karin, tras salir del *shock* inicial.

–Deben estar en un ambiente algo oscuro y, a pesar de que tienen una gran superficie para poder moverse, suelen apretujarse en un rincón.

–¿No hay nadie más aquí trabajando?

–Ahora, no. Mi hermano viene un poco más tarde.

–¿Cuántos empleados hay?

–Es un negocio familiar. Estamos mi hermana, mi hermano, mi mujer y yo.

–¿Y viven aquí en la granja?

–Mi familia y yo vivimos en el edificio principal, justo enfrente. Kent y su mujer están en uno de los recintos y nuestros padres viven en el otro.

–¿Y su hermana?

–Erika está soltera, vive muy cerca de aquí. –Peter Ahlström buscó la pared a tientas–. Ahora los verá.

Pulsó el interruptor y se hizo la luz en toda la nave. Aquello provocó un *crescendo* aún mayor del coro de aves. Karin escuchaba fascinada, era incapaz de relacionar aquel sonido con nada que hubiera oído antes. Las cabezas de los pavos lucían hermosos colores azules y rojos, y debajo del pico les colgaba una especie de bolsa flácida y larga.

–¿Por qué no están fuera? –preguntó Karin.

–Por desgracia, no podemos sacarlos, por riesgo de salmonela. Ya me gustaría que salieran al exterior, estarían mejor.

–¿Dónde están sus hermanos ahora?

–Pues mi hermano está en la ciudad y mi hermana estará en casa, supongo, si es que no anda haciendo otra cosa.

Peter Ahlström sacó un par de bolsas de serrín, las cortó en trozos y abrió la verja de la jaula, lo que originó un nuevo alboroto. Karin esperó a que disminuyera.

–¿Sabe si alguno de sus hermanos conoce a la familia Eliasson?

El criador de pavos, que había empezado a esparcir el serrín por el suelo

donde se encontraban las aves arracimadas, interrumpió la tarea de repente. Enderezó la espalda y la miró pensativo.

–Ahora que lo dice, mi hermana Erika conoce al padre de la niña. Trabajaron juntos, aunque fue hace muchos años. Eran monitores de ocio en el mismo campamento de jóvenes.

–¿Y siguen en contacto?

–No lo sé, pero estuvieron saliendo un tiempo, aunque, como le digo, de eso hace mucho.

En su rostro se dibujó un atisbo de preocupación.

–No creerá que Erika tiene algo que ver con la desaparición, ¿verdad?

–No es que lo crea, pero me encantaría poder hablar con ella. ¿Cómo se va desde aquí a su casa?

–Salga por la carretera y gire a la izquierda, como para volver a Visby. Después tome la siguiente salida. Es la última casa, no tiene pérdida. La carretera acaba ahí.

–Gracias. –Karin le entregó su tarjeta de visita–. ¿Le importaría pedirle a su hermano que me llame en cuanto pueda?

–Descuide.

En silencio, David contemplaba a su mujer mientras preparaba el café después de la cena. El desasosiego se apoderaba de él. Unas veces le entraban ganas de zarandearla y otras de colgarla del cuello. Anna era inaccesible, no conseguía contactar con ella. Estaba recogiendo los platos de espaldas a él, acababan de comer y David se iba a trabajar dentro de una hora. Anna llevaba el pelo recogido en un moño en la nuca. Era tan hermosa, menuda y delgada como una sílfide. La nuca blanca y sedosa, el cabello, voluminoso y oscuro. Le caían algunos mechones sobre los hombros. Llevaba una falda larga de algodón y andaba descalza por la casa como casi siempre. David solía regañarla por la factura de la luz, Anna siempre giraba la ruedecita al máximo, porque odiaba el frío; en cambio, le encantaba ir con ropa ligera. Su excusa era que no podía coser con tanto trapo puesto.

David quería hacerle preguntas acerca de lo que había descubierto, pero no se atrevía. Rara vez hablaban de sus sentimientos y, desde luego, había algo en su forma de ser que le impedía dar el paso. Como si la cubriera una armadura invisible, una capa dura, gruesa e impenetrable.

Tenía miedo de que se enfadara con él por haberla espiado y haberse entrometido en sus asuntos. No sabía cómo sacar el tema. Perderla lo aterrorizaba. Y pronto se iría a trabajar y se quedaría toda la noche sin tener la más mínima idea de en qué andaba metida. La frustración lo abrumó. No le apetecía otra cosa que pedir una baja, pero sabía que no podían permitirselo.

Heidi entró en la cocina. Para que se fuera, David sacó un polo del congelador, se la llevó al comedor y la colocó delante de la tele. Una película de dibujos la distraería un rato. Quería intentar hablar con Anna, pero no sabía cómo empezar; además, seguía de espaldas a él. Ella se sirvió el café primero y luego le puso la cafetera en la mesa junto a una taza. David tomó aire. Debía hablar con ella.

–Tengo que ponerme a trabajar –soltó Anna de repente, y salió de la habitación antes de que David alcanzara a decir algo.

Se quedó solo en la cocina. Las preocupaciones comenzaron a poblar su interior. Removió el azúcar dentro de la taza y miró por la ventana. La iglesia

de Öja se alzaba hermosa bajo el cielo oscuro. Las palabras y preguntas quedaron atrapadas en su garganta sin que lograran liberarse. Ni siquiera ahora que estaba solo era capaz de susurrarlas. Necesitaba hablar con alguien.

Ambos lados del camino, una línea recta rodeada de un bosque de pinos, se levantaba un muro bajo de piedra. La casa de Erika Ahlström se encontraba muy cerca del final del camino de gravilla, tal y como le había indicado su hermano, el criador de pavos. Karin aparcó el coche delante de un granero deteriorado de piedra caliza al que se podía acceder por una puerta de madera podrida. Las ventanas estaban tan polvorientas que resultaba imposible ver a través de ellas. No había ningún otro coche por allí, aparte del suyo, y supuso que no habría nadie en la casa.

Cuando bajó del coche, la recibieron unos ladridos inoportunos y echó una mirada a la vivienda situada al otro extremo de la parcela llana. Los manzanos asilvestrados y repletos de unos frutos rojos resplandecientes cubrían parcialmente la vista. La casa era una simple construcción de piedra caliza de dos plantas, alrededor de las ventanas estaba pintada de un azul grisáceo. Karin se dirigió al chucho que no dejaba de ladrarle con todas sus fuerzas. Parecía ser un macho de pelo duro y oscuro, de una raza indeterminada. No cesaba de corretear de un lado a otro detrás de la valla. Karin intentó acariciarlo, pero el perro no se atrevía a acercarse a ella. Pobre animalito, pensó. Le daba pena que lo hubieran dejado solo. Se alejó y caminó en dirección a la casa, que parecía cerrada y poco acogedora. Las persianas venecianas de las ventanas de la primera planta estaban bajadas. En aquella enorme parcela, no había muebles exteriores ni otros enseres que dieran signos de que estuviera habitada. De no haber sido por las flores frescas de las ventanas de la planta de arriba, habría pensado que estaba abandonada o, al menos, que era una de esas propiedades que permanecían deshabitadas durante el invierno. Así pues, supuso que no habría nadie dentro.

¿Qué podría significar en todo aquello la relación entre Krister Eliasson y la hermana del granjero?, pensó mientras deambulaba por el terreno. Tenía claro que de eso hacía mucho tiempo, pero quizá hubieran retomado el contacto después del divorcio de Krister.

Si es que acaso había alguna conexión con el hallazgo de la bolsa de

plástico en su apartamento, también podría haber pertenecido a otra persona o simplemente el padre de Vilma había ido al criadero a comprar un pavo. Aunque las bolsas con el logo de esa granja solo se podían conseguir allí, según había averiguado Karin.

Por lo tanto, Krister, o bien alguien cercano, había estado en el criadero. La cuestión era si aquello era relevante o no para el caso.

Karin rodeó la casa y corroboró que estaba más que descuidada. Subió las escaleras y tocó la puerta principal que, para su sorpresa, se encontraba abierta. Con cierta vacilación, cruzó el umbral.

–¡Hola! –gritó para cerciorarse–. ¿Hay alguien en casa?

Decidió quedarse en el pasillo y esperar, pero no hubo respuesta y finalmente avanzó unos pasos.

–¿Hola? –probó de nuevo.

Fue a la cocina y la encontró desordenada. Había vasos y platos sucios por todas partes, muchos papeles viejos y periódicos sobre la mesa llenos de migajas, además de botellas y vasos medio vacíos. Con cuidado, levantó unos cuantos papeles y se estremeció al ver lo que había debajo. Era un libro infantil para colorear.

Karin prefirió no tocarlo, pero se puso a estudiar la portada. A simple vista, parecía un libro para niños de entre tres y cinco años, pero ¿por qué estaba ahí? Podría ser de una amiga o de cualquier otra persona, sin embargo, era imposible descartar la posibilidad de que Erika pudiera estar involucrada en la desaparición de Vilma Eliasson. Además, conocía a Krister Eliasson y había tenido una relación con él, aunque de eso hiciera muchos años. ¿Habrían vuelto? A Karin se le aceleró el pulso. Se debía analizar todo aquello con mucha más atención. Comenzó a buscar por la casa, pero no encontró ninguna pista que apuntara a que un niño hubiera estado allí.

Entonces metió el libro infantil con cuidado en una bolsa de plástico y se marchó.

Knutas tenía la radio puesta mientras recogía la casita de verano, limpiaba los cristales, fregaba el suelo, quitaba el polvo y pasaba la aspiradora. Se esmeró aún más con la limpieza del cuarto de baño. Karin y él habían acordado verse allí después del trabajo y se quedaría también a cenar y a dormir. Sería la primera vez que iban a pasar toda la noche juntos como pareja y la primera también que estaría en aquella casa con otra mujer. Compartirían la cama en la que tantas noches había dormido junto a Line. Le costaba muchísimo imaginárselo.

Knutas apenas recordaba cuándo fue la última vez que mantuvo relaciones sexuales. Por supuesto, había sido con Line, quizá la primavera del año anterior. Line había sido la única mujer con la que se había acostado en los últimos veinte años. La conocía en cuerpo y alma, sabía lo que le hacía disfrutar y cómo lo quería. Había estado esperando ese momento con muchas ganas, pero a la vez se sentía nervioso por lo que podría ocurrir en su primera vez con Karin. ¿Saldría todo bien? ¿Y si no se empalmaba? ¿Y si tenía un gatillazo en mitad del coito? ¿Y si la situación resultaba incómoda, si no sabía tocarla como ella quería? No tenía ni idea de lo que le gustaba y lo que no. Era aterrador y tentador al mismo tiempo.

Cuando terminó de limpiar, se percató de que se había olvidado de recoger el periódico, así que se puso los zuecos y salió. Vio a *Elsa* correteando por el jardín, persiguiendo hojas. El viento arreciaba y por la radio ya habían advertido de que se aproximaba una tormenta. Abrió la verja y salió al camino. Fue hasta la hilera de buzones, que se encontraba a unos cien metros de la casa. No había ni un alma a la vista, sin duda Lickershamn estaba realmente muerto en esa época del año. Su buzón era el más retirado y estaba pintado con un hermoso paisaje marino, con gaviotas y barcos pesqueros.

Recordaba cuando Line lo pintó, un caluroso día de verano hace muchos años. Visualizó claramente la imagen delante de sus ojos. Llevaba su pelo

largo y rojizo recogido en un moño despeinado y se había puesto una camisa de algodón encima de la falda que le llegaba a los tobillos. Recordó su boca risueña y los brazos pecosos. Todavía se acordaba de su olor, la taza de café al lado, los pinceles y el buzón encima de periódicos viejos extendidos sobre la mesa de madera que tenían antes de comprar muebles de jardín nuevos. Aquellos recuerdos lo pusieron algo sentimental.

Levantó la tapa del buzón e introdujo la mano para alcanzar el periódico. El sobresalto fue tal que retrocedió unos pasos y tropezó varias veces. Pero ¿qué demonios...? Notó que había algo suave dentro del buzón, que era imposible identificar, ni siquiera se imaginaba lo que podía ser. El corazón le latía con fuerza. Decidió echar un vistazo rápido a su alrededor antes de levantar la tapa. Al mirar dentro encontró un pájaro muerto, concretamente una gaviota. Knutas la sacó con cuidado, se la puso en las manos y notó que apenas pesaba. Tenía el cuello flácido y los ojos cerrados; la cabeza le colgaba. Se fijó en que había un poco de sangre en las plumas del cuello, pero no mucha.

¿Se habría estrellado contra el buzón? A veces cuando soplaban rachas fuertes de viento, la tapa se quedaba abierta y cabía la posibilidad de que algún pájaro se estampara y acabara muerto. ¿O es que la habría metido alguien a propósito? Está claro que también puede haber sido una travesura, una gamberrada. Los niños suelen hacer ese tipo de cosas, pensó. Se encuentran un pájaro muerto y luego lo meten en el buzón de alguien. Él mismo lo había hecho cuando era pequeño. Pero, y si no fuera eso, ¿entonces, qué? Perplejo, Knutas se quedó cavilando durante unos segundos, con el pájaro muerto en la mano. ¿A qué vendría aquello? Seguramente no tenía importancia.

Aun así, la sensación de malestar no desapareció en todo el día.

El descubrimiento de las andanzas nocturnas de su mujer le quitaba el sueño y le impedía concentrarse en otra cosa. Anna llevaba tanto tiempo ocultándole tantas cosas que, ante las pruebas evidentes, David tuvo que reconocer que no era la persona que él creía que era. Andaba con tapujos y había actuado a sus espaldas haciendo como si nada. No le había revelado ni el más mínimo secreto.

David no sabía quién era su mujer y se vio obligado a reconocerlo, lo cual hacía que se sintiera aún más vulnerable e inseguro. El suelo se tambaleaba bajo sus pies. Nada era como él pensaba que debía ser. Nada. Maldecía tanto su ingenuidad como su ceguera. Había intentado actuar como siempre delante de Heidi. Pero requería un esfuerzo considerable y resultaba doloroso, y no sabía hasta cuándo seguiría ignorando la verdad sobre lo que Anna estaba haciendo sin poder hablarlo con ella ni con otra persona. Se dio cuenta de que necesitaba ayuda. De lo contrario, se volvería loco. Sacar el tema a alguno de sus amigos era impensable, también lo era hablarlo con sus compañeros de trabajo o sus familiares. Como último recurso acudiría a su hermano. Pero seguramente se reiría de él en la cara. No, tiene que haber alguien más, alguien fuera de su círculo de conocidos.

David se montó en el coche para volver a casa después de haber dejado a Heidi en el colegio. Pero, de pronto le entró la duda y sintió una fuerte aversión por tener que estar con Anna bajo el mismo techo.

Cuando esa misma mañana la había visto en el desayuno, ya arreglada con su ropa de andar por casa, fue incapaz de concebir que aquella fuera la misma persona que se dedicaba por las noches a satisfacer a hombres desconocidos, a señores extraños que se masturbaban al oír su voz. Sin embargo, allí estaba, echándole la leche a Heidi en el tazón, actuando como si no pasara nada.

David comenzó a sentir que se asfixiaba dentro del coche, tenía que tomar el aire. En vez de girar en dirección a su casa, optó por ir hasta la iglesia y aparcar allí. Fue un alivio salir al aire libre. Se encendió un cigarrillo y se puso a observar la torre de la iglesia que se alzaba hacia el cielo con una altura prominente. Dio una calada intensa. Llevaba diez años sin fumar

gracias a la insistencia de Anna, que consiguió convencerlo para que lo dejara y ahora, también gracias a ella, había vuelto.

Poco a poco el cielo se iba llenando de nubarrones, el ambiente olía a lluvia. Respiró profundamente unas cuantas veces y aguzó el oído. Hasta él llegó una melodía proveniente del interior de la iglesia, donde alguien tocaba el órgano. Tiró el cigarrillo y decidió encaminarse hacia la entrada.

Al abrir el pesado portón, sintió la fuerza de la música, un sonido magnífico que llenaba el interior de la iglesia. Hasta los bancos vacíos parecían haberse quedado boquiabiertos y vio la espalda de la organista sentada ante el órgano. Estaba sola y parecía tocar para sí misma. Tal vez estuviera practicando. En cualquier caso, era maravilloso. David se sentó en el banco más próximo y optó por cerrar los ojos y disfrutar. Se perdió en la música. En cierta manera, le daba consuelo y le hizo olvidar sus preocupaciones por un momento.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí sentado cuando de repente se percató de que la música había cesado. Somnoliento, alzó la vista y observó que la organista seguía allí, junto al órgano, recogiendo unos papeles.

En el mismo momento en que se levantó, notó que la mujer también lo había visto. Se sentía avergonzado, como si lo hubieran descubierto escuchando a hurtadillas. Tampoco conocía a la organista, nunca se habían presentado. A pesar de que asistía a la iglesia con frecuencia, sobre todo cuando se sentía deprimido y acuciado por los problemas, él no iba a misa. Su mujer, en cambio, iba casi todos los domingos. Ahora que sabía a lo que se dedicaba por las noches le parecía aún más una farsa. La ira se apoderaba de él cada vez que pensaba en ello, pero trató de apartar ese pensamiento de su mente. Se acercó a la mujer y la saludó con una sonrisa tímida.

–Hola, no era mi intención molestar, pero era precioso lo que estabas tocando.

–Gracias.

Se dio la vuelta y se puso a rebuscar entre sus papeles. Aquel gesto le hizo sentirse más seguro de sí mismo. Era con ella con quien quería hablar.

–Bueno, había venido para una de esas..., esas charlas de apoyo.

–Sí, tienes que reservar, puedes llamar en horario de atención al público mañana. Es el pastor quien se ocupa de esas charlas.

–No, es que me gustaría hablar contigo.

–Yo solo soy la cantora. –Se apartó un mechón de pelo por detrás de la

oreja.

–La verdad es que no importa.

–No estoy cualificada para realizar ese tipo de cosas.

–Pero quiero hablar contigo, con nadie más. ¿Acaso no somos todos iguales ante Dios? –preguntó David con un tono risueño.

Sin duda, algo había aprendido en las clases para la confirmación de la adolescencia.

En la comisura de los labios de ella se esbozó una sonrisa.

Había anochecido antes de que Karin se dispusiera a salir de la comisaría. La reunión de los jefes de la investigación duró menos de lo previsto, aunque comentaron todas las novedades que había que tratar. Lo siguiente que se debía analizar era el libro infantil que Karin había encontrado en la casa de la hermana del criador de pavos y que decidió llevarse para entregárselo a los técnicos forenses. Maria Hagberg, la testigo que admitió haber visto a un sospechoso con tics en el rostro, había analizado varias fotografías de pederastas fichados, pero no había identificado a ninguno. Aun así, la investigación seguía su curso.

El hecho de no obtener resultados en la búsqueda de Vilma Eliasson dificultaba aún más que Karin pudiera desconectar del trabajo. ¿Dónde se encontraría la pequeña? ¿Dónde habría podido ir? Eran incógnitas que la hacían sentirse impotente y frustrada, aunque sabía de sobra que no había mucho más que hacer de lo que ya estaban haciendo. Al menos por esa noche.

Antes de marcharse de Visby llamó a Anders, que estaba preparando la cena. Karin nunca había estado en su casa de verano, pero ya iba de camino. Le costaba dejar de lado el trabajo, sin embargo, al mismo tiempo deseaba poder estar en los brazos de Anders.

La había convencido para que fuera, aunque ya se hubiera hecho tarde. Tal vez le viniera bien cambiar de aires y pensar en otra cosa, así como reunir nuevas fuerzas para el día siguiente. Era obvio que la desaparición de una niña afectaba mentalmente.

Tomó la salida hacia Lickershamn, pasó por delante de las peculiares zonas de farallones, que estaban algo retirados de la costa, y siguió en dirección al mar. Era tal la oscuridad que solo lograba discernir el pequeño puerto, los cobertizos para barcos y el inconfundible farallón con forma de doncella que sobresalía de un peñasco y vigilaba la entrada al puerto. Era el farallón más grande de toda la isla de Gotland, y se alzaba unos veintisiete metros sobre el mar. Le vino a la mente la leyenda que dio nombre a aquella formación

geológica. Era la historia de una doncella y su amado, que se precipitó al océano, allí en ese mismo lugar.

Encontró la casa gracias a las indicaciones detalladas de Anders. Karin vio que salía humo por la chimenea y giró para entrar en el aparcamiento de la casa. De pronto lo vio hacer señas desde la ventana y a continuación salió al porche de la entrada antes de que a ella le diera tiempo a bajarse del coche. Anders la recibió con un abrazo patoso, se ofreció a llevarle el bolso y entró primero en la casa.

–¿Estás cansada?

–No, no te preocupes.

–¿Te ha sido fácil encontrar la casa?

–¡Claro! Ha sido fácil.

–¿Te apetece una copa de vino?

–Pues sí, gracias.

–¿Tienes hambre? ¿Quieres cenar ya o prefieres esperar un poco?

–Puedo esperar sin problemas.

Empezó a bombardearla con preguntas, parecía que tuviera miedo a que se produjera un silencio incómodo. Mientras le servía una copa de vino tinto Karin pensó que la miraba de una forma peculiar, como si estuviera pensando lo mismo que ella.

–¿Quieres que te enseñe la casa primero?

–Sí, claro, me encantaría.

–Tampoco es que haya mucho que ver, la verdad –le dijo, y sonrió tímido.

La guio por la casa y le mostró la cocina, la sala de estar y la zona de trabajo que había en la planta baja. Luego subieron las escaleras, que crujieron a su paso, y sin querer Karin derramó un poco de vino. La pared del pasillo estaba decorada con un papel pintado con motivos florales; le pareció romántico, aunque algo pasado de moda. Los escalones estaban cubiertos por una alfombra larga y estrecha, que le recordó a la casa de sus padres.

En la planta de arriba había un pequeño pasillo, un baño con vistas al mar y tres dormitorios. Pasaron de largo la habitación de sus hijos y entraron en el dormitorio grande. De repente, la atmósfera cambió. Anders la miró fijamente a los ojos y levantó la copa.

–Salud –dijo–. Me alegro de que hayas venido.

–Salud.

Karin notó que le carraspeaba la voz. Se aclaró la garganta y echó un

vistazo alrededor. En la habitación había una cama de matrimonio con el cabecero de mimbre. La colcha estaba perfectamente colocada, las sábanas eran blancas con rayas brillantes y parecían recién lavadas. ¿Lo habría preparado todo para ella? Se le sonrojaron las mejillas de tan solo pensarlo.

El vino estaba suave y aplacaba la sed. Karin bebió otro sorbo. Sentía que no le respondían las piernas. Anders se acercó y se detuvo delante de ella. Era enorme para aquella habitación relativamente estrecha. Además de altísimo. Lo miró a los ojos. Karin apenas le llegaba al pecho. Anders le tomó la mano y la condujo hasta sus labios. Karin sentía que le faltaba el aliento.

–¿Tienes ganas de cenar ya? –le preguntó Anders.

–Bueno, un poco de ganas sí que tengo –se oyó decir, y se sorprendió de lo estúpido que había sonado eso.

Ganas. Menuda elección de palabra. Y precisamente estando en aquella situación que podía dar lugar a malentendidos.

Se sentaron a cenar a la luz de las velas y disfrutaron de la buena comida. Fuera de la ventana reinaba una oscuridad total, el viento aullaba con fuerza, las olas rugían. Se había levantado un vendaval. Con la tormenta, a Karin le resultaba aún más acogedor y agradable estar resguardada del frío junto a Anders. Había preparado filetes de ternera con puré de patatas y setas a la plancha con mantequilla. De entrante sirvió una ensalada de tomates con cebolla roja y albahaca fresca. Karin estaba impresionada. Aun así, comió menos de lo que solía, pero bebió más que de costumbre. Seguramente por culpa de los nervios. Knutas le preguntó cómo iba la investigación, a lo que ella respondió con monosílabos. No tenía fuerzas para hablar del tema en ese momento. Tan solo quería pensar en los dos y relajarse un poco.

La conversación fluía más lenta de lo normal. Parecía que ambos estuvieran pensando en lo que estaba por venir.

Cuando terminaron de cenar se quedaron callados, sentados cada uno a un lado de la mesa, mirándose. Anders le parecía guapo, a pesar de la edad, que a ella no le importaba. Era un hombre alto y de hombros anchos, tenía

arrugas, sin embargo, lucía un buen aspecto y conservaba un pelo grueso y brillante en el que se asomaban algunas canas. Anders le estrechó las manos y las apretó con fuerza.

–¿Sabes lo que me apetece ahora? –preguntó en un tono suave y con mirada seria.

Karin negó con la cabeza.

–Que subamos al dormitorio y nos metamos en la cama. Y nos abracemos. Es lo que deseo desde hace tiempo. ¿Te apetece?

Karin asintió. Era incapaz de abrir la boca. Tenía que ir al baño, porque se hacía pis y también quería arreglarse un poco. Cuando terminó fue al dormitorio y se tumbó en la cama. Oyó que Anders estaba en el baño, se tiró un buen rato dentro. Ella se quedó allí tumbada, con los ojos abiertos, contemplando la oscuridad. La lámpara estaba apagada y el ambiente era agradable. Ya había suficiente tensión.

Entonces apareció él por el umbral de la puerta y el corazón empezó a latirle aún más fuerte. Karin discernió su figura gracias a la luz del pasillo. Que cuerpo tan imponente y bello. Ella no se había atrevido a desvestirse. Seguía allí tumbada en la cama, esperándolo. Anders se acercó, le desabrochó la camisa a toda prisa y le quitó los vaqueros. Después se tumbó a su lado y se hizo el silencio en la habitación. Allí se quedaron los dos, rostro frente a rostro. Inmóviles al principio. Karin percibió su propia respiración, más intensa de lo normal. A continuación, Knutas acercó la mano y comenzó a acariciarle la mejilla.

–Mi Karin –susurró de pronto en la oscuridad–. Ven conmigo.

Y eso hizo.

El verano había sido una pesadilla, el primero en ausencia de sus padres. Aunque en realidad supusieran una carga para ella, la vida empezó a ser un tormento casi insoportable sin ellos, sin su compañía. Habría sido feliz simplemente por verlos sentados en el sofá, uno al lado del otro, como solían estar. Así podría verlos, contemplarlos como cuando era niña. Eran dos adultos inaccesibles, pero al menos estaban en casa, se movían, respiraban. Ahora hablaba consigo misma para evitar sentirse sola.

La soledad se hizo aún más evidente durante el verano. El trabajo no la distraía tanto como de costumbre y, por lo general, apenas había nada que hacer. Además, era la temporada tranquila de finales del verano y le dieron muchas semanas de vacaciones que no había pedido y que ni mucho menos necesitaba. En definitiva, un montón de días para nada.

Cuando se marchó de casa para hacer unos recados, se percató de las familias que veraneaban en aquel lugar. Parecían tan felices, ocupándose los unos de los otros. Como si no existiera otra cosa en el mundo. Solamente ellos. También estaban las parejas que paseaban de la mano. Era algo casi insoportable. Para colmo, el verano había sido más caluroso de lo habitual y, a pesar de que le encantara ir a nadar, siempre que estuviera sola, no se animó. Tenía la sensación de haber perdido el aire de los pulmones. Había días en los que se sentía más bien apática y ni siquiera se atrevía a salir de la cama. Se preguntaba si alguien la echaría de menos si optara por quedarse allí tumbada sin moverse, si decidiera cerrar los ojos y dejar de respirar.

La gata tuvo a las crías, pero, para su sorpresa, tampoco aquello alivió su soledad. Más bien al contrario, pues en lugar de prestarle atención, la gata dedicaba todo el tiempo a los gatitos, no se movía del suelo y no hacía otra cosa que lamer a las criaturitas que se amamantaban de la madre durante horas cuando no dormían. Si se acercaba demasiado a la gata, esta se ponía a bufar. Por dentro se quedó vacía y sentía dolor por ello. Le daba más cariño a la gata del que ella recibía. La quería más de lo que nunca la habían querido a ella.

Se sentó junta a la ventana de la cocina y se detuvo a contemplar la noche.

Cenó albóndigas con patatas en salsa a la pimienta, otra vez sola. Igual que el día anterior y el anterior. Albóndigas con patatas en salsa a la pimienta, sola.

Al otro lado de la ventana el paisaje no dejaba de mutar. Las hojas de los árboles habían comenzado a cambiar de color. Las primeras manzanas de otoño colgaban pesadas de las ramas. Le faltaban las ganas para hacerse cargo de ellas y pronto caerían al suelo y empezarían a descomponerse, igual que sus padres. Polvo eres y en polvo te convertirás. Algún día le llegaría su hora. Algún día se convertiría en polvo y entonces, quizá, ella también llegaría a ser alguien. Algún día sería como el resto; todo lo demás, polvo.

La casa parroquial era hermosa y antigua, una construcción de principios de siglo. Las salas en hilera poseían ventanas que daban al jardín y en una de las puertas estaba escrito el nombre de Miriam Kviberg.

–¿Te apetece un café? –le preguntó la cantora.

–No, gracias, Miriam. Ya he tomado uno –se disculpó él.

Pronunciar su nombre le producía una buena sensación. Miriam, le gustaba cómo sonaba su nombre. Miriam. Sentía que estaba haciendo lo correcto al hablar con ella. Durante la noche anterior pasaron muchas cosas. Pero fue un alivio, pensó. Había ahogado sus penas.

Miriam le pidió que se sentara. El sillón era bastante incómodo. Quizá fuera lo más conveniente, pensó. Así podría concentrarse en la conversación, que era lo que realmente le producía bienestar.

Supuso que la cantora rondaría los cincuenta años. Tenía la cara ancha y ojeras de un tono oscuro, por lo que podría decirse que llevaba tiempo sin dormir bien. Su tez era irregular, y se percató de que tenía las manos estropeadas y llenas de callos, como si hiciera algún tipo de trabajo físico fuera de la iglesia. El pelo entrecano lo llevaba recogido en un moño bajo, a la altura de la nuca. Pensó que, a su manera, era hermosa.

Vestía una falda negra, un jersey gris y un chal de color burdeos que le cubría los hombros. Alrededor del cuello lucía una cadena de plata con una cruz. Después de un silencio, sus miradas se cruzaron.

–¿De qué quieres hablar? –preguntó en un tono que reflejaba incertidumbre, pues no estaba acostumbrada a ese tipo de situaciones.

–Estoy casado con Anna Forss, quizá la conozcas.

–Sí, sé quién es Anna.

–Llevamos diez años casados y tenemos una hija de cuatro años. Vivimos muy cerca de la iglesia, en la casa de piedra que se encuentra casi al final del parque infantil. No llevamos mucho aquí, antes vivíamos en Slite, pero decidimos mudarnos al sur y compramos esa casa hace un año.

–¿Te refieres a la antigua residencia de la familia Larsson?

–Sí, exactamente.

Observó a la cantora en silencio durante un rato. En cierto modo, le transmitía confianza. Su manera de hablar en voz baja le producía una sensación de paz. Simplemente estar allí sentado parecía lo correcto, a pesar de que ni siquiera había empezado a contarle nada.

Sabía que se trataba de un tema incómodo, pero aun así optó por ir al grano.

–Bueno, verás... –continuó–. Mi mujer y yo tenemos un problema. O más bien, ella tiene un problema.

La cantora cruzó las manos y asintió para que continuara. David habló de las conversaciones telefónicas nocturnas y de que había descubierto las carpetas con aquella información. Miriam no se inmutó lo más mínimo.

–Y claro, ahora no me atrevo a hablar con ella del tema –concluyó–. Me da miedo su reacción.

–Bueno, en mi opinión, creo que debes hacerlo –dijo la cantora–. Tienes que sacar el tema y preguntarle qué la ha llevado a actuar así.

–La verdad es que no solemos hablar abiertamente entre nosotros –aclaró David–. Me da miedo que me deje si le digo lo que sé. Y la quiero. No concibo la vida sin ella. No sé qué puedo hacer.

Le lanzó una mirada desesperada a la cantora, que parecía reflexionar.

–¿Sabes desde cuánto tiempo lleva con eso?

David negó con la cabeza.

–No tengo ni idea. Trabajo de noche en la fábrica de caucho de Hemse y me es imposible estar al tanto de lo que hace cuando no estoy. Puede ser que lleve años.

–Pero entonces debería ganar muchísimo dinero. ¿No te has percatado de nada, en ese sentido?

–Nada de nada. Vivimos muy justos de dinero, apenas nos da para pagar la hipoteca todos los meses.

–¿Qué crees que hace con el dinero?

–Pues no lo sé. Tal vez se lo guarde y lo esté ahorrando por su cuenta. Estará pensando en dejarme, ¡a saber!

–No tiene por qué –intentó calmarlo–. Puede que se trate de otra cosa. ¿De veras que no se te ocurre por qué estará metida en esa clase de... actividad?

–De verdad que no tengo ni la más mínima idea. ¿Tal vez sea para llamar la atención?

–¿Tú qué crees? –le preguntó la cantora.

–Puede ser. En el día a día, no es que le dedique mucha atención, a decir verdad. Uno tiene que lidiar con el trabajo, la casa, la economía... También hay que estar muy pendiente de Heidi y de las distintas obligaciones. Uno no tiene tiempo para esas cosas. Hay tantas otras de las que ocuparse. No sé... Tal vez pueda hacer algo para mejorarlo, me refiero a... prestarle más atención.

–Sí, tal vez merezca la pena intentarlo. A todos nos gusta sentirnos queridos. Y no solo por Dios.

Eva Eliasson pasó otra noche en vela. Paseaba de un extremo a otro de la habitación con una sensación de pesadez en el estómago. Se encendía un cigarrillo detrás de otro. Incluso le dio por fumar dentro de la casa, ya le daba igual. En cualquier caso, tampoco le quedaba otra, porque desde que Vilma había desaparecido fumaba de manera compulsiva.

Su hija llevaba tres días desaparecida y no parecía que la Policía fuera a averiguar nada. Seguían sin hallar al sospechoso con los tics en el rostro, y Eva empezaba a dar por hecho que no lo encontrarían. Podría ser cualquiera, alguien que pasara por allí. De todas formas, no se sabía bien qué era realidad y qué fruto de la imaginación de la mujer del coche. Tal vez aquel hombre ni siquiera viviera en la isla, lo cual tenía sentido, ya que nadie reconocía aquellos tics de los que hablaba.

Echó un vistazo a la habitación de Vilma. Decidió entrar y tumbarse en la cama de la niña. Había peluches de toda clase colocados en fila en las estanterías, cajas de plástico de color rosa con piezas de Lego y otros juguetes. La muñeca enorme que le había regalado su abuela estaba en la sillita del rincón, con los ojos bien abiertos; sobre el respaldo colgaba un par de minileotardos de lunares que usaba para disfrazarse. En la ventana, colgaban las cortinas de algodón decoradas con angelitos que le había cosido su tía. Recordó lo contentas que se pusieron el día que encontraron aquella tela en la tienda, cuando Vilma tan solo era una recién nacida. En aquellos tiempos felices. Cuando a Krister y a ella les iba de maravilla juntos. Cuando soñaba con poder darle hermanitos a Vilma y con que su situación económica mejorara para comprarse una casita en el campo. Por aquel entonces, aún perseguía la felicidad en familia. Y allí estaba ahora, tumbada en la cama de su hija sin tener la menor idea de dónde habría ido. Se maldecía una y otra vez por haberla dejado jugar sola sin supervisión. Se culpaba una y otra vez. Era desolador acarrear con aquel sentimiento.

De pronto, tenía la impresión de que las paredes de la casa hubieran encogido y se veía incapaz de respirar. Tenía que salir. No podía aguantaba el hecho de quedarse allí con la ansiedad y la frustración. Se levantó de golpe y

abandonó el acogedor dormitorio de Vilma. Se puso el abrigo, alcanzó el bolso y salió de la casa.

Se fue en bicicleta hasta el mar para poder pensar con mayor claridad. Continuó por el carril bici mientras contemplaba las olas espumeantes. Abajo, en la playa, el viento soplaba con más fuerza, pero consiguió apañárselas para acercarse hasta allí. Sin duda, la sensación que le provocaba aquel lugar era menos horrible que estar encerrada entre cuatro paredes. Visualizó a Vilma frente a ella. Aquellos ojos marrones, el cabello rubio, la boca pequeña. Sin duda, era una niña especial, que casi siempre estaba alegre y contenta. A pesar de que en su corta vida no abundaran los momentos de felicidad, pues había presenciado más de una discusión entre Krister y ella. Era consciente de que a veces regañaba a Vilma sin razón y la agarraba algo fuerte del brazo, solo porque estaba cansada y estresada. Era tal el remordimiento que sentía ahora... Ojalá pudiera rebobinar y hacer las cosas de un modo diferente. Cómo había podido ser tan inmadura como para quedarse escuchando las andanzas de Katja y su noviete nuevo en lugar de echarle un ojo a su hija. Contempló cómo las olas del mar rompían unas contra otras cargadas de violencia. ¿Cómo sería capaz de seguir viviendo si Vilma no aparecía? La esperanza parecía haberse esfumado del todo.

El jueves por la mañana, Karin se despertó temprano. Su primera impresión al ver las paredes cubiertas de papel rosado, las cortinas de algodón de flores y el techo inclinado fue de no saber dónde estaba. Entonces oyó la respiración justo al lado y se acordó de lo que había pasado la noche anterior. Los besos, las caricias, el roce de sus cuerpos. La embriagaba una dulce sensación de satisfacción. Qué bien poder sentirse así.

Se giró hacia Anders y contempló su espalda ancha, estiró el brazo y con cuidado empezó a acariciarle con la mano. Se le saltó una lágrima de felicidad y agradecimiento. Ojalá hubiera sabido antes qué clase de amante era, pensó. En ese caso, no habría sido tan paciente. Aquel pensamiento la hizo reírse a carcajadas y despertó a Anders, que se dio la vuelta.

–Cariño –la abrazó y la arrastró a su lado de la cama–, ¿estás despierta?

–Sí, tengo que irme pronto.

–De acuerdo. Dúchate tú primero mientras yo preparo el desayuno. Ahora te doy una toalla.

–Gracias.

Se levantó de la cama sin importarle que estuviera desnuda. Se sentía tan libre que incluso se giró hacia él.

–Cualquiera habría dicho anoche que estás de baja –dijo entre risas al recoger la toalla, y desapareció detrás de la puerta del baño.

De vuelta en comisaría no había tiempo para seguir pensando en Anders ni en la noche anterior. Entró en la sección de la Policía criminal por la puerta de cristal y se encontró a Thomas Wittberg, que la recibió con entusiasmo en el pasillo.

Karin le había encargado que entregara el libro infantil a los técnicos forenses y que investigara acerca de Erika Ahlström y el resto de trabajadores del criadero de pavos.

Se fijó en que su compañero llevaba una bolsa de plástico con el libro para

niños.

–Esto de aquí... –dijo y alzó la bolsa– contiene huellas dactilares de Krister y Eva Eliasson y, además, las de una niña, posiblemente Vilma Eliasson. Aunque no hayamos podido tomarle las huellas, no es descabellado suponer que sean suyas.

–¿Es eso cierto? Vale, pues llamemos a Erika Ahlström y a Krister Eliasson para que vengan e interroguémoslos lo antes posible.

–Me parece una muy buena idea. Además, he dado también con el hombre de los tics en la cara que Maria Hagberg identificó en la calle Södra Murgatan.

–¡No me digas! –exclamó Karin–. ¿Cómo?

–Se llama Hasse Johnsson y vive en la península, en Västervik para ser más precisos. Estaba en Gotland de paso, visitando a un amigo.

–¿Y quién es?

Los ojos de Wittberg manifestaron un gesto inusual e hizo una breve pausa antes de contestar.

–Fue acusado de haber cometido delitos sexuales contra menores. Se le abrió un expediente debido a que su expareja lo había acusado de cometer abusos contra su hija, pero la investigación no siguió adelante. De eso hace muchos años, aun así...

–Dios santo. ¿Y lo tenemos localizado?

–Sí, los compañeros ya van de camino a su casa de Västervik.

La cantora arrancó algunas hojas secas de las flores del alféizar antes de que se sentaran a conversar. David sabía que, para su desgracia, apestaba a alcohol. La noche anterior habían sucedido muchas cosas. Rápidamente se sacó un chicle del bolsillo y se lo metió en la boca. A continuación tomó varios tragos del agua que estaba en el centro de la mesa. Miriam Kviberg vestía una falda de lana gris y una camisa roja. Del cuello le colgaba una cadena larga con una cruz. David contempló su rostro mientras ella se acomodaba en el sillón incómodo. La cantora no irradiaba ni un atisbo de feminidad. Él pensó que tal vez fuera lesbiana y se ruborizó de repente por estar imaginándose su orientación sexual. Era una persona que pertenecía a la Iglesia y había accedido a que volviera para otra sesión.

En ese momento, Miriam Kviberg comenzó a observar a David con tanta atención que parecía atravesarlo con la mirada. Este se preguntó si el chicle le serviría de algo, pues se había olido la muñeca con discreción y era consciente de que todo su cuerpo desprendía un olor a exceso de alcohol por haber estado bebiendo hasta muy tarde la noche anterior. Empezamos mal, pensó David. Le hubiera gustado huir de allí en ese mismo instante.

–¿Cómo ha ido todo últimamente? –Miriam Kviberg sonrió animada.

–No como me esperaba, la verdad –respondió él con tono de disculpa–. Aún no le he dicho nada a Anna. No me he decidido todavía. No he visto la oportunidad de hacerlo.

–¿La oportunidad? –repitió ella.

–Sé que suena estúpido, pero no he encontrado el momento adecuado. He estado trabajando mucho y a Anna se la veía cansada e irritada. No he querido empeorar la situación aún más.

Se pasó la mano por el pelo y volvió a notar el tufo a alcohol. Menuda mierda, podía haber pensado que hoy le tocaba ir a la sesión antes de haberse puesto hasta las trancas, así se hubiera ahorrado pasar vergüenza. ¿Qué impresión le estaría dando?

–También estoy preocupado por nuestra hija Heidi –continuó–. Es una niña con mucha energía, feliz, activa y charlatana, pero últimamente está muy

quejica y llorona. Creo que ha notado algo. Y ni Anna ni yo tenemos tanta energía. Ella dice que está muy cansada, supongo que por su labor nocturna. Y yo, por culpa de mis preocupaciones, no tengo fuerzas para dedicarle tanto tiempo a Heidi como antes.

Permanecieron en silencio unos segundos. La cantora cambió de posición y de pronto se le dibujó un gesto de malestar en la cara.

–Es importante que los niños se sientan seguros en casa. Tengo que preguntarte una cosa, ¿qué tal llevas el tema del alcohol?

¡Caray!, ahí estaba la pregunta que esperaba evitar. David vaciló un poco antes de responder.

–Bueno, últimamente me he pasado un poquito.

–Pues eso es algo en lo que deberías pensar –dijo la cantora–. No sé si lo sabrás, pero aquí, en la parroquia, llevamos un programa de apoyo para personas que tienen problemas con el alcohol.

–No lo sabía –dijo David con tono suave, y empezó a notar que se le enrojecían las orejas.

Miriam se levantó, se acercó a una estantería que había junto a la pared y sacó un folleto para entregárselo.

–Léetelo cuando llegues a casa.

–Por supuesto... Gracias.

Ella volvió a sentarse en el sillón, se cruzó de brazos y lo miró fijamente con un gesto serio.

–Parece que necesitas ponerle remedio a tu situación cuanto antes. Sobre todo, por el bien de tu hija. Tienes que comenzar por hablar con tu mujer sobre sus... andanzas. Tienes que aclarar las cosas.

–Lo sé –suspiró David–. Lo haré, de verdad prometo que hablaré con ella, de verdad.

–Lo harás, no solo por tu propio bien, sino por el de tu hija.

–Sí, lo sé.

Suspiró profundamente. Permanecieron un rato en silencio.

–¿Qué te gustaría que pasara? –preguntó finalmente la cantora.

David la miró y se detuvo a pensar en ello.

–Pues me encantaría que Anna y yo tuviéramos tiempo para nosotros y así poder aclarar las cosas. Tal vez irnos de viaje solos, sin Heidi. Poder estar en paz, como dos personas adultas. Heidi es una niña que exige mucha atención y tenemos problemas para conseguir una niñera, por eso casi nunca estamos

solos. Es agotador para los dos. Lo que nos hace falta es volver a lo que teníamos antes de tener a nuestra hija.

–Ya veo –dijo Miriam–. Entonces, tal vez deberíais hacer eso. Puede que os sintierais mucho mejor si estuvierais solos unos días. Juntos, solos Anna y tú.

Knutas siguió durmiendo después de que Karin se fuera a trabajar. Se sentía muy cansado, probablemente fuera por el ajetreo de la noche anterior. No estaba acostumbrado a algo así. Sentía felicidad y pudor al mismo tiempo por entregarse de pronto a otra mujer. Era un vaivén de sensaciones que le hacían sentirse distinto.

Se bebió el café matutino y miró por la ventana. Fuera el viento ya había amainado y el mar estaba en calma e irradiaba un color azul. El sol irrumpía entre las nubes y sus rayos se posaban en los árboles, que adquirirían diferentes colores. El otoño había llegado. Como estaba algo inquieto, decidió salir a dar una vuelta, así que se puso las botas de goma y fue a por una chaqueta. Pensó en salir con *Elsa*, pero no estaba junto a la puerta como cada mañana. La llamó, pero fue en vano.

Trató de recordar si la gata había entrado la noche anterior en casa, pero le fue imposible ya que últimamente estaba muy despistado, más aún con la presencia de Karin. Pobre *Elsa*, había pasado toda la noche fuera. Abrió la puerta de casa, ya que creía que la gata querría entrar. Negativo, ni rastro de la gata. Se puso a buscar por todo el jardín, se acercó hasta la verja y echó un vistazo al camino. Probó a llamarla para que viniera, pero la gata no daba señales de vida. Seguramente se había ido al pueblo y había pasado la noche en casa de alguien.

Todos los residentes de Lickershamn conocían a la gata de Knutas, ya que solía sacarla de paseo como si fuera un perro. Lo seguía allá donde fuera. Por esa misma razón, era extraño que no acudiera a su llamada. Bueno, ya aparecerá, pensó.

El césped estaba cubierto de las hojas que habían caído durante el temporal de los últimos días. Quizá convendría pasar el rastrillo y aprovechar ahora que hacía un tiempo relativamente tranquilo.

Fue a por un cesto para las hojas y el rastrillo al cobertizo.

Empezó a barrer con afán, a largas brazadas. Continuó así un buen rato hasta que notó que ya era momento de hacer una pausa. Se sentó en las escaleras de la entrada y sacó la pipa. Comenzó a cargarla con esmero

mientras contemplaba el jardín, la calle y el mar, a lo lejos. ¿Qué había en la caseta de *Elsa*?

Iba a encenderse la pipa cuando distinguió algo que estaba tirado en el suelo de piedra del porche. ¿Qué diablos sería? Se acercó hasta allí a paso lento.

Una correa de cuero rojo, con una pequeña hebilla y una placa con el nombre y la dirección. Era el collar de *Elsa*, tan bonito y elegante. Lo levantó y lo observó extrañado. Sin duda, era el de su gata. Pero ¿dónde demonios se había metido?

A Eva Eliasson le costaba respirar mientras pedaleaba por la orilla. Seguían asfixiándola los remordimientos. Su descuido no tenía excusa, sobre todo por lo que había supuesto. Todo lo que le había sucedido a Vilma era por su culpa. Ella era la única culpable. Zarandeaba la cabeza frente al mar y lanzaba gritos al viento mientras trataba de avanzar con la bicicleta. Las lágrimas casi le impedían ver hacia dónde se dirigía, y no le importaba lo que pensara la gente con la que se cruzaba.

Decidió ir hasta el salón de belleza. Llevaba sin pisarlo desde el lunes por la mañana cuando pasó todo. Tenía la esperanza de revivir algún recuerdo que le ayudara a encontrar alguna pista que se le hubiera pasado. Algún detalle que hubiera ignorado, pero del que tal vez se acordara si volvía. Aunque le provocara aún más ansiedad estar allí, merecía la pena intentarlo.

Cuando se adentró con la bicicleta por la calle Södra Murgatan resucitaron los recuerdos desagradables de aquel lunes por la mañana. También hacía un tiempo espléndido, el sol brillaba, los pájaros gorjeaban y el cielo lucía un color azul puro. Por esta zona no soplaba ninguna brisa entre las casas, apenas corría el aire. Y pensar que hace tan solo tres días estaba yendo al trabajo en bicicleta en paz y tranquilidad, sin la mínima sospecha de lo que ocurriría horas después. Vilma iba sentada en su sillita encima del portapaquetes, que ahora estaba vacío. ¿Cómo era posible que toda su vida se desmoronara en un mísero instante?

Se bajó de la bicicleta al llegar delante del local y se encaminó a la parte trasera del edificio para dejarla en el aparcabicis. Echó un vistazo por los alrededores del jardín y observó que había varios edificios de poca altura con puertas pequeñas que daban a unos cuantos almacenes. Al fondo, en medio de dos casas, se entreveía la transcurrida calle Adelsgatan. En la parte de atrás de muchas cafeterías de la calle, se apilaban mesas y sillas junto a la pared, un montón de bolsas de plástico y botellas de cerveza y de refrescos vacías. De pronto vio a su hija delante de sus ojos. ¿Qué le habría pasado a Vilma?

En el salón, una mujer desconocida que había ido a teñirse el pelo saludó a

Eva con una mirada compasiva y una sonrisa forzada.

Eva desapareció por la esquina y se detuvo en el rincón de la manicura. Se sentó en la misma silla en la que estaba sentada cuando se percató de que llevaba un rato sin oír a Vilma. Trató de recordar aquella mañana. ¿Cuánto tiempo había pasado realmente hasta que se dio cuenta de que su hija había desaparecido? ¿Cuántos minutos habrían pasado? ¿Cinco, diez o más? ¿Un cuarto de hora? Katja y ella estaban tan absortas en la conversación que era difícil hacer una estimación.

Permaneció allí sentada, totalmente sumida en sus pensamientos, y de repente oyó un grito que la devolvió a la realidad. Venía de la calle. Al principio lo ignoró, pero a continuación se dio cuenta de que era su compañera, la peluquera, que la llamaba. A juzgar por el tono de voz, parecía emocionada. Eva se levantó y su compañera volvió a llamarla.

—¡Eva, ven aquí!

Eva se acercó corriendo al umbral de la puerta y se paró en seco.

Lo que vio ahí fuera silenció el mundo. Parecía que todo se hubiera detenido. Su respiración se volvía cada vez más pesada. Le costaba tomar aire. Todo transcurría a cámara lenta. Su compañera estaba en cuclillas, en el jardín, junto a una niña pequeña que estaba sentada en el césped. Llevaba un vestido celeste, unos pantaloncitos de color rosa, una chaqueta y unos zapatos que no supo reconocer. Tenía el pelo rubio recogido en unas trencitas y sostenía un conejito de peluche en la mano. De primeras no entendió nada. Le parecía un sueño. Al cabo de unos segundos, se acercó a la niña entre jadeos y sollozos. Ahí estaba. Sana y salva, a simple vista. Eva alzó aquel cuerpecito frágil, cuyo corazón latía a mil por hora, y lo abrazó con todas sus fuerzas.

Vilma había regresado.

Despertó sola en aquella casa vacía sin nadie que le diera los buenos días ni reclamara su atención. A nadie le importaba si estaba allí o no. No existía ni una sola persona que tuviera constancia de que se había levantado o supiera si aún seguía en la cama. No importaba lo que estuviera haciendo.

Los muebles antiguos lucían como reliquias que una vez pertenecieron a sus padres en vida. Nunca a ella, ni antes ni ahora.

Entró en la cocina y sintió el suelo de piedra frío bajo sus pies descalzos. Buscó las zapatillas calentitas que le habían regalado sus padres la pasada Navidad. El único sonido que se oía era el tictac del reloj de cocina que contaba los minutos. Todo ese tiempo era tan inútil... Se deslizaba entre sus dedos como arena y se esfumaba con el viento por no haber sido capaz de atraparlo. No le había servido más que para envejecer.

Alcanzó un vaso, lo llenó con agua del grifo y se sentó junto a la mesa de la cocina. Estaba acostumbrada a que no le mostraran afecto. Pero ahora nadie la necesitaba. Nadie preguntaba por ella. Antes los gritos la ponían nerviosa, pero ahora echaba de menos las impertinentes demandas de su madre.

La casa parecía otra desde que se había quedado sola. A veces tenía la impresión de oír las voces de sus padres. La voz quebradiza de su madre que, a duras penas, lograba atravesar las paredes. A veces, su tono era exigente, de descontento, como si ella nunca cumpliera sus expectativas. La voz de su padre, en cambio, era apagada, de tono serio y autoritario, por la costumbre de obtener siempre todo lo que quería. En los últimos tiempos, cada vez que la oía, se sobresaltaba. Era un malestar breve el que sentía, una sensación de que, hiciera lo que hiciera, acabaría fracasando. Nunca sería lo suficientemente buena. Nunca habían estado totalmente satisfechos con ella.

La gata dormía en la cocina, dentro de una cesta junto con los gatitos. Se acomodó en una silla y se puso a observarlos. En total, habían nacido cuatro, de diferentes colores. Hasta la gata había dejado de dedicarle su tiempo. Estaba inmersa en su papel de madre. A veces pensaba en quitárselos, agarrarlos por el cuello y meterlos en un armario, en una cajonera o debajo de

alguna de las camas. Pero allí estaban, tan tranquilos, durmiendo plácidamente. La gata se despertó y se levantó. Desapareció en dirección al baño y la oyó rascar en el arenero.

Rápidamente se puso de pie, levantó la cesta con los gatitos, subió las escaleras a toda prisa y la metió en un armario. Se cercioró de que había cerrado la puerta del dormitorio y volvió a la planta baja. Se sintió un poco emocionada. Ahora puede que cambien las cosas.

Después de enterarse de que Vilma Eliasson había aparecido sana y salva, Knutas decidió dejar la casa de verano y dirigirse a la comisaría. Al entrar en la reunión de equipo, se dio cuenta de cuánto había echado de menos su trabajo. Todos parecían estar contentos de volver a verlo.

Knutas le lanzó una mirada a Karin a quien inmediatamente le dio un vuelco el corazón. Esa misma mañana había estado en sus brazos y ahora estaba ahí, al otro lado de la mesa con la misma ropa del día anterior. Se le rizaba un poco el pelo a la altura de la frente y tenía los labios más carnosos de lo que Knutas pensaba que eran. Pudo llegar a sentir que rozaban los suyos. Al igual que su cuerpo, dulce, pero a la vez atlético. Se la imaginaba desnuda delante de él. Después de la intimidad que habían compartido, ahora estaba en esa sala y era una más, como cualquier otro compañero.

Karin lo miró y esbozó una sonrisa tímida, con un destello en sus ojos marrones. Es imposible que no se note, pensó Knutas, todos han tenido que darse cuenta. Se sintió mareado y se acomodó en el asiento para tratar de concentrarse en otra cosa.

El inspector Thomas Wittberg aún no había perdido el moreno del verano, que resaltaba con la camisa de color claro remangada, que dejaba al descubierto los brazos musculosos. Se rumoreaba que llevaba un tiempo saliendo con una veinteañera. A Knutas, todo lo relacionado con Wittberg y las mujeres no le sorprendía en absoluto. Como de costumbre, nada más sentarse, el inspector empezó a chincar a Karin. Vaya dos. Parecían dos hermanos que se pelean, se odian y se quieren, todo al mismo tiempo. Cuando Karin se reía, se le veía la separación entre los dientes. Qué guapa era. Luego estaba el agente de la Científica, Erik Sohlman, que en ese momento comentaba con Lars Norrby la noticia de la reaparición de la niña.

Knutas no se sentó en su sitio habitual, aunque estuviera vacío. Ahora era Karin quien manejaba el timón. Aun así, Knutas esperaba que aquella situación acabara pronto, pues empezaba a tener verdaderas ganas de volver a trabajar. Se preguntaba cómo les iría eso de ser pareja y compañeros de trabajo a la vez.

No llevaba más que unos segundos sentado cuando se abrió la puerta y entraron algunos de los compañeros del departamento con una bandeja y una tarta de nata enorme. Los que estaban con él en la mesa estallaron en un grito de júbilo.

—¿Y esto qué es? —soltó Knutas, feliz—. ¿Tan contentos estáis de que haya vuelto?

Los compañeros que habían entrado con la bandeja se detuvieron y miraron con cara de no saber de qué iba el asunto.

—Eh, bueno... Es de parte de Jefatura. Como ha aparecido Vilma Eliasson...

Se hizo un silencio incómodo. No solo porque Knutas lo hubiera malinterpretado, sino por el hecho de que no había sido precisamente gracias al trabajo de la Policía por lo que Vilma había aparecido sana y salva.

—Podemos decir que es una doble celebración —dijo Karin—. La una no excluye la otra. Pero que Vilma haya aparecido no significa que se hayan esclarecido los hechos.

Se levantó de la silla, que estaba al lado de la de Wittberg, y fue hacia un extremo de la mesa. Después lanzó una mirada seria a todos los compañeros.

—Vilma Eliasson ha sido encontrada en buen estado esta mañana delante del salón de belleza de la calle Södra Murgatan. Estaba en perfectas condiciones, llevaba la misma ropa que el día que desapareció, excepto los zapatos, que eran nuevos. Parece que le han dado agua y comida y no tiene un rasguño. Alguien la ha debido de dejar allí sobre la misma hora en que desapareció el lunes por la mañana. No tenemos ni idea de dónde ha estado la niña durante todo este tiempo. Tampoco con quién. Es más, no tenemos ninguna información de quién ha sido su secuestrador ni con qué fin ha actuado. O sea, que el caso no está ni mucho menos resuelto.

—¿Cómo se encuentra la niña? —preguntó Norrby, que ya se había adjudicado un trozo de tarta.

—Bien, dadas las circunstancias. Como he dicho, no tiene heridas que se puedan apreciar a simple vista. Aunque la van a someter a un examen médico completo en el hospital, la han encontrado en buen estado físico.

—¿Ha contado algo? —preguntó Sohlman.

—No, por supuesto, estamos a la espera de que la niña hable, pero por el momento no ha dicho una palabra.

—¿Ni una? —recalcó Wittberg sorprendido—. ¿Ni siquiera cuando se reencontró con su madre?

–Pues no –suspiró Karin–. Aún no. Seguro que está en *shock*. Aunque es posible que la hayan tratado bien, no deja de ser una experiencia traumática vivir un secuestro. La han sacado de su entorno, la han alejado de sus padres y de su mundo habitual.

–Tampoco sabemos qué tipo de experiencias ha vivido –añadió Knutas–. A pesar de que aparentemente esté bien.

–No, no lo sabemos –dijo Karin–. La pista más relevante que teníamos no nos conduce a ninguna parte, por desgracia. El libro infantil apuntaba a Krister Eliasson, que había mantenido una relación con la hermana del dueño del criadero de pavos, quien, además, había estado en casa de Krister Eliasson con Vilma en muchas ocasiones, pero de eso hace ya tiempo. Y aunque, efectivamente, el libro pertenezca a la niña, no parece tener nada que ver con la desaparición.

–¿Y por qué no? –le preguntó Norrby con una mirada escéptica.

–Una prima de Erika Ahlström ha estado viviendo en su casa las últimas dos semanas y afirma no haber visto a Vilma por allí. Tampoco hemos encontrado ninguna pista en el domicilio que apunte a que la niña haya permanecido oculta en ese lugar.

–Pero ¿por qué Krister Eliasson no mencionó que se había echado novia? –continuó Norrby.

–No quería que su exmujer se enterara –dijo Karin, pensando en la relación tan difícil que existía entre los dos.

–Y ¿qué pensáis de la coartada? –preguntó el fiscal Smittenberg.

–Erika Ahlström tiene coartada para el momento en que se produjo el secuestro. Dice que estaba en la peluquería de la calle Hästgatan. La peluquera y el resto de trabajadores del local confirman que estuvo allí entre las nueve y media y las once y media la misma mañana que desapareció Vilma. Krister estaba ayudando a un amigo con la mudanza, así que también tiene coartada.

Karin hizo una pequeña pausa. Bebió un poco de agua del vaso que tenía frente ella sobre la mesa y exhaló un breve suspiro antes de continuar.

–La otra pista que hay que descartar es la del hombre de los tics en la cara que Maria Hagberg vio la mañana en que la niña desapareció. Se llama Hasse Johnsson y se le consideró sospechoso de cometer abusos sexuales contra menores de edad hace diez años, pero la investigación no siguió adelante y no concluyó en nada en concreto. Ese día pasaba casualmente por allí, a las diez

menos cuarto de la mañana entró en la cafetería Bageriet, que está en la plaza Stora Torget, y se quedó al menos dos horas charlando con un amigo que lo llevó después en coche para que tomara el *ferry* de vuelta a Oskarshamn, o sea que se fue de la isla. Así lo atestiguaron el dueño del bar, el amigo con el que tomó café y el personal del *ferry*, que lo conoce desde hace tiempo.

–Vaya, entonces no sabemos nada de lo que ha podido vivir la pequeña Vilma –suspiró Norrby.

Se hizo un silencio en la sala. Karin se quedó mirándolo unos minutos.

–Lo intentaremos averiguar.

Se hizo de noche y Anna acompañó a Heidi a la cama para leerle un cuento. David se había tomado demasiadas copas de whisky y no estaba en condiciones de acostar a la niña. Anna no dudó en manifestar su mal humor. Se sentó en un extremo del sofá y se puso a coser de manera frenética mientras veía la tele. David sabía que no debía beber tanto, pero no podía evitarlo. Tenía que consolarse con algo. Se sentía solo con sus problemas y pensaba en el dolor que le producía el no atreverse a enfrentarse a Anna.

La charla de apoyo con la cantora le había aliviado un poco, aunque ella se mostrara partidaria de que debía hablar con su mujer. Pero a él le resultaba imposible porque cada vez que se decidía a hacerlo lo envolvía una sensación de asfixia. ¿Por dónde empezar? Le angustiaba el hecho de verse forzado a reconocer delante de la cantora que, una vez más, no había sido capaz de abordar la situación. Y se repetía la misma pregunta: ¿por qué no me atrevo? ¿En qué tipo de hombre me había convertido? Maldita sea, ¿acaso no era el hombre de la casa?

David estuvo intentando investigar a fondo los servicios sexuales telefónicos. Pensó en que Anna quizá tuviera una página web o puede que la hubiera contratado una empresa que tuviera una web desde la que ofrecía sus servicios. De lo contrario, ¿cómo contactaban con ella los clientes? Seguro que se escondía bajo un seudónimo. A pesar del arduo trabajo de investigación, no consiguió dar con ningún número de teléfono ni con otros datos que le ayudaran a obtener más información. Anna los debía de guardar en algún lugar seguro, tal vez incluso fuera de casa. De haberlos encontrado, él habría llamado. Y habría sacado algo en claro. Desde luego, tener que indagar en lo que estaba metida su mujer suponía aprender a conocerla desde otra perspectiva. De solo pensarlo notó cómo la cara se le encendía de indignación. Miró a Anna desde el sofá, pero esta hacía como que no lo veía y entonces él dio un buen trago a su copa. Tenía que deshacerse de ese sentimiento. Tenía que hablar con ella.

–Que te den –murmuró David.

Anna se giró hacia él.

–¿Perdón? ¿Qué has dicho?

–¿Qué es lo que andas haciendo por las noches, eh? –soltó, y observó el rostro de perplejidad de Anna.

Ella se quedó totalmente inmóvil y tardó en decir algo.

–¿A qué te refieres?

–Sé lo que te traes entre manos por las noches, cuando yo estoy en la fábrica. ¿Me lo puedes explicar?

Miraba fijamente a Anna, quien a su vez se quedó petrificada contemplando las agujas, sin apartar la vista de la labor. ¿Sería para ganar tiempo de reacción?

–¿Qué te hace pensar eso?

–Me lo pregunto, simplemente. ¿De qué se trata?

Optó por no darle ninguna información para ver qué le contaba ella. Tendría que acabar soltando la lengua, pues quería oírlo todo. Pasaron unos minutos y Anna seguía a lo suyo, unas veces mirando a la tele y otras a las agujas de punto que tenía en la mano. Su impasibilidad lo ponía nervioso.

–¡Anna! –exclamó de repente, alzando la voz–. ¿Me vas a contestar o qué?

–Chsss –le mandó callar con un gesto nervioso–. Vas a despertar a Heidi.

–Aquí no hay silencio que valga –continuó David con tono autoritario–. ¡El silencio ya ha durado lo suficiente en esta casa! ¿Qué te crees que no sé lo que haces? ¿Te crees que soy tonto?

–¿Cómo? Pero ¿de qué estás hablando?

David se percató de que Anna se había ruborizado. Se le notaba que era consciente de su culpa. Aquella situación era simplemente ridícula.

–Te dedicas a venderte a no sé cuántos desconocidos y finges ser una veinteañera facilona, una secretaria tetona o una *stripper* jubilada. A eso te dedicas por las noches mientras yo estoy en la fábrica partiéndome la espalda, ¿no?

Entonces ella tiró las agujas y lo miró fijamente.

–Pero ¿de dónde te has sacado todo eso? –preguntó con un tono de voz pausado.

–Lo sé todo –dijo, y la miró fijamente–. No intentes negarlo. He encontrado las revistas porno, las carpetas... Todo. Ya me he enterado de las cosas que haces.

Anna se quedó un rato sumida en sus pensamientos, como si estuviera

intentando decidir cómo abordar la situación. Entonces recogió las agujas, se levantó del sofá y le lanzó una mirada furiosa.

–No comprendes nada. Absolutamente nada.

A continuación, abandonó el salón. La oyó vestirse en el pasillo y salir por la puerta principal. David, en cambio, seguía sin moverse del sillón. No se atrevía a ir a buscarla ni a levantarse siquiera. Alcanzó la botella y se llenó el vaso. Era el momento de emborracharse hasta las trancas.

La gata no paró de maullar en toda la noche, al igual que los mininos no dejaban de lloriquear. No podía aguantarlo más. Desde que encerró a los gatitos dentro del armario la gata no cesaba de buscarlos. Estaba confusa, maullaba, se dio cuenta de que estaban metidos en el dormitorio y no paraba de restregarse contra la puerta. Los maullidos se volvieron aún más persistentes y finalmente se convirtieron en alaridos insoportables. Los gatitos, que aún eran demasiado pequeños para caminar, respondían al llanto de su madre. Ella tenía la esperanza de que se callaran pasado un rato. Antes de irse a dormir, buscó unos viejos tapones para los oídos, pero de poco le sirvieron. No pudo pegar ojo. Intentó ponerse a leer, aunque fue en vano por el jaleo que se había formado. Pasadas las cinco de la mañana, ya no lo soportó más. Tenía que conciliar el sueño, aunque solo fueran unas pocas horas. Perdió la paciencia, alcanzó una manta y cubrió con ella la cesta en la que estaban los gatitos. Por supuesto, se aseguró de dejar la puerta del armario bien cerrada.

Ahora sí que reinaría el silencio.

La lluvia golpeaba el asfalto con fuerza y una oscura bruma cubría la ciudad medieval. El lunes por la mañana, cuando Karin iba de camino a la comisaría, la muralla que rodeaba la ciudad y el mar que solía entreverse a lo lejos, apenas eran visibles por la niebla. Estaba muerta de frío después de darse la caminata desde el apartamento de la calle Mellangatan, y tenía los dedos mojados y helados.

Durante el fin de semana se confirmó que Vilma Eliasson no mostraba signos de maltrato físico, lo cual tranquilizó a Karin. Por lo demás, no había sucedido nada que hiciera avanzar la investigación.

La mayor parte del tiempo estuvo con Anders haciendo lo que suelen hacer las parejas de recién enamorados: comer juntos, pasarse horas tumbados en la cama, dar largos paseos y charlar, charlar y charlar.

Karin no podía estar más enamorada, pero al mismo tiempo el misterio de la desaparición de Vilma Eliasson le pesaba. Era demasiado frustrante que la Policía no hubiera continuado con la investigación, que no hubieran logrado dar respuesta a lo ocurrido.

Caminaba cabizbaja, a un ritmo acelerado. La pequeña Vilma aún no había dicho ni una palabra. La visualizó delante de ella. ¿Cuál será la razón?, pensó. ¿Por qué no quieres contárnoslo? Miró al suelo y observó los chorros de agua de lluvia que discurrían entre los adoquines. Por más que intentaba alzar la vista para orientarse, la lluvia y la niebla envolvían la ciudad en un manto aún más gris y oscuro.

Se detuvo en la recepción de comisaría y oyó que las puertas de cristal se cerraban a sus espaldas. El agua de los charcos se acumulaba alrededor de sus botas de agua.

Interrogaron varias veces a la pequeña de tres años, pero en cuanto el psicólogo le preguntaba dónde había estado o quién la había recogido, se ponía la coraza. Nada daba resultado. Se encontraban en el punto en el que ya habían investigado todas las pistas y a todos los testigos posibles, incluso habían vuelto a revisar los vídeos de las cámaras de seguridad de la calle Adelskatan. Ya no quedaba nada más por indagar. A Karin le angustiaba

pensar que quizá nunca averiguaran lo que le había ocurrido a Vilma. Lanzó un suspiro y sintió que estaba a punto de desistir.

Aunque no sucediera nada, la vida continuaba. Ahora en los pasillos todos rumoreaban y hablaban del caso de la niña desaparecida, pero también estaban los que preferían pasar a otros asuntos de interés para la Policía. Otros trabajos que requerían tiempo y medios. Había más asuntos que investigar y resolver y tenían tareas pendientes que llevaban su tiempo.

Había llegado al trabajo un par de horas más tarde de lo habitual, porque se había aplazado la reunión habitual de la mañana, así que Karin había aprovechado para dormir un poco más.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que tardó en darse cuenta de que la recepcionista intentaba captar su atención.

–Karin, una persona quiere verte.

La recepcionista señaló a la mujer de hombros estrechos que estaba de espaldas al mostrador. Se trataba de Eva Eliasson, la madre de Vilma. Parecía a punto de desplomarse.

Karin se acercó a toda prisa a ella y la agarró de la mano.

–¿Cómo estás? ¿Necesitas hablar? –le preguntó en un tono suave.

Eva solo pudo asentir.

–Ven conmigo.

Con cuidado, Karin la condujo por las escaleras al piso de arriba y la llevó hasta su despacho, en el Departamento de Homicidios. Le quitó la chaqueta y la colgó encima de la suya. Le ayudó a acomodarse en la silla y se puso en cuclillas a su lado.

–Estoy muy preocupada por lo que le haya podido pasar a Vilma –dijo Eva–. No dejo de pensar en ello.

–Lo entiendo –continuó Karin–. Y ojalá pudiéramos darte más información. Me hubiera gustado averiguar algo más. ¿Te apetece un café?

–Sí, te lo agradezco –respondió Eva, y Karin se dio cuenta de que estaba luchando por recomponerse.

–¿Quieres leche y azúcar?

Eva asintió a duras penas.

–Leche –respondió con voz apagada.

La subcomisaria le entregó la taza y vio que a Eva le temblaban las manos hasta el punto de que el café comenzó a formar ondas.

–Tengo que hablar contigo –añadió–. Necesito hablar con alguien, no

tengo a nadie con quien poder hacerlo. Nadie que me comprenda. Todos me sueltan que debería alegrarme de que Vilma haya vuelto, pero me atormentan los pensamientos. Me estoy volviendo loca por no saber dónde ha estado metida todo este tiempo. Mi pobre niña. Al principio, por supuesto que me alegré muchísimo de que estuviera de nuevo en casa, sana y salva. De que estuviera viva y no malherida y de que no hubiera sufrido ningún tipo de... abuso. Me bastaba con volver a tenerla en casa, abrazarla y verla dormir en su camita.

Alzó la vista.

–Pero ahora me persiguen los pensamientos sobre lo que ha podido vivir ahí fuera. Quién se la llevó y por qué.

–Lo entiendo perfectamente –dijo Karin, y se sentó en el borde del escritorio.

La comprendía demasiado bien. La incertidumbre producía una sensación horrible.

–No he podido pegar ojo en todo el fin de semana y no dejo de repetirme, una y otra vez, las mismas preguntas en la cabeza. ¿Dónde habrá estado? ¿Qué es lo que le habrá ocurrido? ¿Cómo puedo estar segura de que no volverá a suceder? No me atrevo a dejarla sola ni un segundo, ni a quitarle ojo. Ni siquiera soy capaz de dejarla en el colegio. Y sé que echa de menos a sus compañeros de clase, pero ¿y si de repente cuando vaya a buscarla no está?

Karin se inclinó hacia adelante y le acarició el brazo con ternura. Le hubiera gustado poder decirle que no tenía de qué alarmarse, que no era necesario que se preocupara. Que era improbable que Vilma volviera a desaparecer, pero era incapaz de hacerlo.

–Bueno, ¿y vosotros, los policías, qué hacéis? –preguntó Eva indignada–. ¿Seguís sin saber nada? –Se levantó, apretando la taza de café entre las manos. ¿Por qué no hacéis algo? ¿Por qué no vais a arrestarlo?

Karin se levantó e hizo un gesto con la mano para indicarle que se callara. Ella, una subcomisaria de la Policía judicial con respuestas para todo, deseaba decirle que no se trataba de una figura masculina, pero la realidad era que no tenían ninguna información al respecto; ellos tampoco sabían qué había ocurrido. Y de no llegar a esclarecer el caso, o al menos encontrar una pista, se verían obligados a abandonarlo. Deseaba explicarle que habían hecho todas las investigaciones posibles y que no se podía hacer nada más, ya

que debían destinar los recursos a otros asuntos que estaban pendientes. Pero no se sentía capaz.

–Lo siento –fue todo lo que dijo.

–¿A qué te refieres?

Karin negó con la cabeza.

–Aún tenemos la esperanza de que Vilma nos cuente algo de lo que ocurrió, aunque sea un pequeño detalle que nos ayude a aclarar parte de esta historia. O de que alguien haya visto algo que nos haga avanzar.

Eva se quedó pasmada mirando fijamente Karin; le temblaban los labios.

–Entonces lo que quieres decir... es que... quizá nunca se sepa...

–No sabes cuánto lo siento, Eva.

La mujer bajó la mirada.

–No nos queda otra que seguir preguntándonos qué habrá ocurrido –susurró–. Nunca llegaremos a descubrir la verdad.

Karin sintió una opresión en el pecho y se reprimió las lágrimas mientras contenía un brote de llanto en la garganta.

Acto seguido se inclinó hacia adelante para abrazar a Eva.

Era todo lo que podía hacer en ese momento.

Knutas se marchó de la comisaría a primera hora de la tarde. Durante los últimos días se sentía agotado y, a diferencia de sus compañeros, no tenía fuerzas para lidiar con el trabajo. Además, no había surgido ninguna pista nueva que esclareciera los acontecimientos relacionados con la desaparición de Vilma Eliasson y la situación era cada vez más desesperanzadora. Por esa razón, pensó en irse y pasar por el supermercado Ica a hacer algunas compras de camino a casa.

Comenzó a llover otra vez cuando ya había avanzado un trecho. Sopesó la posibilidad de volver a la comisaría a por un paraguas, pero descartó la idea con la esperanza de que la lluvia cesara pronto. A medio camino del supermercado se dio cuenta de que había sido un error. Se había puesto como una sopa, así que apretó el paso y recorrió a grandes zancadas el aparcamiento.

Una vez dentro del Ica, sacó la lista del bolsillo y se puso las gafas de lectura. Desde luego, no era capaz de acordarse de las cosas como antes –era una de las consecuencias de la depresión– y tenía que apuntarlo todo. Parecía que se le hubiera recalentado el cerebro y no le cupiera más información, como si le faltara espacio de almacenamiento. Se sentía bloqueado y atascado.

En más de una ocasión había sufrido pérdidas de memoria graves. Una vez entró a un centro comercial para hacer unos recados y, al salir, olvidó dónde había aparcado el coche. A menudo se levantaba del sofá después de estar viendo la tele, se dirigía a la cocina a por algo para picar y se quedaba perplejo ante el fregadero, sin acordarse en absoluto de por qué había ido hasta allí. También le había sucedido alguna vez que salía a recoger las cartas del buzón y hasta después de haber caminado un buen trecho no caía en la cuenta de que iba a buscar el correo.

Iba guardando todos los artículos de la lista dentro de la cesta. Había tenido el lunes libre y ahora también el martes. Le hubiera gustado pasar el fin de semana en la casita de verano, sin embargo, decidió quedarse en casa. *Elsa* seguía sin aparecer, aunque un vecino le había prometido que lo llamaría

en cuanto la viera. No tendría más que regresar a buscarla, si es que no la habían atropellado o le había ocurrido algo malo. De todas formas, esperaba de todo corazón que ese no fuera el caso. Había ido hasta allí en varias ocasiones solo para ver si había regresado. Incluso se había quedado esperándola en el porche con su comida favorita, pero había sido en vano.

Knutas metió en la cesta los últimos artículos de la lista y se dirigió a la caja. El súper estaba abarrotado, se habían formado largas colas en las cajas. Se puso en una y trató de pensar en otra cosa, pero le asaltó una sensación de intranquilidad y comenzó a impacientarse y a alterarse.

De pronto se percató de que una persona que se encontraba en uno de los pasillos del súper, a pocos metros de distancia, lo miraba fijamente. No llegó a distinguir quién era, pero supo que se trataba de un hombre de mediana edad, alto, fuerte y con el pelo rubio. Aunque se encontraba bastante lejos, parecía tranquilo y no le quitaba ojo. Knutas se puso rígido, la situación era inquietante. Tal vez fueran imaginaciones suyas. Decidió mirar para otro lado, luego se puso a rebuscar en la cesta de la compra para disimular. Cuando volvió a alzar la vista el hombre ya no estaba. Echó un vistazo alrededor, pero no lo veía por ninguna parte. Knutas soltó un suspiro. Este no soy yo, pensó. Se mojó los labios porque se le había secado la boca. ¿Qué le estaba pasando?

La cola avanzaba a paso de tortuga, las cajeras no daban abasto. Él aún sentía esa sensación desagradable metida en el cuerpo. Deslizó la mirada hasta el fondo del pasillo donde había visto al hombre, pero estaba vacío. No fue hasta pasados unos instantes cuando se dio cuenta de que aquel extraño seguía en el supermercado. De hecho, ahora se encontraba más cerca de él. No cabía ninguna duda de que era a él a quien observaba. Knutas se fijó en aquellos gélidos ojos celestes y fue entonces cuando finalmente lo reconoció.

Era Stefan Norrström, el marido de Vera Petrov.

David había vuelto a la casa parroquial para ver a la cantora Miriam Kviberg. Tenía sudores fríos y le costaba quedarse quieto en la silla. No dejaba de mover la pierna, ya que había pasado toda la noche en vela bebiendo. La ansiedad no dudó en asaltarlo desde primera hora. Y para colmo, la charla de apoyo comenzaba a las diez de la mañana. No había forma de disimular la borrachera de la noche anterior. Al principio pensó faltar, pero sentía una urgente necesidad de hablar con alguien.

–Creo que estoy empezando a perder el control –comenzó–. No sé a qué recurrir.

La cantora lo miraba con atención, sentada en una postura poco habitual, con la espalda recta pegada al sillón. Apoyaba las manos en los reposabrazos, como si fuera a levantarse de un momento a otro.

David era consciente de que se le notaba que había bebido, no solo por el aliento. Pero ya no le importaba perder la compostura delante de ella. Miriam Kviberg debía aceptarlo tal y como era. Precisamente ahora, aunque ya ni siquiera se reconociera a sí mismo. Poco a poco, se estaba convirtiendo en otra persona.

–¿A qué te refieres? –preguntó la cantora.

David percibió un tono severo en su voz, con el que parecía pedirle que se concentrara.

A Miriam se la veía con más energía de lo normal, como en alerta. Tal vez fuera porque David aún estaba borracho. David dedujo que su estado la hacía estar en tensión, dispuesta a atacar o a soltarle lo que fuera.

–No soy la misma persona, me enfado por cualquier cosa, regaño a Heidi, me distraigo en el trabajo y Anna y yo no somos capaces de mantener una conversación ni cinco minutos sin ponernos a discutir. Creo que estoy a punto de perder la cabeza.

–¿Qué tal ha ido con vuestro... problema? –preguntó la cantora con tono relajado–. ¿Has hablado con ella?

–Sí. –David suspiró–. Pero no ha servido de nada. ¿Sabes lo que me dijo?

Miriam Kviberg negó con la cabeza al tiempo que lo observaba con una

mirada inquisitiva.

–¡Que no me meta en lo que no me llaman! ¡Que no es asunto mío! Ha empezado a cerrar con llave la puerta de la habitación de costura y se niega a dejarme entrar. Y no solo eso, me he dado cuenta de que sigue ocupada con esas putas mierdas. Sí, lo siento –se disculpó–, no era mi intención decir blasfemias en la casa de Dios.

–No pasa nada –le tranquilizó la cantora–. ¿Cómo está Heidi? ¿Sabe que estáis enfadados?

–Por desgracia, no lo podemos ocultar. Lo hemos descargado en ella también y no sé qué puedo hacer. No sé cómo voy a acabar si no conseguimos ayuda. En el colegio nos han advertido de que Heidi se ha vuelto una niña triste y dicen que últimamente está nerviosa. Ha vuelto a hacerse pis en la cama, cosa que no pasaba desde hacía mucho tiempo. Ahora le ocurre prácticamente todas las noches.

–Tienes que ponerle remedio a tu problema con el alcohol –continuó ella–. ¿Te has puesto en contacto con el grupo de apoyo que te comenté?

David bajó la mirada. Volvió a sentirse avergonzado.

–No, la verdad es que no lo he hecho. No me he atrevido, lo siento.

–A mí no tienes que pedirme perdón –añadió la cantora en tono de reprimenda–, sino a ti mismo y a tu familia. Sobre todo a tu hija.

Soltó un suspiro y se quedó mirándolo en silencio unos instantes antes de continuar:

–No creo que pueda ayudarte mucho más, serán los servicios sociales quienes se ocupen. Sí que puedo dar apoyo y consejo cuando se trata de problemas cotidianos, pero este es un asunto mucho más serio. Tanto Anna como tú necesitáis una ayuda profesional que yo no estoy capacitada para ofrecerlos.

El tono de voz de la cantora parecía firme.

–O sea, ¿me estás diciendo que no vas a volver a recibirme para las charlas? –preguntó David asombrado. Le costó ocultar la expresión de decepción.

–No se trata de mi voluntad –respondió–, sino de lo que está dentro de mis capacidades. –La cantora alcanzó una agenda telefónica de una estantería–. Voy a darte el número de una asesora familiar del municipio. Te ayudará en todo lo que necesites.

Apuntó el número de teléfono en un trozo de papel y se lo tendió a David,

que se levantó sin siquiera echarle un vistazo.

No cabía duda de que la conversación se había acabado.

Knutas se pasó toda la noche en vela moviéndose en la cama de un lado a otro. Estaba nervioso y pendiente de cualquier sonido. Alguien quería entrar por la fuerza en su casa. Ese alguien era Stefan Norrström, la persona que lo había estado persiguiendo en sus pesadillas desde el accidente mortal en Gran Canaria. Ahora, por primera vez, se veían las caras.

Permaneció despierto en la oscuridad, con los ojos de par en par. Echaba de menos a *Elsa*, que siempre saltaba a la cama para darle mimos. Apreciaba más que nunca esos instantes, sobre todo desde que Line se había ido.

Se le pasaba por la cabeza el momento de la espera en la cola en el supermercado. La forma en que Stefan Norrström lo observaba desde el pasillo, como una amenaza que se entrometía en su actividad cotidiana. Probablemente nadie se había dado cuenta de lo que pasaba, a pesar de que él se había quedado de piedra, completamente inmóvil. No entendía por qué había reaccionado así. Desde luego, era un policía de los pies a la cabeza, y con experiencia, pero aquello lo había dejado paralizado durante unos minutos hasta que volvió en sí. Entonces vio que Norrström había desaparecido y después no fue capaz de encontrarlo, tampoco fuera del súper. No estaba por ninguna parte.

Kurt Fogestam, el compañero de Knutas que vivía en Estocolmo y con el que había participado en la operación de búsqueda y captura en Gran Canaria, le contó que Stefan Norrström había salido con libertad sin cargos. Ni siquiera lo imputaron. El plazo para que tales delitos prescribieran era de dos años y la pareja se mantuvo oculta durante cerca de cinco. Además, existían numerosos atenuantes. En primer lugar, el avanzado embarazo de su mujer cuando mató a disparos a los dos hombres que habían violado y asesinado a su hermana años atrás. Era más que comprensible que Stefan Norrström tratara de velar por la seguridad de ella y de sus hijos. Pero ocurrió todo lo contrario, puesto que acabaron precipitándose por un barranco, lo cual supuso la muerte de los tres.

¿Estaría tratando de vengarse o sería pura casualidad el que se hubieran encontrado en el súper? Tenía entendido que Norrström había vuelto a Gotland, a la casa familiar de Kyllaj, al norte de la isla, y que se movía con total libertad, por lo que no era de extrañar que, tarde o temprano, terminaran cruzándose. Por más que Knutas trataba de relajarse no dejaba de preguntarse qué se traía entre manos Stefan Norrström.

Había vuelto a intentar encontrarse con Dios. Tenía la esperanza de que mostrara Su rostro ante ella. Llevaba toda su vida luchando con todas sus fuerzas para entrar en contacto con Él, para recibir todo su amor y su bendición. Lo había intentado todo, desde el rezo y recitar salmos hasta leerse pasajes enteros de la Biblia. Una y otra vez. A veces, a solas en alguna habitación de la casa, cerraba la puerta y permanecía allí dentro, a la espera de sentir la presencia de Dios. Con los ojos cerrados, trataba de concentrarse. Le pedía que viniera a ella, que la dejara sentir que realmente estaba allí.

–Señor, ven a mí, muéstrame tu rostro. Escucha mis plegarias. Demuéstrame que no estoy sola en la faz de la tierra, que no permaneceré en la soledad. No permitas que nadie se interponga en mi camino. Por favor, Dios mío, muéstrame tu rostro.

Se lo rogaba a pleno llanto. Otras veces, por la noche, antes de irse a dormir, se desnudaba y se tumbaba en el suelo del dormitorio. Se acariciaba todo el cuerpo, como si el mero hecho de estar desnuda le ayudara a llegar a Dios. Cerraba los ojos e intentaba atraerlo. Al no obtener respuesta, comenzaba a pellizcarse los brazos y las piernas. Luego el pecho, los muslos y el vientre. Tan fuerte como fuera necesario, hasta que le lloraran los ojos. Así, el dolor le ayudaría en la llamada a Dios. Luego continuaba lastimándose, se daba tortazos en los brazos y en las piernas, creyendo que así lo evocaría.

También se daba bofetadas en la cara y se tiraba de los mechones del pelo hasta romper en llanto. Llegaba a recorrer toda la casa dando golpes en las paredes seguidos de portazos. O abría una ventana y gritaba a viva voz en mitad de la oscuridad de la noche a todo el vecindario. Gritaba todo lo que era capaz, pero tampoco eso servía.

Otras veces pensaba que funcionaría mejor si lo hiciera fuera de casa para que las almas de sus padres no se interpusieran en el camino entre Dios y ella. Solo había un lugar donde sentía la paz absoluta y ese era la torre de la iglesia de Öja. Con sus sesenta y siete metros de altura, la torre de estilo gótico era la más alta de Gotland. Se veía desde una distancia tan lejana que

hasta les servía a los marineros para orientarse. Al principio, subía a rastras, porque los escalones de piedra eran tan empinados y el espacio tan estrecho que no había otra manera. A pesar de lo fatigoso que le resultaba, le encantaba estar allí. A medida que subía, el habitáculo se iba ensanchando, entonces se paraba en cada descansillo a contemplar las vistas desde los ventanales antes de continuar el ascenso. Allí, en mitad de aquella enorme torre en la que no había ningún otro ser humano, hallaba una paz que no era capaz de experimentar en otro sitio. Tal vez el lugar en sí me sirva de ayuda, pensaba. Quizá facilitara las cosas el estar más cerca del cielo, pues, en cierto modo, estaba más cerca de Dios.

Pero no apareció ningún Dios. Seguía tan ausente como siempre.

Las lluvias de la última semana habían dado paso a un espléndido día de otoño, con un cielo claro, de un azul intenso. El sol dotaba a las hojas de un tono rojizo ardiente. Para estar en aquella época del año, hacía un calor inusual y apenas corría brisa. No podía hacer mejor tiempo para el gran día del mercado medieval que se celebraba en Hemse. Había quien se acercaba a pie, otros en bicicleta, otros en transporte público. Los coches se agolpaban como caracoles en fila india. Muchos ya habían aparcado en unas zonas de césped junto a la carretera, un poco apartadas del centro.

El mercado de Hemse era el acontecimiento más importante del año y acudía gente de todos los rincones de la isla. Los puestos ambulantes que se habían colocado de forma provisional, ya abarrotados, estaban dispuestos a ambos lados de unas calles largas, y en ellos se vendía todo tipo de productos: salchichas de cordero, bolitas de coco, joyas, artesanía, artículos de porcelana, juguetes, libros y revistas, entre otras cosas. No dejaban de llegar nuevos visitantes y la multitud aumentaba por segundos. El evento era un reclamo para adultos, adolescentes, personas mayores y familias con hijos.

Finalmente lograron encontrar aparcamiento a las afueras del recinto. A decir verdad, a Anna no le hacía especial ilusión ir al mercadillo, no le gustaba que hubiera tanto ajeteo, pero sí que le alegraba salir de casa un rato, olvidarse del trabajo y pasar tiempo con Heidi.

Total, David la ponía de los nervios y no hacían otra cosa que evitarse o discutir. Habían ido al mercado por el bien de Heidi, para aparentar que todo seguía como siempre. A ella le parecía divertido salir de paseo con papá y mamá, por supuesto, era mejor que tener que pasar otro día de colegio como el resto de los días.

Dieron una vuelta por el mercado, intentando mantener la compostura cada vez que se cruzaban con algún conocido, aunque no era fácil para ninguno de los dos. Al cabo de un rato, David dijo que quería irse a casa. Había trabajado

la noche anterior y estaba muy cansado. Así que aprovechó que se marchaban unos vecinos que le ofrecieron llevarlo en coche. Anna también se sentía agotada, pero se quedó un rato más con Heidi, que quería subirse en más atracciones.

Así pues, se dirigieron de la mano al recinto de atracciones que habían instalado únicamente para ese día. Todas estaban en marcha. El castillo hinchable estaba repleto de niños que se gritaban y se desternillaban mientras daban botes y se revolcaban unos sobre otros. El tobogán desembocaba en una piscina de bolas, que también estaba abarrotada, y la cola del puesto de los helados se extendía como una enorme serpiente. Junto al castillo había un pequeño puesto donde vendían café y, al lado, una zona con mesas y sillas, idónea para descansar los pies.

–¡Mamá, yo quiero montarme en el caballo! –le pidió Heidi, y señaló el tiovivo.

–Claro que sí, cariño. Ahora mamá compra los tickets.

Heidi daba vueltas y más vueltas, su rostro irradiaba una felicidad inmensa. Se montó en el castillo y fueron juntas al tobogán. Pasado un rato, Anna decidió que ya era hora de hacer un descanso.

–¿Te apetece un helado? –le preguntó–. Los venden por allí.

Un helado cremoso era lo que más le gustaba a Heidi.

–¡Sí! ¡Quiero un helado! ¡Con virutas de caramelo por encima!

Anna lanzó una mirada ansiosa a la mesa del puesto de café que había junto al césped. Estaba deseando poder sentarse y disfrutar de una buena taza de café.

La cola era bastante larga y faltaba un rato para que llegara su turno.

Finalmente le compró a Heidi un cono enorme con virutas de chocolate. La niña estaba más que encantada. De camino al puesto de café, Heidi tropezó, perdió el control y el helado se le cayó al suelo. Comenzó a llorar desconsolada y Anna perdió la paciencia.

–Pero ¿qué has hecho? –le gritó–. Tienes que sujetar bien el helado. ¡Ahora ya te has quedado sin él!

–Mamá, quiero otro, por favor. Cómprame otro helado.

–Ni hablar. Que no me sobra el dinero. Se acabó el helado.

Acto seguido Heidi se plantó en el suelo y empezó a llorar a todo volumen.

–¡Quiero otro!

Anna le agarró la mano y la zarandeó, luego se agachó y le chilló en el

oído:

–Que te he dicho que no hay helado. Venga, nos vamos a casa.

Pero Heidi empezó a patalear y a darle puñetazos en la mano hasta que se soltó y se tiró al suelo.

–¡Mamá tonta! ¡Eres tonta!

Anna se puso colorada. Había perdido la última pizca de paciencia que le quedaba.

–Pues mamá se va como no vengas. Así que tú sabrás. Yo me voy a casa.

Le dio la espalda y empezó a alejarse, abriéndose paso a codazos entre la multitud, para darle un escarmiento por desobedecerla. A sus espaldas oía los alaridos de Heidi, pero no cedió. Iba a darle a su hija una buena lección. Siguió avanzando. Un poco más, pensó. Un poco más.

Cuando llegó al final de la hilera de puestos decidió darse la vuelta y volver a por su hija, que ya habría escarmentado. La muchedumbre se había multiplicado e intentó abrirse camino a la fuerza. Tardó tanto en salir del mogollón que empezó a estresarse. Era consciente de que había dejado sola a Heidi demasiado tiempo y la rabia se vio reemplazada por la preocupación. Su hija solo tenía cuatro años y no la debería haber dejado sola ni desatendida.

Cuando llegó al lugar donde se habían separado, confirmó lo que se temía. Heidi ya no estaba.

Sin dejar de mirar a su alrededor, Anna comenzó a buscarla. Comprobó la hora en el reloj. ¿Cuánto tiempo habría tardado entre ir y volver? Habría sido cuestión de un minuto, no más. Siguió buscándola por todas partes. ¿Se habría escondido para hacerla rabiar? Tal vez estuviera en alguna parte observando a su madre, que estaba llena de preocupación. A pesar de su corta edad, Heidi podía ser retorcida y astuta.

El pánico le presionaba cada vez más el pecho. Heidi no aparecía por ninguna parte. Recorrió toda la zona de las atracciones, volvió a pasar por el tiovivo, el castillo hinchable, el tobogán y las camas elásticas. Al llegar al puesto de los helados, preguntó al vendedor si había visto a su hija. También preguntó a la gente de alrededor si habían visto a una niña de cuatro años, que estaba llorando, pero todos negaron con la cabeza. Anna se quedó

paralizada por el terror mientras sentía que el suelo temblaba debajo de sus pies.

Heidi había desaparecido.

El reloj marcaba las dos de la tarde cuando Karin llegó al mercado de Hemse. Hacía unas horas habían recibido el aviso de que una niña de cuatro años había desaparecido, y Wittberg y Sohlman ya se encontraban allí. Encontró a Wittberg reunido con los padres de la niña. La escena que tenía delante le recordó a la situación que había vivido fuera del salón de belleza una semana antes. La madre, entre sollozos, sentada en una silla, con las manos sobre las rodillas, y al lado, el padre, con la mirada perdida. Karin los saludó. Ellos se presentaron como David y Anna Forss y se sentó junto a ellos.

–Cuéntennos lo que ha pasado –les rogó.

Anna fue la primera en tomar la palabra. Empezó a relatar lo que había ocurrido desde el momento en que se separó de su hija, contó que la había buscado, en vano, y que había preguntado si la habían visto.

–Entonces llamé a David –concluyó.

–¿Y después?

–Nos pusimos a buscarla con otra gente que se prestó a ayudarnos. –Se golpeaba las rodillas con ambas manos–. Pero no está por ninguna parte. Qué horror. Tienen que ayudarnos, tienen que ayudarnos a encontrar a Heidi.

–Lo haremos. Vamos a ponernos en marcha desde ya –dijo Karin, y la consoló con una suave palmadita en el hombro. Se giró hacia el marido que permanecía callado.

–¿Tiene alguna idea de dónde ha podido ir?

–No, la verdad es que no –respondió con voz apagada–. Espero que esté por aquí cerca y que la encontremos cuando la multitud se haya dispersado. Supongo que la gente pronto se irá a casa.

Karin echó un vistazo alrededor. La muchedumbre avanzaba lentamente entre las calles. A su parecer, habría más de mil personas. Le sorprendía que a los habitantes de la isla les gustaran tanto los mercadillos. Aunque, a decir verdad, no es que hubiera muchas otras actividades de ocio en aquella época del año. Se preguntó qué habría sido de la pequeña y una terrible sensación

de incertidumbre le oprimió el pecho. Aquella era una situación de extremada gravedad, pues el secuestrador de Vilma todavía andaba suelto.

Los pensamientos de Karin se vieron interrumpidos cuando Wittberg se le acercó por detrás y le dio unos golpecitos en el hombro.

–Listo. El rumor de la desaparición de la niña ya se ha extendido. Acaban de llegar los de la tele y quieren entrevistar a la Policía.

–Que se vayan olvidando. No hay nada que decir. Ni siquiera nosotros sabemos lo que ha ocurrido, si es que ha ocurrido algo.

–Me temo que va a ser difícil.

Wittberg le hizo una señal con la cabeza. Cuando Karin se giró vio a Pia Lilja, la cámara que solía trabajar con el periodista Johan Berg. Aunque esta vez iba acompañada de la otra reportera, una tal Haga..., Madeleine Haga. Eso. Pia ya estaba preparada, con la cámara al hombro. Caramba.

Karin se acercó hasta ellas y las saludó brevemente.

–Ni se os ocurra ponerlos a grabar. No hay nada que contar.

–Nos hemos enterado de que ha desaparecido una niña de cuatro años, lo cual ha suscitado el interés de todo el mundo, sobre todo porque es la segunda vez en menos de una semana que desaparece un menor en la isla –le respondió Madeleine en tono desafiante–. Y según la información que tenemos, tampoco se sabe nada de lo que le ocurrió a Vilma Eliasson, la niña de tres años, ¿no es cierto?

–Ahora eso no importa. La niña recién desaparecida puede volver a aparecer en cualquier momento.

–¿Y si no vuelve? –añadió Madeleine, y lanzó una mirada ansiosa al reloj antes de continuar–. Toda esta muchedumbre se habrá dispersado dentro de un par de horas. El mercadillo se quedará prácticamente vacío a las cuatro. Si la pequeña sigue sin aparecer para entonces, será noticia. Y nuestra primera retransmisión está prevista para las seis. Por supuesto, no diremos nada si la niña aparece, en el caso de que la encuentren. Pero, de no ser así, el deber de la televisión es informar. Así que, quizá nos podríais contar lo poco que sabéis hasta el momento. Es decir, hay una niña desaparecida y la cosa por ahora pinta mal, ¿no?

Karin sintió cómo le empezaba a subir la indignación, pero no se atrevía a discutir con aquella reportera obstinada. Madre mía, es peor que Johan Berg, pensó.

–Si quieres detalles, tendrás que dirigirte a nuestro portavoz, Lars Norrby –

le respondió corto y conciso, y se dio la vuelta.

Una sensación de incomodidad la removía. Algo le decía que Heidi Forss no iba a aparecer así como así. Algo estaba pasando. La cuestión era saber exactamente el qué.

David Forss se sentó mientras Karin hojeaba algunos documentos que tenía sobre la mesa. Alzó la cabeza y sus miradas se cruzaron.

–¿Te apetece beber algo? ¿Café, té?

–No, gracias –respondió.

–¿Coca-Cola, Fanta?

David negó con la cabeza. No quería beber nada. Puso las manos encima del escritorio y comenzó a frotárselas. Tenía la tez pálida y el tic de humedecerse cada poco los labios. Se le ve nervioso, pensó Karin. Lo observó, parecía un buen hombre, pero muchas de las personas que había tenido ahí delante también se lo habían parecido. La diferencia radicaba en que algunas sí que eran buenas personas y otras solo lo parecían.

Estaba acostumbrada a observar a la gente, a analizar expresiones faciales, gestos, todo lo que pudiera ser significativo. Le bastó inclinar un poco la cabeza para deducir que David Forss mediría alrededor de un metro setenta y cinco. Miró de nuevo los papeles y efectivamente: un metro setenta y seis. No se había equivocado en absoluto. Le caían algunos mechones largos por la frente y la nuca. Tenía el pelo oscuro y unos ojos marrones bastante bonitos. Algo le hacía el rostro añinado, pero no concordaba con aquella manera tan serena de comportarse. Era como si el cuerpo de David controlara sus movimientos.

–Cuéntame, ¿qué ha pasado hoy en el mercado? –empezó Karin.

–Bueno... –Él tragó saliva y bajó la mirada hacia la mesa–. Pues... llegamos sobre las doce. –Se pasó la mano por el flequillo–. Dimos una vuelta, compramos algunas cosillas y calculo que estuvimos una hora en el recinto de las atracciones. Heidi se montó en el tiovivo y en el castillo hinchable.

Le costaba respirar. Se tocaba los cristales de las gafas. Karin seguía sin decir una palabra, esperaba a que él continuase hablando.

–Esa fue la última vez... –dijo, y volvió a mirar la mesa cabizbajo.

–La última vez... –repitió Karin para animarle a continuar–. ¿La última vez de qué?

Se quedó mirándola fijamente.

–La última vez que la vi, que he visto a Heidi. ¡Dios mío! ¿Qué he hecho?

Se tapó el rostro con las manos.

–¿Qué es lo que has hecho? –preguntó Karin con un carraspeo en la voz, al tiempo que se inclinaba hacia adelante.

–Estaba cansado –dijo con un tono de desgana.

–¿Qué has hecho? –repitió Karin.

–He estado trabajando mucho últimamente y me cuesta conciliar el sueño.

–Pero ¿qué es lo que has hecho? –preguntó de nuevo.

Esta vez lo dijo recalcando la primera y última vocal. Trataba de presionarlo, pero no demasiado. Tampoco quería forzarlo a confesar sus remordimientos de conciencia.

–Es que me fui a casa porque estaba cansado y necesitaba dormir. Y Heidi quería que me quedase a verla montar en otra atracción. Pero le dije que no, que tenía que irme a casa para descansar un rato. Estaba muy cansado, han pasado muchas cosas últimamente...

Karin volvió a inclinarse hacia atrás, tomó aire por la nariz y lo soltó. Los pensamientos vagaban por su mente. Había tenido la esperanza de que David estuviera a punto de reconocerlo, de confesarle algo, lo que fuera.

No es que ocurriera a menudo, pero una vez se hacía la confesión el caso quedaba resuelto. Especialmente si se trataba de un menor. A pesar de que sintiera pena por aquel hombre, habría sido un alivio que se hubieran esclarecido los hechos en ese mismo momento y que hubiera acabado todo sin más.

–Fue la última vez que la vi. Estaba tan cansado que solo quería irme a casa para descansar y ella no quería que me fuera aún para que la viera montarse en el tiovivo... Y no lo hice..., no la vi montarse en el tiovivo por última vez.

David Forss parecía ausente. Murmuraba casi para sus adentros y tenía la mirada fija en un punto indeterminado de la pared que había detrás de ella.

–¿Dónde vivís?

–En Öja..., junto a la iglesia.

–¿Y Anna y Heidi se quedaron en el mercado?

–Sí, a mí me llevaron a casa unos vecinos. Justo acababa de entrar por la puerta cuando recibí la llamada de Anna y me dijo que Heidi había desaparecido. Gritaba por el teléfono. Nunca la había oído gritar de esa forma

tan desesperada, decía que había sido culpa suya, que la había dejado sola unos minutos y que después la perdió de vista. Eso me dijo a gritos, que fueron solamente unos minutos.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Volví para allá de inmediato. Pero ni rastro de ella. Nadie la había visto. Estaba abarrotado de gente por todas partes, pero ni una sola persona la había visto. Tan pequeña que es, tan pequeñita.

—¿Heidi ha desaparecido alguna otra vez?

David la miró atónito, como si no hubiera entendido bien la pregunta. Parpadeó un par de veces y comenzó a negar con la cabeza como si tratase de volver a la realidad, volver al interrogatorio para poder responder.

—¿Si ha desaparecido otras veces? Pues no, no se dedica a desaparecer. Nunca desaparece. Nunca había pasado. No de este modo.

—¿A qué te refieres con «este modo»?

—Le gusta jugar al escondite, como a todos los niños. Pero nunca ha desaparecido ni se ha escapado. No es propio de ella. Jamás ha hecho tal cosa.

—¿Podrías describir a Heidi? Me refiero como persona.

—¿Cómo persona? —David plegó las gafas y apretó los labios—. ¿Cómo la definiría como persona...? —repitió—. Pues es una niña normal, como cualquier otra niña de su edad. Le gusta jugar, habla mucho, se ríe y pregunta todo, de la A hasta la Z. No entiendo a qué viene...

—Tan solo intento comprender lo que ha podido pasar.

—Como digo, es una niña alegre y despierta, pero tiene un temperamento muy fuerte y, cuando se enfada, es de las que enseñan los dientes. Habrá salido a mí, que no suelo enfadarme, pero cuando me enfado...

Se le apagó la voz y se volvió a humedecer los labios.

—¿Qué haces cuando te enfadas? —le preguntó Karin.

David se retorció.

—Levanto mucho la voz, tal vez.

—¿Eso es todo? ¿Y llegas a las manos?

—No.

—¿Anna ha mencionado algo de eso? —añadió David—. Bueno, he dado portazos y algún que otro puñetazo a la pared de vez en cuando. Pero nunca delante de Heidi, eso nunca.

—¿Sufres de mal temperamento?

–¿Que si sufro?

–Me refiero a que si tienes problemas con eso. ¿Tienes dificultad para controlarte cuando te enfadas? ¿Tienes problemas con respecto a frenar tu mal humor?

–No –respondió David sin dudar–. Puede que cuando era más joven tuviera muy mal genio, si es eso a lo que te refieres. Pero no, no es que tenga un problema con eso. ¿Te lo ha dicho Anna?

–No, no, simplemente es una pregunta. Cualquier detalle es importante en el interrogatorio. ¿Cuánto tiempo lleváis casados Anna y tú?

David exhaló un hondo suspiro, se acomodó de nuevo en la silla con un gesto de rechazo contenido.

–Diez años, el diez de octubre es nuestro décimo aniversario de boda.

–¿Y cómo describirías vuestro matrimonio?

–Nos va bien.

Karin se fijó en que la miraba ojiplático. La respuesta había sido breve. Prefirió aparcar de momento aquella cuestión, a pesar de la ligera irritación que percibió en la voz de David.

–¿Y Heidi? ¿Cómo está?

–¿Y cómo voy a saberlo? Ponte a buscarla y tú misma sabrás la respuesta.

A David se le llenaron los ojos de lágrimas, tenía los labios apretados y la cara algo enrojecida.

–¿Quieres que hagamos una pausa? –Karin optó por hablarle con un tono más suave, no cabía duda de que estaba más que alterado.

–¿Qué creéis que habrá pasado? –le temblaba la voz, y mantenía las manos lacias sobre la mesa–. Si hubiera ocurrido un accidente, con algún coche o algo, se habría sabido ya, ¿no?

Le lanzó una mirada de súplica a Karin.

–Por supuesto, hemos llamado al hospital y a todos los centros de salud de la isla. No se ha registrado el ingreso de ninguna niña. Si hubiera ocurrido algo grave, nos habríamos enterado.

–También pienso en Vilma, la otra niña que desapareció en Visby y a la que encontraron. ¿Todavía no sabéis lo que le pasó?

–No, tampoco puedo dar mucha información al respecto, la investigación sigue abierta. Aunque aún no sabemos lo que ocurrió.

David negó con la cabeza.

–Qué barbaridad, de verdad que esto es de locos.

–¿Ha pasado algo en vuestro círculo familiar últimamente? –continuó Karin–. ¿Algo fuera de lo normal?

A David la pregunta le sobresaltó. Karin distinguió un signo de preocupación en su mirada. David dudó unos instantes antes de responder.

–No que yo recuerde. Me parece que no.

–¿Te parece...?

–No estoy seguro, pero me parece que no ha ocurrido nada raro... Al menos últimamente.

–¿Habéis conocido a alguien quizá?

–Lo vuelvo a repetir, no ha pasado nada. Llevamos una vida tranquila... Nada del otro mundo.

Karin se quedó en silencio. Por su reacción, supo que algo no cuadraba. Alzó la vista para observarlo y examinarlo con más detenimiento, pero él esquivó su mirada.

–¿Estás seguro?

–Sí, lo estoy.

–¿Heidi no os ha contado si le pasaba algo? ¿Si ha conocido a alguien o hablado con alguna persona en concreto?

David parecía confuso. Sin duda, algo pasaba, pero no con Heidi. Era otra cosa. Karin se quedó pensando en cómo había reaccionado cuando le formuló la pregunta sobre su matrimonio. Aunque también podría deberse a cualquier otra cosa.

Lo que estaba claro es que mentía.

–¿De veras, estás seguro? Me da la sensación de que ha pasado algo.

–Estoy totalmente convencido –le respondió, esta vez sin apartar la mirada–. Nada de nada.

–Si ocultas información, puede tener consecuencias en la investigación del caso. Cualquier detalle o hecho es crucial para encontrar a tu hija.

David titubeó muy brevemente antes de que llegara la respuesta.

–Pero es que no ha pasado nada, te lo juro.

Karin decidió dejarlo estar.

–De acuerdo, si por lo que sea te acuerdas de algo en concreto, o te viene a

la mente algún hecho que no hayas contado, por favor, contacta con nosotros lo antes posible.

Le entregó su tarjeta de visita. Él se la guardó y miró el reloj.

–¿Y qué vais a hacer ahora?

–Nos pondremos a buscarla. Te prometo que la encontraremos.

David se levantó, se puso la chaqueta y se quedó mirando a Karin durante unos instantes.

–Espero que no tengas por costumbre prometer cosas que no puedes cumplir –le soltó en tono severo y se marchó por la puerta.

Karin ya se sentía nerviosa momentos antes de comenzar la rueda de prensa. Apenas le había dado tiempo a reunirse con los compañeros tras la desaparición de Heidi. El jefe de la Policía regional insistía en que debían convocar una rueda de prensa, pues había demasiada presión mediática y bajo ninguna circunstancia podían esperar al día siguiente. La reunión de los responsables de la investigación se celebraría después y de nada había servido que Karin hubiera advertido que no tenía nada que decir al respecto.

La sala donde se iba a dar la rueda de prensa estaba hasta los topes. Los reporteros de medios locales se apiñaban junto a un sinfín de periodistas provenientes de todo el país. El hecho de que dos niñas de Gotland hubieran desaparecido en el transcurso de una semana había despertado una gran conmoción en toda Suecia. Aparecían imágenes de Heidi Forss tanto en la televisión como en los periódicos y se hablaba de ello por la radio.

Karin se sentía una idiota al entrar en aquel edificio acompañada de Lars Norrby. Los periodistas los seguían con la mirada. Sabía que querían algo que ella no podía darles y todo aquello le parecía una pérdida de tiempo, puesto que tenía que ponerse a trabajar en el caso y no era momento de plantarse delante de un montón de lobos hambrientos dispuestos a devorar toda la información que pudieran sonsacarle.

Parpadearon los *flashes*, los equipos de televisión encendieron sus cámaras. Al fondo, en el estrado, se disponían varios micrófonos en una hilera. Independientemente de cómo se sintiera ella, no se podía ignorar el hecho de que la Policía necesitaba a los medios, ya que apenas contaban con pistas para seguir investigando; la mayor de las esperanzas era encontrar a alguien que hubiera visto u oído algo, por poco que fuera. Y la forma más rápida de llegar a dicha persona era que los medios dieran la noticia. Bastaría con que alguien leyera el periódico, encendiera la tele o la radio y se pusiera en contacto con la Policía.

Karin comenzó dando la bienvenida y después hizo un breve resumen de la situación. Apenas tuvo tiempo para tomar aire cuando vio la sala llena de

manos levantadas. Asintió con la cabeza y señaló aleatoriamente a uno para que comenzaran las preguntas.

–¿Consideran que existe una conexión entre esta desaparición y la de Vilma Eliasson? –preguntó un periodista veterano de la televisión estatal.

–No se ha establecido ninguna relación por ahora, estamos haciendo las labores pertinentes de la investigación de cada caso –respondió Karin.

–Pero, aun así, deberían tener en cuenta ese secuestro previo, ¿no? –insistió el periodista.

Karin le clavó la mirada, entreabrió la boca con la intención de preguntarle desde cuándo trabajaba como policía, pero decidió cerrar el pico antes de pasarse de la raya. Los necesitaba, requería de la prensa para que se hiciera eco de la noticia y tenía que darles lo que pedían, aunque no hubiera gran cosa que contar.

–Por supuesto que no lo descartamos, pero trabajamos con un amplio abanico de probabilidades y no nos aferramos a una única hipótesis.

La típica respuesta, pensó y se dio cuenta de que lo mismo pensaba el reportero, que luego no dudaría en afirmar que la Policía había hallado una conexión entre ambas desapariciones, aunque esa declaración no hubiera salido de su boca.

–A propósito de lo dicho –añadió otro reportero, este de la radio local–, ¿qué pistas se han encontrado hasta la fecha?

–A eso no puedo responder, pero nuestros agentes de la Científica están rastreando los alrededores del mercadillo y se ha empezado a reunir la información proporcionada por varios testigos. Aún es demasiado pronto para confirmar las distintas teorías.

–¿Se sabe algo nuevo con respecto a Vilma Eliasson o a lo que le ha podido ocurrir? –preguntó otro.

–Por supuesto, continuamos trabajando en el caso, aunque sigue siendo demasiado pronto para dar detalles. Tan solo puedo decir que la investigación sigue su curso.

Karin giró la cabeza y lanzó una mirada a Lars Norrby. Ya podría contribuir en algo, pensó alterada. Al ver que lo miraba, él le hizo un gesto de ánimo con una sonrisa, asintió brevemente como señal de que lo estaba haciendo bien y Karin comprendió que no podía contar con su apoyo.

–Si ambos casos estuvieran relacionados, entonces, por lógica, deberíamos suponer que Heidi aparecerá dentro de unos días –sugirió una periodista.

Karin esbozó una sonrisa, principalmente por la ingenuidad de la pregunta, pero también por la buena intención que había detrás, porque alguien llegara a pensar que una niña pequeña volvería así, sin más. Aunque podría estar en lo cierto, ¿por qué no iba a aparecer Heidi por las buenas, tal y como hizo Vilma?

–Esperamos que así sea –respondió Karin, y la periodista le devolvió la sonrisa.

–¿Qué va a pasar si desaparece otro niño?

La pregunta provenía de algún lugar de la sala. Karin se puso la mano a modo de visera, pero no vio al reportero. Las luces iluminaban el estrado con tanta intensidad que la cegaban.

–No queremos hacer especulaciones –respondió–. Ya se trata de una situación bastante desagradable de por sí. Hasta hace poco teníamos una niña desaparecida, que más tarde apareció, pero ahora tenemos a otra niña que ha desaparecido, lo cual no quiere decir...

–¿Es cierto que han hecho todo lo posible? –preguntó otro reportero, con cierto tono de duda en la voz–. ¿Qué hay de la Policía nacional, por ejemplo?

–Exacto –coincidió otro–. ¿No sería mejor que solicitaran ayuda a otros cuerpos antes de que desaparezca otro menor?

A Karin le corrían por la sien gotas de sudor, que acababan deslizándose dentro de la camisa. Hacía calor en aquella sala abarrotada. Se giró hacia Norrby e intercambiaron una mirada. Le hizo un gesto de negación con la cabeza. Ya no aguantaba más.

Norrby captó el mensaje y se inclinó hacia adelante para acercarse al micrófono.

–¿Alguna pregunta que de verdad sea relevante para el caso? En otras palabras, la Policía no va a ponerse a hacer suposiciones.

Los medios de comunicación podían especular cuanto quisieran, pero tampoco podían esperar que ellos compartieran sus especulaciones. Karin comenzó a sentirse mal, sintió un mareo y se agarró a la mesa mientras Norrby terminaba de responder las preguntas.

Un pensamiento martilleaba su cabeza, la idea de que volviera a desaparecer un menor o que el secuestrador ya hubiera elegido a otra familia y a una nueva víctima.

La primera tormenta de otoño había recalado en la isla. Tras oír el estruendo de una teja que salió volando, pensó que el viento arrancaría el techo de un momento a otro. Sin duda, la casa necesitaba reformas. Al fallecer sus padres, decidió llamar por teléfono a un albañil, a través de un anuncio que había visto en el tablón del supermercado Coop de Visby. En un trozo de papel escrito a mano, una persona trabajadora y responsable se ofrecía para labores de albañilería, y ella se atrevió a apuntar el número para llamarla. Por su voz, parecía un hombre amable y tenía acento extranjero, pero no sabía de dónde era exactamente. En un principio, no creyó que se tratase de un profesional. Quedaron en que pasaría a recogerlo por Visby, puesto que el albañil tenía el coche en el taller y tampoco entendió muy bien dónde vivía cuando ella se lo intentó explicar. La primera vez tan solo trajo una bolsa de herramientas. Lo había contratado para arreglar las ventanas y cambiar los cierres.

Era un hombre joven, en torno a los veinticinco años, y aparentaba ser tímido y algo despistado. Le iba bien a su personalidad. Tal vez se sentía cómoda con él porque era mucho menor que ella; prácticamente le doblaba la edad.

La segunda vez el chico fue en su propio coche y trajo consigo todas las herramientas necesarias. Trabajaba de maravilla. Sin duda, era un joven amable y muy simpático. Se sentía tan relajada con él que incluso le invitó a un café y dulces. En un sueco bastante malo, él le contó que era de Polonia y que trabajaba en Suecia para poder pagarse los estudios universitarios.

Había mucho trabajo por hacer, por lo que tuvo que ir varias veces y ella estaba más que encantada con esos momentos, con tener a una persona viva que llenara el vacío de la casa.

Cuando terminó con la última ventana, el chico le pidió que le pagara en metálico. Evidentemente trabajaba en negro, algo que ella había deducido desde el primer momento.

Una vez concluidos los trabajos, le dijo que le gustaría que volviera y notó algo en su mirada, algo que a ella le llamó la atención. Le hacía falta

compañía y, al mismo tiempo, sentía que ambos se entendían y que existía una conexión especial entre ellos.

Llevaba un tiempo soñando con él por las noches, se imaginaba que entraba en la habitación cuando ella ya estaba acostada, se metía por debajo del edredón y se tumbaba junto a ella. Llegaba a sentir su calor y las manos acariciándole el cuerpo.

A escondidas, mientras el joven estaba trabajando, contemplaba su espalda robusta, cómo se dibujaban los músculos por debajo de la camiseta apretada. No quería que se marchase, quería que se quedase a vivir con ella.

Por cómo la miró, entendió que él la necesitaba y pensó que aquel era el momento perfecto para confesarle que ella también lo necesitaba a él. Pero debía hacerlo con cuidado, pues tampoco quería ahuyentarlo ni que la malinterpretara.

–Ahora que ya has terminado con las ventanas... –comenzó.

Notó cómo el cuello se le empezaba a enrojecer y sintió unos sudores por la espalda. Bajo ninguna circunstancia quería que él se diese cuenta de nada, así que bajó la mirada.

–Necesitaría ayuda con los cables de la electricidad, tengo que cambiarlos y me parece que me vendría bien, quizá, poner un cuadro de fusibles nuevo, uno moderno, de los de ahora.

–Lo siento, no puedo ayudarte con eso –le respondió él con una sonrisa tímida.

–Uno de esos que tienen fusibles automáticos, para no tener que cambiarlos cada dos por tres. Simplemente tiene que tener un interruptor que suba y que baje. –Le lanzó una mirada esperanzadora tras la que ocultaba sus intenciones.

–Puedo darte el número de un electricista que conozco –respondió él amablemente. No dejaba de sonreírle. El joven era apañado y además cobraba poco.

Lo agarró del brazo, aunque un poco más fuerte de lo que pretendía.

–No quiero a otro, te quiero a ti –lo dijo con tanta efusividad que a él se le borró la sonrisa de la cara.

El joven le devolvió una mirada confusa. ¿Había dicho algo que no debía? La inseguridad se apoderó de ella.

–Simplemente es que confío en ti –se explicó–. No quiero a otros rondando por aquí.

–Pero es que no soy electricista –lamentó el chico, e hizo amago de sonreír.

Pero ella vio sus intenciones, se dio cuenta de que esa sonrisa era forzada y que no iba acorde con lo que reflejaba su mirada. Era una sonrisa fingida.

–No lo entiendo –insistió–, me dijiste que me podrías ayudar. Además, pienso pagarte bastante bien, más de lo que te pagarán otros. No lo entiendo.

–No es eso –dijo el chico, y ella se fijó en que la miraba cada vez con más inseguridad–. No entiendo de electricidad, es que no soy electricista.

–Bueno, ¿tampoco sabes desatascar desagües?

–Lo siento –murmuró–. Para eso debes llamar a un fontanero, aunque si quieres...

–¿Qué sabrás tú lo que quiero? –Sintió una frialdad que salía de lo más profundo de su ser, alzó la mirada y la clavó en el chico–. ¿Qué sabrás tú?

Dio un paso adelante y notó un objeto frío y duro en la mano. Una llave inglesa. Por un instante se sintió confundida. ¿Cómo habría llegado hasta allí?

Él observó la llave inglesa que sujetaba y su mirada se cruzó con la de ella. Comenzó a alejarse, ella vio que sus ojos reflejaban miedo. Pero no era esa intención, ella no quería asustarlo, tan solo buscaba que él la deseara.

–No tengas miedo –le suplicó. Sin embargo, no era capaz de soltar la llave inglesa, como si su mano fuera por libre y se aferrara a la herramienta–. No me malinterpretes.

–Creo que es mejor que me vaya –le dijo él, y se dio la vuelta para salir por la puerta–. Vendré a recoger mis cosas otro día, no me corre prisa.

–No te vas a ir –respondió ella, al tiempo que notaba cómo la irritación le palpitaba en la sien. Le había prometido que se quedaría. Ambos sabían que lo suyo era un flechazo, él se lo había dejado claro. ¿O acaso había fingido? ¿Estaba jugando con ella? ¿Qué explicación tenía para todas las noches que se había metido en su cama, para todas las veces que se había visto obligada a atarse las manos por encima del edredón para detener su cuerpo y contenerse las ganas? Incluso le había pedido a Dios que no la dejase caer en la tentación.

–Me lo prometiste –dijo. A pesar de su voz calmada, nada consiguió frenarla–. ¡Me lo prometiste! –le gritó.

El joven se dio la vuelta y echó a correr hacia la puerta, que abrió de un empujón. Entonces ella le lanzó la llave inglesa a la cabeza y la sangre

comenzó a deslizarse por el hermoso rostro del chico. Volvió a girarse, la miró aterrorizado al darse cuenta de lo que acababa de ocurrir. No había sido adrede, ella ni siquiera entendía cómo había pasado, cómo había llegado a ese extremo.

–¡No te vayas! –le gritó–. ¡Vas a quedarte conmigo!

Pero no la oyó y salió corriendo dejando un reguero de sangre en el suelo. Huyó a pasos agigantados por el césped para alejarse de allí, de ella. Se metió en el coche, después se oyó el portazo y el ruido del motor al arrancar antes de que los neumáticos derraparan en las piedras. Acto seguido, dio marcha atrás y puso rumbo a la carretera.

Ella corrió hasta la verja, le costaba respirar. A lo lejos vislumbró el coche que acababa de desaparecer tras la curva. Permaneció allí un buen rato, con la esperanza de verlo regresar.

Esperó hasta que el corazón empezó a latir a un ritmo más lento.

–Ojalá te desangres –susurró.

El miércoles por la tarde cundió la preocupación entre los habitantes de Hemse al conocerse la noticia de que una niña de cuatro años, llamada Heidi Forss, había desaparecido. Los padres que tenían hijos pequeños se quedaron en casa, muchos tampoco se atrevían a dejar salir solos a la calle a los hijos mayores. Después del mercadillo multitudinario, las calles se habían vaciado de gente.

El hecho de que dos niñas hubieran desaparecido en la pequeña isla de Gotland en el transcurso de una semana era un asunto de extrema gravedad y todo el mundo hablaba de ello. También se decía que ambas desapariciones debían de estar relacionadas y que seguramente se trataba del mismo secuestrador, alguien a quien la Policía aún no había atrapado y que, sin duda, volvería a actuar en cualquier momento. Otro menor corría el riesgo de desaparecer. ¿Quién sería la próxima víctima? ¿Qué haría el secuestrador con los niños? Y ¿para qué querría secuestrarlos?

Karin echó a correr por el pasillo en dirección a la sala en la que se iban a reunir los responsables de la investigación. Continuaban sin conocer dónde había estado Vilma Eliasson ni por qué la habían secuestrado, y ahora, además, había otra niña desaparecida. Karin se sentía superada por los acontecimientos.

Wittberg entró el último, moviendo un papel en la mano. Ahora que por fin había acabado la rueda de prensa podrían empezar con la investigación. Hasta Anders Knutas se había acercado a la comisaría para participar.

–El padre de Heidi Forss tiene antecedentes penales –comenzó Wittberg con entusiasmo.

–De acuerdo –continuó Karin, que se había colocado en el hueco libre que quedaba junto a la mesa–. Bueno, ya estamos todos. Cuéntanos todo lo que sepas, ¿qué tenemos de los padres? –Lanzó una mirada a Knutas, le resultaba extraño volver a estar allí juntos.

–Empecemos con David Forss –dijo Wittberg tras acomodarse en la silla–. Tiene treinta y cinco años y trabaja en el turno de noche de la fábrica de caucho de Hemse. Tiene antecedentes penales, lo procesaron por un delito de agresión hace catorce años. Tenía veintiuno.

–Vaya, tampoco es que fuera ayer –murmuró Knutas–. ¿Qué tipo de agresión?

–Una pelea fuera del Burmeisters. Le dio una paliza a un compañero de su edad. Al parecer, estaban borrachos.

–Algo habitual entre los jóvenes –añadió Lars Norrby en un tono cortante, a la vez que levantaba una ceja.

–Por lo visto, sí –continuó Wittberg–. Pero lo linchó a patadas y puñetazos hasta tal punto que fue sentenciado a dos meses de cárcel.

–¿Y eso es todo? –preguntó Karin.

–Sí, bueno también he hablado con el jefe de la fábrica de caucho. Dice que sospechan que David tiene problemas de alcoholismo. Sus compañeros han comentado que le apesta el aliento a alcohol, y uno de ellos lo vio esconderse una petaca en la taquilla.

–¿Desde cuándo lo sospechan?

–Desde hace poco. Ha sido algo repentino.

–Quizá le haya pasado algo, ¿no? Alguna razón tendrá que tener para empezar a beber...

–Seguiré investigando.

–Perfecto –dijo Karin–. ¿Qué sabemos de la madre?

–Anna Forss tiene treinta y uno y es ama de casa. Parece una mujer normal y corriente, no es muy expresiva. No tiene antecedentes. No he encontrado nada que me haya llamado la atención.

Karin suspiró y se puso a mirar por la ventana. Fuera estaba tan oscuro como la boca de un lobo.

–¿Tenemos más información que pueda ser relevante? –preguntó resignada, y miró al agente de la Científica.

Sohlman parecía cansado y alterado. Los resultados de la investigación no habían dado mucho de sí. Finalmente negó con la cabeza.

–¿Estás de broma? ¿En un mercadillo por donde han pasado cientos de personas? Lo único que sabemos con certeza es el punto exacto donde la madre vio a la hija por última vez, exactamente en la salida del recinto de atracciones. Se separaron cerca del castillo hinchable.

–¿Y cómo es esa zona? –se animó a preguntar Knutas–. Quiero decir, ¿qué es lo que hay alrededor?

Sohlman se rascó la frente.

–Que sepamos, está detrás del recinto, junto a una zona de césped con un pequeño puesto de café donde también hay mesas y sillas para sentarse. Desde allí se accede a un callejón desde el que se sale a la ciudad. Detrás del puesto también hay un aparcamiento.

–¿Tenemos algún testimonio de los trabajadores del mercadillo? –preguntó Karin–. ¿Se les ha preguntado si vieron algo? ¿A los del puesto de café, por ejemplo?

–A los que trabajan en el de café todavía no –respondió Wittberg–. Acabamos de empezar con los interrogatorios. Pero una mujer que vendía helados en un tenderete, junto al castillo hinchable, se percató de que a una niña pequeña, de unos cuatro o cinco años, se le cayó el helado y se puso a llorar a lágrima viva. Se acordaba perfectamente, porque en ese momento no había clientes y trató de llamar a la madre de la niña para decirle que le daba otro helado gratis. Pero la madre no la oyó. También vio cómo regañaba a la niña. Luego llegaron unos clientes y ya no sabe lo que pasó después. Al cabo de un rato, la madre volvió al mostrador para preguntarle si había visto a su hija.

Karin contempló a Wittberg mientras hablaba. El testimonio de la vendedora de helados coincidía con el de Anna Forss. En definitiva, todo apuntaba a que un desconocido había aprovechado la ocasión para engañar a la niña que se había quedado sola y llevársela. Sin duda, no hace falta mucho para que un niño corra peligro. No dejaba de dar vueltas a esos pensamientos. ¿Habría sido la misma persona que se llevó a Vilma Eliasson? ¿Qué estaría tramando exactamente?

Entonces Wittberg abrió la boca para hacer la pregunta que a Karin le machacaba la cabeza.

–¿De qué va todo esto?

–¿Habría una persona o varias detrás de las dos desapariciones? ¿Serán las mismas? ¿O nos enfrentamos a alguien que se ha copiado del primero? –apuntó Norrby–. Tal vez alguien haya querido actuar a raíz del primer secuestro, ha visto que es factible y ha querido hacer lo mismo.

–Pero ¿con qué fin? –preguntó Wittberg–. Hemos investigado a los

pederastas que están fichados, los únicos que se han barajado como supuestos autores. Y nada apunta a que estén implicados en el caso.

Karin optó por dar por finalizada la reunión para que todos se pusieran a trabajar.

–Centrémonos en los aspectos técnicos de la investigación referentes al recinto de atracciones y al callejón que lleva a la ciudad, al igual que al aparcamiento –dijo–. Hay que hablar enseguida con todos los vecinos de los alrededores. Puede que alguno se percatara de algo. Es el único cabo que, de momento, podemos intentar atar. Así que aprovechémoslo al máximo.

David se sentó a la mesa de la cocina enfrente de su mujer. El reloj ya había pasado de media noche. Habían intentado comer algo, pero eran incapaces de probar bocado. David abrió otra botella de vino. Anna decidió sumarse esa noche, le vendría bien emborracharse para buscar algo de consuelo y poder calmar el dolor, la desesperación y la frustración. Heidi aún no había aparecido, todo aquello se asemejaba a una pesadilla. Era pura impotencia lo que sentían.

Habían hablado con sus respectivos conocidos y con aquellas personas que tal vez supieran dónde estaba Heidi. Pero había sido en vano. Los policías seguían trabajando y, por el momento, no habían dado con una sola pista. Anna y David estuvieron barajando opciones, dando mil vueltas a todas las posibilidades.

David se quedó mirando fijamente a Anna, que daba sorbos al vino, y sintió que su frustración se convertía en ira. Una ira absoluta hacia ella. Su cabeza se negaba a dejar de pensar en todos los hombres a los que satisfacía por teléfono cada noche. Aquel pensamiento lo atormentaba aún más ahora que Heidi no estaba.

–Todavía no hemos hablado en serio de tus quehaceres nocturnos – comenzó con cierta torpeza en la voz.

–¿Cómo te atreves a sacar el tema ahora?

Anna se tapó la cara con la copa, volvió a darle un trago y fijó su mirada en la pared vacía. David se dio cuenta de que se estaba conteniendo las ganas de llorar, aunque bien sabía que no lloraba por su culpa, ni mucho menos. Luego se giró y le clavó la mirada desde el otro lado de la mesa. Tomó otro trago y se quedó en silencio, como si no tuviera ninguna intención de seguir con aquella conversación y hubiera asumido que era él quien debía decir algo. A David, aquella actitud lo estaba sacando de quicio, pero se contuvo.

–¿Has pensado en el riesgo que corres haciendo eso?

–¿Qué insinúas? –le preguntó ella con voz de enfado–. Heidi ha desaparecido, no tenemos ni idea de dónde puede estar y tú lo que haces es acusarme.

–Exacto, nuestra hija se ha esfumado sin dejar rastro y por tu culpa ahora no está en casa.

–¿Cómo te atreves?

A Anna le temblaba la voz; las lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas.

–¿A cuántos tipos habrás seducido? Fijo que a todos los puteros. ¡Y tú, dispuesta a venderte a ellos! ¿Acaso no te has planteado que también has podido atraer a pederastas o a otros zumbados, a auténticos pervertidos? ¡Puede que Heidi haya desaparecido solo por culpa de tu maldito trabajo!

Anna se tapó el rostro con las manos. David ya no aguantaba verle la cara por más tiempo y salió dando un portazo.

–Perdóname –murmuró en voz baja. Pero se quedó sola sin que nadie la abrazara y aceptara sus disculpas. Solo estaba ella, la única persona incapaz de perdonarse a sí misma.

Knutas durmió más que de costumbre. Se iba a perder la reunión del grupo de investigación de la mañana, pero prefirió quedarse en la cama. Era incapaz de levantarse, aunque también era consciente de que nadie contaba con que asistiera. Excepto Karin, tal vez. Quería volver a verla, la echaba de menos. Al mismo tiempo le resultaba difícil no tener un trato más íntimo con ella en el trabajo, no poder abrazarla ni darle un beso. Quizá, con el tiempo llevarían con más naturalidad el hecho de trabajar juntos, cuando ambos se acostumbraran a la rutina.

Últimamente los pensamientos sobre Line y el divorcio se habían dispersado. De vez en cuando volvían, pero la desesperación se había atenuado, a pesar de que el dolor no había desaparecido del todo.

Se quedó reflexionando sobre lo ocurrido en el supermercado Ica el día anterior. El hombre que se puso a mirarlo fijamente era Stefan Norrström. ¿Habría sido pura coincidencia o no?

Fuera lo que fuera, no dudó en cerrar la puerta con llave en cuanto entró en casa, algo que no solía hacer hasta el momento de ir a acostarse. De repente se sentía incómodo en su propia casa. De hecho, se sorprendió a sí mismo creyendo oír unos ruidos. Le era imposible estar relajado. Pensó en llamar a Karin para contárselo, pero prefirió esperar porque estaba hasta arriba de trabajo con el caso de la desaparición.

Quizá sería buena idea llamar a su compañero Kurt Fogestam, que vivía en Estocolmo y que también había sido testigo del accidente de tráfico en Gran Canaria. Tampoco esa idea le dio la energía suficiente para salir de la cama. Tengo que animarme, pensó. No puedo seguir así. Entró en el baño y se metió en la ducha. Dejó que el agua corriera y corriera. Se aseó a fondo, se lavó el pelo y se afeitó. Se apresuró a vestirse y bajó a la cocina para hacer café. Pero la cafetera ya estaba encendida. Pitaba y se oía el gorgoteo del café. La jarra de cristal, que estaba más que usada, estaba bastante llena ya; le entró por la nariz su aroma suave. Se quedó perplejo e inmóvil contemplando la escena. Expectante y con los oídos bien abiertos, posó la mirada en la cafetera.

¿Se estaría volviendo loco? ¿Había bajado antes a encender la cafetera? ¿Antes de meterse en la ducha? Pero entonces, el café ya estaría hecho, pues se había pasado un buen rato dentro del baño. ¿Había bajado a la cocina para preparar el café antes de afeitarse? A veces lo hacía, antes de irse a trabajar o cuando tenía prisa dejaba la cafetera encendida mientras se duchaba. Pero ¿lo había hecho esta vez? Creía que no, aunque dudaba. Últimamente estaba confuso y se olvidaba de las cosas. No se reconocía a sí mismo.

Observó con atención la cocina. El tictac del reloj se fundía con el gorgoteo de la cafetera. Al otro lado de la ventana caían otra vez las gotas de lluvia. Se fijó en una mujer que corría a toda prisa por la calle con un carrito de bebé y que intentaba resguardarse debajo del paraguas. Las flores del alféizar empezaban a marchitarse. Se había olvidado de regarlas. Todo le resultaba familiar: el papel pintado, las cortinas, el calendario en la pared, el paño de cocina que le había bordado su madre. Aun así, le resultaba un lugar inhóspito y tenía la sensación de que él no pertenecía a esa casa. No era la misma.

¿Qué sería lo próximo? ¿Que Stefan Norrström se metiera en su propia casa? ¿Que irrumpiera en su domicilio y decidiera asustarlo con una amenaza tan sutil como aquella? De ser así, es probable que siguiera allí dentro. Al pensarlo, el miedo se apoderó de él.

Con pasos sigilosos, salió de la cocina al pasillo y se percató de que la puerta no estaba debidamente cerrada. Se había cerciorado de echar la llave la noche anterior, o eso creía. ¿O tal vez no lo hizo? Puede que el encontronazo con Stefan Norrström en el supermercado le hubiera afectado tanto que se olvidó de cerrarla. Knutas se dio cuenta de que ya no podía estar seguro de nada, a pesar de acordarse perfectamente de haber girado la llave en el momento en que cerró la puerta de casa, precisamente porque era algo que no solía hacer. También cabía la posibilidad de que hubiera bajado antes de acostarse para cerrar la puerta con llave y en vez de eso la dejara abierta.

Avanzó hasta el salón y giró el pomo de la puerta. Al menos esa sí que estaba cerrada. Subió al piso de arriba y miró dentro de todas las habitaciones. Pero no había nadie.

Después se sentó en la cama y exhaló un suspiro. Tal vez su estado de confusión le estaba jugando una mala pasada. Puede que Norrström estuviera comprando en el supermercado en ese momento y lo hubiera visto de casualidad. Tampoco era de extrañar que se le quedara mirando después de

todo lo que pasó. Él habría hecho lo mismo. Aquel pensamiento lo tranquilizó. No debía darle importancia a ese encuentro inesperado. Lo más probable es que hubiera sido pura casualidad.

Seguro que sí.

Karin era consciente de que la policía de Visby necesitaba ayuda y el jueves por la tarde decidió ponerse en contacto con Martin Kihlgård, un compañero del Cuerpo Nacional de Policía. Por suerte, le dijo que podía desplazarse hasta Gotland, a pesar de haberle avisado con poca antelación, y le prometió que tomaría un vuelo a Visby lo antes posible. El caso de Heidi Forss había levantado ampollas en todo el país y todas las fuerzas policiales seguían la noticia de cerca.

El viernes, a la hora del almuerzo, Kihlgård apareció por la puerta acompañado de otros dos agentes. El apuesto y corpulento Martin era muy conocido en la comisaría, había estado en Visby muchas veces para prestar ayuda con varios casos, casi siempre relacionados con homicidios. La Policía debía hacer todo lo que estuviera en su mano para encontrar a la niña, y cada hora que pasaba era crucial.

Después de saludar y de presentar a sus dos compañeros, se llevó a Karin a un lugar más apartado.

–Oye, ¿qué te parece si comemos juntos y me pones al día mientras mis compis se familiarizan con la comisaría?

A Karin le entró la risa. Martin no cambiaría nunca. Siempre estaba hambriento y cualquier ocasión era buena para comer.

–Pues me parece una estupendísima idea.

Karin le había echado de menos. Desde el principio, entre ellos había existido una química especial. Estaba claro que ver a Kihlgård la ponía de buen humor.

Se sentaron en el restaurante Lindgården, situado en la calle Strandgatan, uno de los favoritos de Kihlgård. De entrante, él se pidió una bandeja con diferentes tipos de arenques seguida de un filete de cordero como plato principal. A Karin le bastó con una ensalada de gambas.

Le resumió brevemente la situación y le contó lo que habían averiguado

acerca de David Forss. Martin Kihlgård la escuchaba con atención.

–¿Tú crees que oculta algo?

–Sí, sí, estoy segura. Está claro que hay algo que no quiere contarnos.

La mirada de Kihlgård pasó de Karin a la camarera que le traía la bandeja de arenques. Contempló con admiración el emplatado y no tardó en hincarle el diente en cuanto la tuvo sobre la mesa. Karin confirmó que era un entrante para dos personas.

–Pues no lo sé, pero algo hay y creo que no es una tontería. No habría reaccionado como lo hizo de tratarse de un asunto sin importancia.

–¿Qué quieres decir?

–Pienso que se trata de algo grave, algo que le causa pesar.

–¿Habéis hablado con los familiares? ¿Amigos? ¿Conocidos? ¿Compañeros de trabajo? ¿Vecinos?

Karin soltó un suspiro y pinchó la ensalada con el tenedor.

–Wittberg está al cargo de todo eso, pero sinceramente no sé cómo va con el tema.

–*Okey makey*, pues eso será lo primero que abordemos.

Kihlgård se limpió la boca y la observó con una mirada de curiosidad.

–Bueno, ¿qué tal te va con tu Knutas del alma?

Para su fastidio, Karin notó que se ponía roja.

–Ah, sí. Pues bien. Para serte sincera, nunca he estado tan enamorada. No sé cómo definirlo, tenemos mucha complicidad, es como si nos comunicáramos de una forma especial.

–¡Eso me recuerda a lo que tenemos Jean Paul y yo! –exclamó Kihlgård, que era homosexual y llevaba muchos años saliendo con un chico francés más joven que él–. Y, además, ha sido así desde el primer día.

–Pero ahora me tiene preocupada. Ya sabes, no se encuentra bien. Todavía no ha superado lo que ocurrió en Gran Canaria. No entiendo cómo ha podido afectarle tanto.

–Sí, estuve pensando en eso. Si alguien sufre un trauma que no puede superar, lo mejor es que se enfrente a él directamente. Eso es lo que dicen.

–¿A qué te refieres?

–Me refiero a que el pobre Knutas tiene un gran trauma que está asociado a un lugar concreto, en este caso, a las montañas de las Canarias. Quizá debería volver allí y ya está.

–¿Y para qué?

–Reencontrarse con el lugar le despertará otros recuerdos. Vamos, que creo que podría ayudarle.

–Tal vez tengas razón –añadió Karin pensativa–. Pero es que no se trata únicamente de eso, tampoco ha superado el divorcio. Es como si cargara con una pena profunda.

–Es lo normal. Piensa que no ha pasado mucho tiempo desde que se divorciaron. Llevaban veinte años juntos por lo menos, ¿no? Está claro que haber pasado toda una vida con una persona tiene que dejar alguna huella. Lo raro sería lo contrario.

–Ya, está claro...–Karin exhaló un suspiro–. Pero creo que ahora es nuestro momento.

–Por supuesto que sí –le dijo Kihlgård, y extendió el brazo para hacerle una caricia de consuelo por encima de la mesa–. Solo debes tener un poco de paciencia, a eso me refiero.

La iglesia estaba abarrotada. La razón principal quizá se encontrara en el secuestro de la niña. La inquietud facilitaba una unión más fuerte entre la gente. Le costaba quedarse quieta durante la misa, a pesar de que el pastor tenía carisma y un buen manejo de la oratoria. Atraía las miradas de los feligreses de tal forma que uno podía creer que fuera capaz de salvar a la pequeña, encontrarla y traerla de vuelta. Nadie sabía cómo había sucedido ni cuál era su paradero. Los asistentes encontraban consuelo en el pastor y entre ellos.

Cuando concluyó el último salmo, se levantó a toda prisa y se dirigió hacia el pórtico de la iglesia; quería volver a casa pronto. Debajo del brazo llevaba una carpeta y algunos papeles.

Sin previo aviso apareció allí, en mitad del pasillo, frente a ella. La reconoció enseguida. Aquella mirada, aquellos rasgos faciales y ese cabello. Pasaron muy cerca una de la otra. La confusión duró un instante. Estaba delante de ella, a tan solo medio metro de distancia.

Fue tal el sobresalto que la carpeta se le cayó al suelo y se salieron los papeles, que acabaron esparcidos por todas partes, tirados por el suelo. Le hubiera gustado dejarlos ahí, pero no podía. El corazón le latía deprisa y le temblaban las manos. Finalmente se agachó y se puso a recogerlos a toda velocidad, así al menos no tenía que mirarla. «Déjame que te ayude», se atrevió a decir la otra mujer, que se puso a un lado a agrupar todas las hojas. Ella esquivó su mirada y empezó a hacer aspavientos con las manos.

–No hace falta –murmuró–. No pasa nada.

La mujer insistió. No había quien la frenara.

–No, no, no hace falta, gracias, me las apaño yo sola, no necesito ayuda.

Sentía escalofríos por todo el cuerpo, le sudaban las axilas y se le había secado la boca. Trató de humedecerse los labios mientras guardaba las hojas

en la carpeta. Seguía cabizbaja, no quería que sus miradas se cruzasen por nada del mundo.

–No, no te preocupes, no importa.

Más y más feligreses pasaban por delante de ambas. Inclino la cabeza para no mirarla a los ojos.

–Señora, déjelo, deje de recoger mis papeles, por favor, no los toque.

Le temblaban tanto las manos que se le volvió a caer el montón de papeles que había recogido. Luego se le deslizó la carpeta de las manos y se salieron todas las hojas que había dentro.

–Por favor, señora, déjelo. Váyase, déjelo.

Cuando ya estaba a punto de irse de la iglesia, sintió un nuevo escalofrío y notó cómo sus piernas luchaban por mantenerse firmes. Huyó de allí a toda prisa. Se encontraba mal y tenía la sensación de estar a punto de desmayarse. A su espalda, la mujer intentó decirle algo, pero ella no alcanzó a oír nada. Simplemente siguió andando hacia la salida y no se dio la vuelta.

El sábado por la mañana Knutas se montó en el coche y puso rumbo a la casa de verano. Tenía que volver a buscar a la gata. Otra vez. Hacía un día precioso, un sol espléndido y corría una brisa agradable.

En Lickershamn reinaba una tranquilidad absoluta, ya que muchas casas estaban deshabitadas durante los seis meses de invierno. Al entrar en el pueblo, situado junto a la costa, saludó a algunos conocidos que paseaban por la calle. Le devolvían el saludo con una sonrisa y un guiño, a la vez que se resguardaban de las fuertes rachas ventosas. Soltó aire y sintió cómo la calma del lugar le daba la bienvenida.

Pensó en las palabras de Karin cuando hablaron por teléfono la noche anterior. La idea de volver a Gran Canaria y al lugar del accidente, ella se había ofrecido a acompañarlo. Tal vez tuviera razón. Quizá era la única manera de superarlo. Le encantaría que estuviera a su lado en ese momento, pero Karin tenía que trabajar.

Dobló la esquina y se metió por el camino de gravilla que llevaba a la casa y que corría en paralelo a la playa. A lo lejos, se divisaba el vaivén de las olas en el mar. Pensó en salir a dar un paseo después de llamar a *Elsa*, aún no había perdido la esperanza de encontrarla.

Se detuvo junto al buzón a recoger el periódico, aunque un vecino se encargaba de hacerlo cuando él estaba en la ciudad, pero lo revisó por si acaso se había olvidado. Llevaba ya una semana sin ir por allí. Había pasado tanto tiempo en la casa de verano durante la baja que llegó a pedir que le enviaran el periódico a esa dirección en lugar de a su domicilio de Visby.

Al abrir el buzón le vino a la cabeza la gaviota muerta y tuvo una sensación desagradable, pero lo único que encontró fue el periódico. Algo aliviado, avanzó un poco más, cruzó el jardín hasta llegar a la casa y aparcó el coche al lado de la verja.

Todo seguía tal cual lo dejó: la casa de madera pintada de gris, con los marcos de las ventanas azules y el cobertizo en una esquina. Los muebles de jardín estaban en su sitio y el césped, de nuevo cubierto de hojas. Miró la

chimenea y observó que se había desprendido un trozo de yeso que debería arreglar, aunque tendría que esperar hasta la primavera.

Se detuvo en seco al divisar un bulto en el suelo del porche. Era un animal muerto, había sangre y manchas rojas por la escalera. Un zorro, fue lo primero que se le pasó por la cabeza. Le habrán atacado los pájaros, de ahí los rasgones y la sangre. Sin embargo, entrevió que era más pequeño y que la piel tenía un color más oscuro que la del zorro. Con el corazón latiéndole con fuerza, echó un vistazo a su alrededor. De pronto el jardín se volvió un lugar horrible y la hilera de árboles que lo bordeaban empezaron a atemorizarlo. Las ramas se mecían con el viento ¿Sería aquello una señal? ¿Una advertencia?

Soltó las bolsas del súper que sostenía en las manos y dio unos pasos adelante. Esta vez lo hizo sin prisa, en alerta. Miró al animal que yacía en el porche y se le llenaron los ojos de lágrimas.

No podía evitar sentirse indefenso ante aquella estampa.

Finalmente había encontrado a *Elsa*.

—Ni hablar, ¡no pienso responderte a eso!

David estaba en la habitación de costura donde trabajaba su mujer, tenía el teléfono pegado a la oreja y sujetaba un vaso con la otra mano. En la mesa frente a él había una botella de alcohol medio vacía. Colocó el vaso delante para llenárselo aún más antes de darle un trago.

—A ver, creo que no me has entendido bien... Soy yo el que hace las preguntas aquí, no tú... Pero ¿de qué vas? ¿Hola? ¿Estás ahí?

Observaba el teléfono lleno de ira, a la vez que intentaba volver a marcar el número. Esperaba que alguien le respondiera.

—Una cosa te voy a decir antes de que vuelvas a colgar, como no me respondas a la pregunta, cerdo asqueroso, pienso llamar a tu mujer y a tu trabajo para decirles qué clase de libertino eres, ¡putero desgraciado!

Se hizo el silencio al otro lado del auricular.

—Quiero saber todo lo que hiciste el jueves pasado y dónde estabas exactamente, minuto a minuto. Y más te vale que me lo cuentes todo, voy a anotar cada palabra que digas y como no me obedezcas te hago peda...

—¡David!

Se giró y vio que Anna, desde el umbral de la puerta, lo miraba furiosa. Llevaba un abrigo ligero de color beis y tenía el pelo alborotado por el frío y el viento. Se le veía abatida y atónita.

—Por fin he encontrado tu maldito teléfono.

—David, por favor, cuelga —dijo Anna.

—¡Que te calles! —gritó David al auricular, llenándolo de saliva. Lanzó una mirada a Anna—. Eso no iba dirigido a ti —se disculpó y comenzó a balbucear—. Se lo decía a... ¿Cómo demonios se llamaba? —Empezó a rebuscar entre los papeles que tenía delante y sin querer tiró la botella, de modo que el alcohol que quedaba se derramó sobre la mesa—. Maldita sea —murmuró. Levantó con torpeza la botella, la vació dentro del vaso y empezó a secar la mesa. Soltó el retazo de tela y echó mano de un papel, que leyó en voz alta.

—Jens von Schlyter... Pero ¿qué cursilada de nombre es ese? —Aún con el

móvil pegado a la oreja, se giró hacia Anna, que se echó a llorar—. Dice que no te conoce, bueno, no te conoce como Anna, claro. No como Anna, mi mujer, la madre de nuestra hija. Tan solo te conoce como Tina la desbragada, a la que se le da muy bien contar hasta veinte. ¡Maldita sea! ¿A quién cojones le excita que le cuenten hasta veinte?

Y volvió a poner su atención en el teléfono.

—¿Quién cojones puede ponerse cachondo escuchando a alguien contar hasta veinte? —gritó, después le pasó el teléfono a Anna—. ¡Ven aquí! —le ordenó.

Anna lloraba y negaba con la cabeza.

—¡Te he dicho que vengas!

Se oyó una voz por el teléfono.

—Perdona, ¿qué dices?... Bueno me importa un comino, ¡quédate ahí hasta que yo te diga que puedes colgar!

La voz de David rugía de la furia.

—Que vengas aquí —le repitió a Anna.

Ella se negaba a obedecer y seguía en el umbral. David no podía contener su rabia.

—Ven aquí —insistió.

Y volvió a dar unos pasos indecisos adelante.

—Por favor, David —le suplicó—. Apártate del teléfono para que podamos hablar. ¿Es que no podemos hablar tú y yo solos?

—Quítate la ropa. —Soltó al teléfono y se hizo un silencio al otro lado de la línea—. Ya me has oído, ¡desvístete, desgraciado!

—Para —susurró Anna—. Para ya.

David arrugó el papel que tenía en la mano y lo lanzó al fondo de la habitación. A continuación, se acercó a su mujer, la agarró con fuerza del pelo y la tiró al suelo. Acto seguido, le entregó el teléfono.

—Ahora, cuenta hasta diez —dijo con frialdad.

—Por favor —le suplicaba Anna una y otra vez, mientras se agarraba a los pantalones de David.

David consiguió soltarse y se fue hasta la mesa en busca del vaso.

—Que te pongas a contar —le chilló, y tomó un buen trago.

—Uno —susurraba Anna muy bajito al teléfono—, dos...

Lo miraba con ojos suplicantes. David levantó la mano en un gesto amenazante; le brillaban los ojos.

–Tres... –susurró Anna cabizbaja–, cuatro, cinco, seis...

Anna se puso de rodillas, con el teléfono pegado a la oreja y la cabeza mirando al suelo.

–Doce, trece, catorce...

–Por favor, no lo hagas. Para –se oyó decir a la voz del teléfono.

–Doce, trece, catorce...

–Por favor...

David se quedó de pie observando a Anna, que estaba sentada en el suelo con la espalda curvada y la nuca al descubierto. De pronto algo se calmó en su interior. Le entraron ganas de tenderle la mano y ponérsela en el hombro, de decirle que parase y dejara el teléfono a un lado. Y entonces ella se giraría hacia él y le ayudaría a levantarse del suelo. Se irían al salón, se sentarían juntos en el sofá y se quedarían abrazados durante un rato, mirándose a los ojos. Y luego Heidi bajaría las escaleras, descalza, con pasos silenciosos... Tragó saliva y empezaron a brotarle las lágrimas. Así es, Heidi bajaría descalza por las escaleras... Y todo volvería a la normalidad.

Todo volvería.

Karin decidió marcharse de la comisaría a última hora. Era sábado. No habían dado con nada relevante para la investigación del caso de Heidi Forss y se sentía exhausta. Además, no podía dejar de pensar en lo de Knutas y aquellos pensamientos no la dejaban concentrarse. La había llamado desde su casa de verano porque tenía algo que contarle. Anders había cambiado de planes en cuanto a quedarse a dormir allí, prefería pasar la noche con ella. Quedaron en que Karin se iría a su casa de Visby después del trabajo sin importar qué hora fuera.

Se preguntaba de qué quería hablarle, le había notado una voz seria y eso le preocupaba. Esperaba que no fuera a pedirle un tiempo o algo parecido. A saber lo que era, porque estaba bastante deprimido. Puede que hubiera cambiado de parecer con respecto a su relación o que hubiera hablado con Line. Karin sabía lo enamorado que había estado de su mujer y, en el fondo, Line seguía presente, era una amenaza constante. Recordó lo que le había dicho Kihlgård. Debía ser paciente. Tenía la esperanza de que la presencia de Line fuera desapareciendo a medida que pasara el tiempo.

Cuando abrió la puerta, Knutas parecía cansado, pero aun así la recibió con una sonrisa y un gran abrazo.

–Hola, cariño –le susurró al oído, y las palabras la llenaron de ternura–. ¿Cómo ha ido todo?

–No muy bien, nos está costando mucho esclarecer los hechos.

Karin no quería hablar de trabajo, estaba en ascuas por oír lo que él tenía que contarle. Se quitó el abrigo y se descalzó.

–¿Te apetece comer algo?

–No, gracias, he cenado en la comisaría. Pero una copa de vino no estaría mal.

–Claro que sí, siéntate en el salón que ahora mismo voy.

Se sentó en el sofá y oyó a Knutas trajinar en la cocina. Qué sonido tan acogedor, pensó. Qué maravillosa sensación la de poder tener a alguien con quien compartir un hogar. Ya había pasado un tiempo desde que terminó con el único novio que había tenido en todos esos años. No es que hubiera sido

una relación larga, pero si había algo que echaba de menos eran esos momentos en los que simplemente eran dos. El no estar sola. Pensó en la necesidad de estar con alguien. Si uno desconoce tal sensación, no se para a pensar en ello; sin embargo, una vez que se vive es lo primero que se extraña cuando ya no se tiene.

Se sentía nerviosa y esperaba que Anders no le tuviera reservada una mala noticia. Lo había notado bastante serio cuando hablaron por teléfono esa mañana y le dijo que prefería esperar a que se vieran en persona para contarle de qué se trataba.

Knutas volvió con una botella y dos copas. Encendió las velas y prendió el fuego de la chimenea. Karin lo observaba mientras él lo preparaba todo. Llevaba un jersey gris y unos vaqueros. A pesar de que había perdido algunos kilos y no tenía la luz de siempre en el rostro, era guapo, aunque se le veía agotado y abatido.

—¿De qué querías hablar? —preguntó Karin después de darle un sorbo a la copa.

Posó en él la mirada.

—Han pasado ciertas cosas últimamente que no te he contado.

A Karin se le revolvió el cuerpo. No, no, no digas eso. No podía tener algo que ver con Line. ¿Se habría arrepentido? Ya estaba viendo cómo su felicidad se esfumaba por la ventana. Para ya, se dijo. ¿A qué vienen todos estos pensamientos tan destructivos? Espabila. Pero no podía evitar ver el abismo que se abría ante sus pies. Había algo en la mirada de Knutas que la inquietaba.

—Ha pasado una cosa, bueno..., la verdad es que más de una —empezó a decir—. Han sido unos extraños incidentes y he preferido no contárselo a nadie porque pensaba que no eran más que casualidades, pero ahora empiezo a dudar.

Karin sintió un cierto alivio. Parecía tratarse de otro asunto que no tenía nada que ver con dudar de la relación. Más tranquila, se enderezó en el sofá.

—¿Qué tipo de incidentes?

Knutas le contó lo de la gaviota en el buzón, el collar de la gata que se encontró en las escaleras de la casa de verano, el día que se topó con Stefan Norrström en el supermercado, el suceso inexplicable de encontrarse la cafetera encendida una mañana y, por último, el hallazgo de *Elsa* sin vida en

el porche. Al tiempo que enumeraba los hechos, se fue percatando de que habían sido demasiados como para que se considerasen meras coincidencias.

–Pues eso no pinta bien –dijo Karin. Por una parte, lo más lógico era pensar que todos esos sucesos, por separado, tenían su explicación, pero en conjunto daban a entender que se trataba de algo grave, no de una suma de casualidades.

–Ya, a mí tampoco me lo parece –suspiró Knutas–. No dejo de preguntarme qué estará tramando, si es que es Stefan Norrström el que anda detrás de todo esto.

–Tal vez intente asustarte o ¿llamar tu atención?

–Quizá... ¿Qué puedo hacer? ¿Tú qué opinas?

Karin se quedó pensativa y le dio otro trago a la copa de vino antes de responder.

–A ver, no es que te esté amenazando directamente, por lo que no podrías denunciarlo. Tal vez deberías hablar con él y que te diga qué es lo que quiere.

–¿A qué te refieres?

–Ve a buscarlo. Sabes dónde vive, ¿no? Ve a Kyllaj, a su casa, y párale los pies. Mejor que zanjes el asunto por tus propios medios. Podría acompañarte, si quieres, claro...

–Gracias, pero prefiero apañármelas solo.

Permanecieron unos minutos en silencio.

–Creo que quizá tengas razón –dijo Knutas pensativo–. Eso lo que tendría que hacer. Debería ser yo quien tome el control de la situación en lugar de quedarme esperando a que él vuelva a actuar.

La miró fijamente a aquellos ojos negros que brillaban a luz de la lumbre de la chimenea y del resplandor de las velas. Knutas se dio cuenta de lo mucho que la había echado de menos, la extrañaba cada momento que no estaba cerca.

Dejó la copa de vino, tomó a Karin en sus brazos y empezó a besarla.

–¿Sabes que ahora solo estamos tú y yo?

–Sí, si así lo deseas. Los dos solos.

Knutas se levantó, apagó el fuego de la chimenea y luego las velas de un soplido. Levantó a Karin en brazos y la subió por las escaleras hasta el dormitorio. Sus labios no querían despegarse de los de ella mientras se desvestía al tiempo que la desnudaba. Empezó a besarla y a acariciarla. No quería que aquello acabara nunca.

Ya estaban los dos solos.

El agua estaba oscura, en calma, y brillaba. Pronto empezaría a oscurecer. Faltaba poco para esa época del año en la que los habitantes de Gotland apenas veían la luz del sol. En los meses siguientes, la escasa luz los envolvería en un manto plomizo y opaco que se convertiría en oscuridad total hacia las tres de la tarde. Ya comenzaba a notarse, pues una especie de embrujo se había posado en el pantano de Lojsta, uno de los más profundos de la isla. Debía su nombre a su cercanía con el castillo de Lojsta, una antigua fortaleza que no quedaba muy lejos del famoso brezal donde galopaban en libertad, como hacía siglos, los ponis salvajes de Gotland. En realidad, el conjunto estaba formado por tres pantanos que se sucedían: Rammträsk, Lillträsk y Broträsk.

La pareja estaba dando un largo paseo cuando el perro empezó a comportarse de forma extraña al llegar al pantano de Broträsk, una zona particularmente desierta. Anneli y Lars Johansson eran una pareja a la que le encantaba caminar durante horas y solían adentrarse en terrenos inaccesibles, porque les gustaba esforzarse un poco cuando salían a pasear. A menudo solían caminar por tramos que nadie más frecuentaba. El camino por el que andaban era salvaje y conducía a un embarcadero abandonado que estaba tan viejo que parecía que, de un momento a otro, fuera a derrumbarse y hundirse en el lago. Ni siquiera quedaban barcas y tampoco era un lugar que frecuentaran los bañistas.

De repente el perro pareció volverse loco. Seguía el rastro de un olor. Al principio ambos creyeron que podría tratarse de un conejo o un ciervo. Pero el bóxer se metió en el lago, por debajo de los juncos que se alzaban junto a las ruinas de aquel embarcadero podrido.

—¿Qué le habrá entrado a *Nero*? —exclamó Lars, y se asomó al embarcadero para ver qué había captado la atención del perro.

—Ten cuidado —le advirtió su mujer, que se quedó detrás, en la orilla—. No creo que el embarcadero aguante.

—Pero ¿qué narices? ¿Qué es lo que está haciendo?

Su perro tenía mucha energía, pero nunca lo habían visto tan excitado.

Estaba en el agua ladrando de forma violenta.

–¡Hay algo aquí! –le gritó a Anneli–. Tengo que echar un vistazo.

El perro se había metido dentro de la maleza y era imposible entrever qué estaba fisgoneando.

Lars trató de arrancar los matojos del embarcadero, pero tenían más profundidad de lo que imaginaba y se le hundieron los pies en el cieno. Sus botas de goma se adhirieron con tal facilidad al fondo del lago que, por un momento, creyó que sería imposible sacarlas de allí. Finalmente, consiguió subir a la superficie agarrándose con todas sus fuerzas en el embarcadero. Mientras, el perro no dejaba de ladrar.

–¿Qué estás haciendo? –le gritó Anneli–. ¿Qué le pasa a *Nero*?

–No sé, no consigo ver nada. Pero ahí hay algo.

Lars trepó por el embarcadero, se sacudió algunas hojas como pudo y volvió a la orilla del lago. Echó un vistazo alrededor y observó que *Nero* estaba mordiendo algo. Gruñía y le hincaba el diente sin soltarlo. Cada vez más fuerte. Para colmo, empezó a llover.

–¡Maldita sea! –exclamó Lars.

Lo que faltaba. La situación ya era lo suficientemente estresante, pues no sabían por qué razón el perro se enfurecía cada vez más y tampoco podían ver qué es lo que pasaba.

Se pusieron a buscar algo con lo que pudieran retirar los matojos. Lars arrancó una rama enorme y se metió de nuevo en el lago. Al fin logró apartar la densa vegetación lo suficiente como para poder entrever qué tenía tan ocupado al perro.

–¡Ven, mira esto! –llamó a su mujer a voces.

Salió a flote un enorme baúl americano. Era un modelo antiguo, parecía de cuero. Con ayuda de algunas ramas, Lars lo acercó hasta la orilla. Salió del agua, agarró una de las asas y sacó el pesado y aparatoso baúl a rastras del lago. Mientras tanto, el perro seguía con sus ladridos excitado, daba brincos alrededor e intentaba morderlo de nuevo.

–Me pregunto si se podrá abrir –murmuró Lars.

El cierre de latón se abrió con un clic. A su lado, Anneli esperaba ansiosa. Lars levantó con cuidado la tapa y seguidamente pegó un grito. Retrocedió unos pasos al descubrir lo que había dentro de aquel baúl, que volvió a cerrarse.

Miró a su mujer, que seguía en la misma posición, y ambos se taparon la

boca con las manos. Lars se dio cuenta de que la respiración de Anneli se volvía cada vez más fuerte y de que empezaban a brotarle lágrimas de los ojos.

Con los nervios a flor de piel, se acercó sigilosamente al baúl y lo abrió de nuevo. El perro seguía en el mismo lugar, ladrando con furia. Lo que vieron se les quedaría grabado en la mente de por vida.

Dentro del baúl se encontraba el cadáver de una mujer muerta metida a presión. Tenía la cabeza ensangrentada y una cabellera voluminosa, oscura y llena de vida que no parecía pertenecer a aquel cuerpo.

Cuando abrió los ojos, David Forss fijó la mirada en el cojín gris en el que tenía clavada la nariz. Le llevó unos segundos darse cuenta de que estaba tumbado en el sofá del salón. Se giró y echó un vistazo por la habitación, la estantería con la foto de bodas, las fotos de Heidi. En la mesita del salón había varias botellas de alcohol vacías y una fila de latas de cerveza, algunas tiradas por el suelo. Tuvo una sensación insoportable de soledad. ¿Lo había dejado Anna?

Se levantó tambaleante y le azotó una sensación de mareo y malestar. Tuvo que ir corriendo al baño. Después de vomitar se quedó sentado en el suelo, junto al inodoro. Sentía golpes en la cabeza. No recordaba qué día era. ¿Qué había hecho la noche anterior? ¿Cómo había terminado? Tenía el recuerdo difuso de haber discutido con Anna y de haber bebido mucho. Habían reñido, de eso estaba seguro, pero no conseguía acordarse de cómo había acabado todo. ¿Estaría Anna acostada arriba? Ya era de día. Subió las escaleras dando trapiés y agarrado a la barandilla mientras sentía cómo las náuseas le removían todo el cuerpo. Intentó mantener la cabeza quieta. No se oía nada.

Se asomó al dormitorio. La cama estaba hecha y la habitación en orden. ¿Acaso Anna no había dormido allí? Se giró lentamente. La cabeza le daba vueltas y tenía el estómago revuelto. Hizo otro viaje al baño de la planta superior, donde vomitó hasta vaciar el estómago. Dejó pasar un rato hasta que fue capaz de levantarse para echarse agua fría en la cara. Se tumbó en el suelo del pasillo. La puerta de la habitación de costura de Anna estaba cerrada; había empezado a cerrarla con llave, así que ya no podía controlarla.

Dio unos puñetazos en la puerta, pero nadie contestó. Volvió a darle, más fuerte.

–¡Que abras, joder!

Entonces se puso a aporrear la puerta hasta que rompió la cerradura y pudo entrar y ver con sus propios ojos que la habitación estaba vacía.

Despacio, se dirigió al dormitorio. Abrió el armario y vio el chándal que Anna le había comprado unos años atrás y que nunca había usado. Por aquel entonces creyó que ella quería que él hiciera más deporte, pero ahora lo

comprendía, Anna quería que se marchara de casa. Se ató los cordones de las zapatillas de deporte sin estrenar que le regaló con el chándal y se subió la cremallera de la sudadera hasta el cuello.

Todo a su alrededor desapareció y se volvió borroso y desdibujado. Miró por la ventana y vio que era un día lluvioso, un hermoso día para desaparecer.

Dieron la voz de alarma en la comisaría a las 16:32 h. Una hora después, la actividad era frenética junto al embarcadero solitario que desembocaba en el pantano de Lojsta. Los agentes habían cortado el paso y la pareja que había encontrado el cuerpo se marchó a la comisaría para prestar declaración. El agente de la Científica Erik Sohlman y sus compañeros comenzaron a analizar la escena del crimen nada más llegar.

Cuando Karin Jacobsson apareció acompañada de Martin Kihlgård ya había anochecido. Acababan de sacar el baúl del agua y les entregaron una linterna a cada uno para que pudieran seguir la operación. Se trataba de un baúl antiguo, de cuero color burdeos con cierre y placas metálicas alrededor. Sohlman lo abrió con cuidado. Cuando levantó la pestaña del cierre, dieron unos cuantos pasos hacia atrás. Se encontraron dentro el cuerpo de una mujer menuda. Llevaba puesto un jersey, una falda negra y una chaqueta de punto larga. El largo cabello negro le caía por los hombros, mojado, pues el agua se había colado en el interior del baúl. La cabeza tenía manchas de sangre, al igual que la ropa, y presentaba heridas de golpes en el cráneo.

Karin reconoció a la mujer inmediatamente.

–Pero si es la madre de Heidi –dijo entre resuellos–. Anna Forss.

–¡Madre mía! –exclamó Wittberg–. Hablé con ella ayer.

Sohlman se puso en cuclillas para estudiar el cuerpo más de cerca.

–La han matado a golpes –confirmó–. Y qué golpes. Mirad ahí, en la frente. Tiene una hendidura muy profunda.

–Uf, ¡qué espanto!

Karin se estremeció. Siempre le había costado acercarse a los cadáveres. Le parecía inverosímil imaginarse que hacía apenas unas horas había hablado con aquella mujer que estaba sana y salva. Y ahora, sin embargo, helada y sin vida, dentro de un baúl. Se le vino a la cabeza un sinfín de pensamientos. Primero desapareció la hija, Heidi, y ahora encontraban a la madre muerta. Karin se giró hacia Kihlgård.

–Tenemos que localizar a David Forss. Ahora mismo.

–Debemos llevar el cuerpo al Instituto Anatómico Forense cuanto antes –

dijo Sohlman—. No podemos dejarlo aquí.

—¿Cuánto tiempo crees que lleva muerta? —le preguntó Karin.

—No mucho, ya ha empezado el *rigor mortis*, pero aún no ha concluido. Diría que lleva muerta, como máximo, entre seis y siete horas.

—Así que la han matado esta mañana.

—Es lo más probable. La han asesinado, luego la han metido en el baúl y lo han arrojado al lago. Además, hay huellas recientes de neumático, así que el autor del crimen la habrá traído en coche hasta los juncos y luego ha arrastrado el baúl hasta el lago.

—Hay que ampliar la zona de búsqueda. Heidi también podría encontrarse aquí.

El domingo por la noche David Forss llegó a la comisaría para ser interrogado. Tenía un aspecto completamente distinto al de la última vez que lo vio. Karin se quedó atónita. Wittberg la acompañó a recogerlo y le fue contando por el camino. Habían aporreado la puerta durante un buen rato hasta que por fin les abrió. Aún no había recuperado del todo la sobriedad y apestaba a alcohol. No tenía ni la menor idea de por qué habían ido a buscarlo.

Cuando le confirmaron el hallazgo del cuerpo sin vida de su mujer, armó tal escándalo que se vieron obligados a llevarlo primero al hospital. Allí se le pasaría la borrachera y podría recibir atención psicológica, además tendría que ir a la morgue para reconocer el cadáver de su mujer.

Entró completamente abatido en la sala de interrogatorios, dando traspiés y acompañado de un guarda que lo llevaba del brazo. Se desplomó en la silla que estaba delante de Karin y la miró con unos ojos que reflejaban un enorme vacío.

—¿Podrías decirnos cuándo fue la última vez que viste a tu mujer?

—Ayer por la noche.

Se apartó el flequillo de la frente. Karin pensó que estaba demacrado. Pálido, sin afeitar y con los ojos enrojecidos.

—¿Qué estuvisteis haciendo?

—Estábamos en casa y bueno..., la verdad es que me pasé bebiendo vino. Luego empezamos a discutir y... ya no me acuerdo de nada más.

—¿No te acuerdas?

—No.

—¿Y después qué pasó?

—No lo sé... Me debí de quedar dormido en el sofá. Me he despertado a la una del mediodía con una resaca espantosa. La botella de vodka que había en la mesa estaba medio vacía, pero ni siquiera recuerdo habérmela bebido. No me acuerdo de nada. Y Anna no estaba allí..., se había ido...

—¿Y qué hiciste entonces?

—Me puse a buscarla. Subí al piso de arriba por si seguía durmiendo, pero

la cama estaba hecha. La verdad es que no sé ni siquiera si dormí en casa anoche. No sé nada... Tampoco estaba en la habitación de costura, no estaba por ninguna parte...

Se le quebraba la voz y negaba con la cabeza. Entonces murmuró:

–Quizá ya estuviera muerta.

Karin se aclaró la garganta mientras lo observaba con atención.

–Y ¿qué crees que ha podido ocurrirle?

–No lo sé.

–¿Tienes alguna idea de qué hora era cuando la viste por última vez?

David se quedó perplejo y parpadeó varias veces.

–No..., tampoco me acuerdo... Todo esto que ha pasado con Heidi me parece tan irreal... Y encima ahora Anna no está.

Estalló en llanto y se tapó el rostro con las manos. Karin esperó a que se calmara.

–¿Quieres beber algo? ¿Una Coca-Cola?

Asintió.

–¿Se puede fumar aquí?

–Bueno, oficialmente no, pero podemos hacer una excepción.

Karin le pidió al guarda que le trajeran el refresco y un cenicero.

–Empezamos a discutir...

–¿Por qué discutíais?

David alzó la cabeza y la miró con los ojos sumidos en la desesperación.

–Es muy importante que nos cuentes todos los detalles –murmuró Karin.

En ese mismo instante, se abrió la puerta y apareció el guarda con la Coca-Cola y el cenicero. David se sacó un cigarrillo del paquete que tenía en el bolsillo y se lo encendió con dedos temblorosos. Le dio unos cuantos tragos a la lata y después exhaló un profundo suspiro como si tomara carrerilla antes de volver a hablar.

–Hace algunas semanas descubrí que Anna ofrecía servicios sexuales telefónicos. Lo hacía por las noches mientras yo estaba en la fábrica.

Karin se quedó sin aliento. Había acertado con lo de que David ocultaba algo.

–¿Cuánto tiempo llevaba haciéndolo?

–Ni idea.

–Y ¿sabes qué tipo de clientes tenía?

–De algunos sí tengo constancia puesto que tiene..., bueno, tenía una

carpeta en su habitación de costura.

Karin hizo una llamada para solicitar una orden de registro en el domicilio de los Forss.

–Bien, continuemos –prosiguió–. ¿Hay alguien más que sepa de esos servicios telefónicos? ¿Has hablado con alguien más sobre ese asunto?

David dudó por un momento.

–Sí, estuve en una charla de terapia con Miriam Kviberg, la cantora de la iglesia de Öja. Ella también lo sabe.

–De acuerdo. –Karin hizo una anotación–. ¿Has dicho Miriam Kviberg? ¿Qué tipo de relación tenéis?

–Ninguna, en realidad. Necesitaba hablar con alguien cuando descubrí lo que hacía Anna, y me parecía algo demasiado comprometido como para sincerarme con un amigo.

–Ya veo.

Karin escrutó a David, se preguntaba si aquel hombre sería consciente de la gravedad de los lapsos de memoria de la noche anterior, puesto que habían encontrado el cadáver de su mujer, a quien habían matado a golpes. Como no tenía coartada, para la Policía sería el principal sospechoso hasta que diesen con algún otro posible autor del crimen, si es que lo había.

–¿Y qué crees que ha podido pasarle a Heidi?

–No lo sé... ¿Cómo voy a saberlo?

–¿No tienes ninguna teoría?

–No, no lo sé. Es la verdad. Tenéis que creerme.

–Primero tú tendrás que comprender cómo se ve todo esto desde fuera –continuó Karin–. Primero desaparece tu hija sin más y luego matan a tu mujer y tú no te acuerdas de nada.

–No tengo nada que ver ni con la muerte de mi mujer ni con la desaparición de mi hija. ¡Las quiero a las dos más que a mi vida!

La conversación se vio interrumpida por un golpecito en la puerta. Era el guarda de seguridad que se asomaba por el umbral.

–Perdona, ¿puedes venir un momento?

–Descuida.

Karin se levantó del asiento y se dirigió a la puerta.

–¿De qué se trata?

–Han encontrado una pala en la entrada del domicilio de los Forss. Tenía

manchas de sangre. Puede que sea el arma homicida con la que asesinaron a Anna Fors.

David Forss fue detenido por el fiscal Birger Smittenberg el domingo por la noche. Era sospechoso del asesinato de su esposa Anna Forss. El no tener coartada ni recordar lo sucedido, así como el hecho de que la posible arma homicida se encontrara delante de su casa, y además con sus huellas dactilares, lo convertían en el principal sospechoso.

La Científica interrumpió la investigación junto al pantano de Lojsta, debido a la oscuridad y la lluvia. Era prácticamente imposible encontrar pistas en esas circunstancias. Los buzos se habían sumergido en el pantano para buscar a Heidi, en el caso de que ella también hubiera terminado muerta y arrojada allí, pero por ahora no habían obtenido resultados.

–Tanto las huellas dactilares como el ADN desaparecen en el agua – suspiró Erik Sohlman cuando se acercó a Karin para informarle de la situación–. Se filtró un poco de agua en el baúl, aunque no mucha. De lo contrario, se habría hundido hasta el fondo como una piedra.

–¿Cuánto tiempo llevaba ahí?

–No demasiado, unas horas nada más; yo diría que máximo seis. Antes de que comenzara a llover encontramos marcas que indican que el autor del crimen arrastró el baúl desde el maletero hasta los juncos. Por muy pequeña que fuera Anna, cuesta levantar el peso muerto de un cadáver.

–¿Y las huellas de neumáticos?

–Nos dio tiempo a analizar algunas y tomar fotos antes de que empezara a llover. Las vamos a investigar; en cualquier caso, se trata de un coche normal.

Sohlman se pasó la mano por el pelo. Parecía cansado.

–Qué asesinato más desagradable. Las heridas de los brazos y el torso de la víctima muestran que se defendió, así que debió de haber habido un forcejeo antes de que la asesinaran.

–¿Y cuál es la causa de la muerte?

–Presumiblemente, alguno de los golpes que le asestaron en la cabeza. Aunque nos lo confirmará el forense.

Karin bostezó. Le dolía la cabeza y, pese a que estaba luchando contra el

cansancio, este pudo con ella. Ya era hora de que aquel día plagado de sucesos concluyera.

–Nos preguntamos dónde estará Heidi Forss.

Karin lanzó una mirada vacía al frente. La esperanza de que la niña de cuatro años estuviera viva había disminuido de forma drástica.

Cuando Karin llegó a la reunión de los miembros de la investigación el lunes por la mañana, el grupo ya había tomado asiento en la sala. Martin Kihlgård se giró hacia ella y le lanzó una sonrisa conforme abría la puerta. Sohlman ojeaba el periódico mientras hablaba en voz baja con el fiscal Birger Smittenberg y Wittberg daba golpecitos con un bolígrafo en la mesa. Al parecer la estaban esperando.

–La mayoría quizá ya sepa que anoche detuvimos a David Forss como sospechoso del asesinato de su mujer, Anna Forss –comenzó Karin.

Echó un vistazo a todos los que rodeaban la mesa. Kihlgård se levantó para inclinarse y alcanzar uno de los bollos de canela que había en una cajita. Alzó las cejas, por lo visto él aún no se había enterado. Le dio un mordisco al bollo mientras se servía una taza de café.

–Encontramos una pala con sangre que podemos relacionar con David Forss. Pero mejor que de eso hable Sohlman.

Con un ademán, le dio la palabra al agente de la Científica.

–Hay ciertas dudas sobre el hallazgo de la pala fuera de la casa de los Forss –empezó Sohlman–. No hay signos de forcejeo, ni dentro de la casa ni fuera, en el jardín. Tampoco hemos encontrado ninguna mancha de sangre ni nada que indique que el asesinato se produjo allí. Cuando alguien asesina a otra persona con una pala, siempre aparecen salpicaduras de sangre en la escena del crimen.

–¿Qué significa eso? –preguntó Wittberg–. ¿Que aún debemos seguir buscando al autor del crimen?

–No lo sabemos –continuó Sohlman–. Debemos atenernos a las pruebas, pero no podemos descartar que exista otro posible asesino.

–O bien que David Forss tuvo un cómplice –lo interrumpió Karin.

Sohlman la miró de forma cortante, detestaba que lo interrumpieran.

–Claro, tampoco podemos ignorar esa posibilidad –dijo entre gruñidos el de la Científica–. Si queréis saber mi opinión al respecto...

Ninguno se inmutó.

–Al parecer, a nadie le interesa, pero yo creo que dejaron la pala delante de

la casa de David Forss después. ¿Alguna pregunta?

Wittberg dio unos golpecitos sobre la mesa antes de alzar la mirada.

–¿Qué te hace pensar eso? Aunque aún no dispongamos de los resultados de los análisis de sangre del Laboratorio Nacional de Ciencias Forenses, tenemos constancia de que sus huellas dactilares estaban en la pala y todo indica que se trata del arma del crimen. Y a juzgar por las heridas... David Forss tenía un móvil, además de problemas para contener su mal genio, no recuerda bien lo que pasó esa noche y no tiene coartada.

–Pero ¿por qué iba a matar David a Anna en otro lugar, luego llevarse el arma del crimen a casa y dejarla a plena vista, en la entrada? –objetó Karin.

Wittberg se encogió de hombros.

–Bueno, tiene sentido lo que dices –dijo, y volvió a golpear la mesa con el bolígrafo–. ¿Y las huellas dactilares?, ¿cómo va a explicar eso?

–David Forss se pasó toda la noche del sábado bebiendo hasta que se cayó muerto en el sofá y no recuerda nada –dijo Karin.

–¿Y cómo sabemos que eso es verdad? –interrumpió Wittberg.

–Le hemos hecho un análisis de sangre. El nivel de alcohol que tenía en la sangre era alto. Luego, cuando se despertó, a la una del mediodía ayer, Anna ya no estaba en casa. Ni el bolso ni el móvil y tampoco el coche. Al darse cuenta de que su mujer no estaba allí, fue al porche y vio una pala que no sabía de dónde había salido. Y probablemente hizo lo más común en estos casos, la agarró y la examinó. Luego la dejó ahí tirada. David afirma que no vio las manchas de sangre en el filo. La pala también tiene otras huellas de otras personas de las que no sabemos nada. Por ahora.

–Una cosa más –dijo Karin–. Esta mañana nos han informado unos testigos de que Anna Forss asistió a la misa del domingo en la iglesia de Öja.

–¿A qué hora empieza? –preguntó Sohlman–. ¿A las once? Y dura en torno a una hora, ¿no? Así que se marcharía a las doce.

–También la vieron montarse en el coche y abandonar la iglesia justo después de las doce –añadió Karin–. Pero, por ahora, sigue sin haber rastro del coche.

–¿Iba sola? –preguntó Wittberg.

–Sí, el testigo no vio a ningún acompañante. Pero claro, no sabemos si recogió a alguien de camino o si había quedado con alguien después de ir a la iglesia.

–O sea que se encontró con su asesino luego –dijo Sohlman pensativo, al

tiempo que se pasaba la mano por la barba—. O bien pudo haberse ido a casa, donde David Forss la habría matado. Tenemos delante un desafío, un par de ellos, a decir verdad. ¿Por qué se llevó el arma del crimen y dónde dejó el coche?

—Estamos buscando el coche —dijo Kihlgård—, pero aún no lo hemos encontrado. Ya hemos registrado los alrededores de la casa y estamos ampliando el perímetro de búsqueda. Es un Saab azul, un modelo estándar del año 2003.

Wittberg suspiró profundamente y movió la cabeza. Dio un nuevo golpe con el boli en la mesa, resignado. Karin se giró hacia el fiscal y le preguntó:

—No sé qué opinas tú, Birger. ¿Qué te parece si dejamos a David Forss en comisaría?

—Tengo mis dudas —respondió Smittenberg—. Las sospechas contra él son bastante poco contundentes.

—Otra cosa más. Debemos repasar la lista de clientes de Anna Forss inmediatamente, pues no es del todo improbable que el asesino sea uno de ellos. De no ser así, el baúl es nuestra pista más interesante por ahora —dijo Karin—. Sohlman, ¿puedes mostrarnos las fotos?

—Por supuesto.

El agente de la Científica se levantó y bajó la pantalla blanca de la parte delantera de la sala. Apagó la luz y encendió el ordenador. Les mostró las fotografías del lugar donde se había encontrado el cuerpo, el camino embarrado que bajaba a la orilla, el embarcadero en ruinas, los juncos, el baúl con el cuerpo de la mujer dentro.

—Está vestida, como podéis apreciar —comenzó Sohlman—. Le debieron golpear bastantes veces en el cuerpo y en la cara. El baúl estaba entre los juncos, y se coló dentro un poco de agua, por lo que había empezado a hundirse. Fue pura suerte que la encontraran hoy, de no haber sido así a saber el tiempo que habría permanecido allí.

—Sí, ese lugar está muy aislado y es bastante inusual que vaya gente por ahí, al menos en esta época del año —dijo Lars Norrby—. Conozco la zona bastante bien y sé que ese embarcadero lleva años sin usarse. Los barcos ya no amarran ahí y el fondo del pantano está muy descuidado y lleno de fango, así que tampoco es apto para el baño.

—Vale —dijo Sohlman—. Aquí están las fotos de la morgue donde podréis

apreciar mejor las heridas de Anna Forss. El cuerpo ya va camino de Estocolmo, en el *ferry*.

–He hablado con el Instituto Anatómico Forense y me han prometido que se darán prisa –dijo Karin–. Espero que hagan la autopsia hoy mismo.

–De acuerdo –dijo Sohlman–. En cualquier caso, aquí podéis ver las heridas con más detalle –repitió.

Las fotografías del cuerpo blanco y endeble de Anna Forss aparecieron en la pantalla. Algunas imágenes mostraban cortes, moratones y el cráneo aplastado. A Karin le parecía una visión insoportable, no necesariamente por la dureza de las imágenes, pues había visto muchas otras veces fotos similares. Formaba parte de su trabajo. Sino porque se trataba de Anna, a la que había abrazado y consolado y de cuya preocupación había sido testigo días atrás. Karin intentó tomar distancia, pero le causaba una fuerte impresión. Apenas era capaz de contemplar las fotografías sin pensar en el ser humano que había detrás.

El ambiente se volvió tenso.

–¿Con qué seguridad sabemos cuál fue la causa de la muerte? –preguntó Norrby.

–La verdad es que no quiero especular, pero creo, como dije antes, que murió por uno de los golpes que recibió en la cabeza –dijo Sohlman–. Los asestaron con una fuerza considerable, el cráneo está especialmente fracturado.

–¿Así que ya estaba muerta cuando la metieron en el baúl? –preguntó Wittberg.

–Eso es lo que deduzco –respondió Sohlman–. No creo que el lugar donde fue hallado el cuerpo sea el mismo que donde se produjo el crimen. Habría, como dije, muchas manchas de sangre por los golpes, pero en el pantano tan solo hemos encontrado alguna que otra gota que, presumiblemente, sería del asesino o bien salió del interior del baúl.

Karin hizo una mueca. Sohlman pasó a mostrarles las imágenes del baúl. Era un objeto marrón, sólido, un modelo antiguo, en el que podría caber una persona pequeña.

–Es un modelo poco común –dijo Sohlman–, y parece tener bastantes años. Le faltan las plaquitas con el nombre o cualquier otra cosa que identifique al propietario. Sin embargo, posee algunas características singulares. Unas correas finas de cuero alrededor, el color burdeos del cuero y unas estrías un

tanto peculiares. El cierre de latón tiene una decoración muy elaborada y por encima de uno de los cierres laterales hay una placa triangular. Aquí está. La plaquita reza: garantiert solide handarbeit. Por tanto, el baúl es de fabricación alemana y lleva unas iniciales pintadas en un lateral: desl. Desconozco si DE es por *Deutschland*, pero es probable que sí. En todo caso, tiene tantas particularidades que, quizá, si hacemos públicas las imágenes, alguien lo reconozca.

–Entonces mandaremos las fotografías a los periódicos locales –propuso Norrby.

–Desde luego –coincidió Karin–. Y confiaremos en la suerte.

La celda era estrecha y tenía una ventanita con rejas. David estaba tumbado en una litera incómoda y miraba fijamente al techo. Trataba de concentrarse en un único punto, trataba de mantener los ojos abiertos y no cerrarlos nunca. Notaba cómo sudaba y le brotaban las lágrimas de los ojos. Los cerró, entonces volvió la oscuridad. Los abrió, intentó fijar la mirada en un punto por encima de él. Anna estaba muerta. Se lo comunicaron como si no fuera nada especial, como si sucediera todos los días que las personas murieran. Que se desvanecieran así, sin más. Anna estaba muerta, la habían asesinado y pensaban que había sido él quien lo mató. Por eso lo habían encerrado.

Tendría que haber estado buscando a Heidi, haberla encontrado, levantarla, hacerla girar y girar en el aire mientras ella se ría a carcajadas. La habría levantado bien alto, encima de los hombros y juntos se habrían ido corriendo a casa. Ella y él, ella subida en sus hombros, juntos a casa. Abrirían la puerta al llegar y Heidi gritaría: ¡Mamá! Y Anna bajaría corriendo las escaleras para recibirlos, los rodearía con los brazos y él diría que todo iba bien. Porque así era.

Pero ahora Anna estaba muerta y Heidi desaparecida, de momento. La Policía creía que era él quien había asesinado a su mujer, a ella, que lo era todo para él. Nadie había encontrado a Heidi, así que se le enrojecieron los ojos y perdió el punto del techo que necesitaba, ese que acababa de dejar de ver hacía un momento.

Cerró los ojos de nuevo y todo se volvió oscuro, oscuro y solitario.

Visualizó a Anna frente a él el día de su boda, su vestido blanco y sencillo, sus ojos, la forma en que lo miraba. La manera en la que ella conseguía hacer que se le derritieran las entrañas con tan solo sonreírle.

¿Por qué narices ofrecía servicios sexuales por teléfono? Y allí estaba él, toda su vida arruinada, destruida, lo había perdido todo y la Policía pensaba que era su culpa. ¿Cómo había podido hacerle Anna algo semejante?

Se levantó de la litera y se dirigió a la puerta.

–Necesito que me dejéis hablar con alguien –pidió en voz baja.

Así había comenzado todo, ella hacía que los hombres gimieran por

teléfono y ahora él necesitaba a alguien con quien hablar.

–Necesito hablar con alguien –dijo un poco más alto–. ¡Necesito a alguien!
Ahora ya gritaba.

Oyó pasos al otro lado de la puerta. Golpeó la puerta y se hizo daño. Aunque no lo suficiente, así que volvió a dar otro golpe, más fuerte, mientras gritaba:

–¡Necesito hablar con alguien!

Ahora ya no se trataba solo de gritos, era la pura desesperación. Volvió a golpear sin sentir nada, gritaba las mismas palabras, una y otra vez, golpeaba aún más fuerte, seguía sin notar el más mínimo dolor. Golpeó una vez más la puerta, que ya estaba roja por la sangre. La mano la tenía cubierta de un líquido oscuro y pegajoso. Golpeaba, gritaba, pero nadie abría. Golpeó la puerta una vez más y oyó un ruido. Se quedó quieto mientras se miraba la mano. De repente todo se detuvo. ¿Acaso aquel ruido era el de la puerta que se abría o era el de su mano?

Se quedó allí quieto, inmóvil.

–La amo –dijo en voz baja, a la vez que sentía cómo las lágrimas le mojaban el rostro. No podía parar de llorar. Se quedó allí, temblando, mirándose la mano ensangrentada.

–La amo –sollozó–. La amo.

Karin estaba ansiosa por hablar cuanto antes con la cantora que había ayudado a David Forss en las charlas de terapia. Se llamaba Miriam Kviberg y trabajaba en varias iglesias del sur de Gotland, aunque principalmente en la más grande de todas, la iglesia de Öja. Allí fue donde ambos solían reunirse para dichas charlas.

La propia Karin recibió a Miriam Kviberg en la comisaría y juntas entraron en una de las salas de interrogatorios. Kihlgård estaba presente, en calidad de testigo. Espero que esta vez mantenga el pico cerrado, pensó Karin del parlanchín de su compañero. La función del testigo no es ni más ni menos que observar en silencio para poder deliberar con el responsable del interrogatorio una vez este haya terminado.

No conocía a la cantora. Era una mujer robusta, con aspecto estricto, irradiaba una expresión de frialdad que hacía difícil acercarse a ella. Si fuera por mí, no mandarían a nadie a una charla de terapia con ella, pensó Karin a la vez que visualizaba mentalmente la frágil silueta de David.

Sabía que el pastor de la iglesia de Öja era una persona cercana, empática, carismática, extrovertida y muy popular. ¿Cómo es que David no había preferido hablar con él en lugar de con aquella mujer tan estirada?, pensó.

Se sentaron. Karin le sirvió a la cantora un vaso de agua. Miriam Kviberg ni se inmutó, permaneció a la espera, con las manos cruzadas sobre las rodillas. Esto huele a desafío, pensó Karin. Grabó las típicas frases de introducción y después miró con atención a la cantora.

—Comprendo que no querrá romper la confianza de David para contarme de qué hablaban, pero ahora mismo él es sospechoso de asesinato. Dada la gravedad del delito, puede hablar con la Policía, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Cómo empezaron las charlas de terapia con David? No es una tarea de la que suelen encargarse los cantores, ¿verdad?

La cantora la miró sin dejar entrever lo que pensaba ni con el más mínimo gesto. Karin se percató de que tenía un poco de estrabismo.

–Cierto, no lo es. Pero David se acercó a mí y quiso hablar expresamente conmigo. No podía negarme. Además, el pastor dio su consentimiento.

Tenía una voz profunda y hablaba despacio, como si hiciera énfasis en cada palabra. Tenía los ojos claros y un poco llorosos. A Karin le costaba mirarla, como si algo le impidiera establecer contacto visual con ella.

–Comprendo. ¿De qué quería hablar David?

–Se sentía preocupado porque su mujer se dedicaba a...

Un breve temblor de los párpados hizo ver que Miriam Kviberg no se encontraba del todo cómoda con lo que estaba a punto de decir.

–Sí, lo del sexo telefónico. Su mujer ofrecía servicios sexuales telefónicos por las noches.

–Eso ya lo sabemos.

–Ah, ¿sí?

La cantora parecía aliviada.

–Al principio no se atrevía a hablar del tema con Anna –continuó–, pero lo animé hasta que al final habló con ella.

–Y entonces, ¿qué sucedió?

–Me parece que tuvieron muchas discusiones, pero no llegaron a solucionar nada.

–¿Tenían algún otro problema en su matrimonio?

–Creo que David tiene un problema con la bebida.

–Ah, ¿sí? ¿Por qué?

–Varias veces vino a nuestras charlas oliendo a alcohol. También él mismo me dijo que bebía demasiado.

–¿Qué clase de persona diría que es?

–Una persona al borde del colapso, alguien que ha perdido el control de su vida. Ciertamente es que solo tuvimos tres charlas, después le dije que ya no estaba cualificada para ayudarlo más. Le aconsejé que fuera a un asesor familiar de la municipalidad que le pudiera proporcionar una ayuda más profesional.

–¿Cómo reaccionó ante la propuesta?

–Bastante mal. Se puso hecho una fiera.

Las dos pistas más interesantes relativas a la caza del asesino de Anna Forss eran, por una parte, los clientes que habían solicitado sus servicios sexuales telefónicos y, por otra, el baúl en el que se había encontrado su cuerpo. La Policía había registrado el domicilio y había confiscado todo el material, el ordenador, los archivadores y el teléfono móvil que David encontró, el mismo que Anna utilizaba para hablar con sus clientes.

Los medios publicaron las fotos del baúl en el que se había encontrado el cuerpo de Anna Forss.

Por la tarde Martin Kihlgård llamó a la puerta de Karin.

–Pasa.

Su compañero parecía entusiasmado. Tenía los ojos aún más redondos que de costumbre y jadeaba después de la carrerilla por el pasillo.

–He encontrado algo interesante que merece la pena que investiguemos más a fondo –dijo entre jadeos.

–Ah, ¿sí? Siéntate y cuéntame, por Dios. Lo que sea que me ponga de mejor humor. Esta chiquilla, Heidi, no para de rondarme por la cabeza, me estoy volviendo loca. Temo que nos la encontremos muerta en alguna parte.

Karin hizo un gesto para que Kihlgård se sentara.

–Bueno, se trata de lo siguiente –dijo Kihlgård–. Alguien que vive en Hemse se ha puesto en contacto con nosotros, se llama Bengt Andersson y sus padres llevaban una tienda de maletas en la calle Storgatan de Hemse. Lleva mucho tiempo cerrada, desde que el padre murió. Cuando el hijo, Bengt, vio la foto del baúl en la red se lo enseñó a su madre, que lo reconoció como un modelo poco habitual y exclusivo que habían vendido en su tienda en los años cincuenta.

–Increíble –soltó Karin–. ¿Qué le llevó a acordarse del baúl?

–Precisamente los detalles tan poco comunes que lo hacían único, sobre

todo la placa de latón con esa inscripción encima del cierre. Con toda seguridad, es de fabricación alemana y tan solo pidieron unas pocas unidades.

–De acuerdo, pero entonces ¿qué otra cosa tiene de especial, aparte del hecho de que sabemos que se vendió en Hemse?

Kihlgård hizo un gesto ocurrente.

–Pues mira, sucede lo siguiente: el hombre que llevaba la tienda, Alvar Andersson, era una persona muy particular. Al parecer, coleccionaba de todo. El hijo cuenta que guardaba los recibos, los libros de cuentas, las facturas, todo lo que tenía que ver con la tienda. Ciertos artículos exclusivos tenían un resguardo de garantía, y en dichos resguardos escribían sus nombres los clientes. Y ¿sabes qué?

–¿Qué?

Karin lo miró curiosa.

–Es genial, el archivo aún está en el desván de Bengt Andersson, por lo que tan solo hay que empezar a buscar.

Una escalera conducía al desván polvoriento y oscuro, que era inusualmente espacioso. Bengt Andersson les mostró el camino. Era un hombre pequeño, con nervio, y subió con agilidad por la trampilla. Para Kihlgård, de complexión grande, no era tan sencillo; jadeaba y resoplaba como un hipopótamo. Karin temía que se quedara atascado al intentar pasar por aquella trampilla tan estrecha. Finalmente, un ruido sordo contra el suelo del desván confirmó que había conseguido subir.

Bengt Andersson encendió la luz. Karin miró a su alrededor fascinada. El desván tenía la altura suficiente para que una persona estuviera de pie y las paredes estaban forradas de metros de estanterías llenas de cajas bien organizadas por filas, etiquetadas en orden alfabético en función del contenido. Cuando se acercó, descubrió que incluso estaban archivadas por año. Todo pertenecía a la tienda de bolsos, guantes y zapatos Alvars Skinn, situada en el centro de la calle Storgatan de Hemse. Había pertenecido a la familia desde principios de los años cincuenta y cerró cuarenta años más tarde, cuando Alvar falleció. Ninguno de sus dos hijos mostró interés por encargarse del negocio y su esposa se sentía demasiado mayor como para tomar las riendas del negocio.

–Bueno, pues aquí lo tenéis –dijo Bengt–. Aquí tenéis todo lo que podéis desear. Podéis explorar con total libertad.

–Impresionante –dijo Kihlgård mientras intentaba tomar aliento tras su ascenso dificultoso y deslizaba la mirada por las hileras de estanterías meticulosamente ordenadas–. La verdad es que tu padre lo guardó todo.

–Lo sé –dijo Bengt con una sonrisa–. Era un coleccionista empedernido. Muchas veces he pensado en deshacernos de todo esto, pero no ha llegado el momento. Al fin y al cabo, no necesitamos espacio, tenemos sitio de sobra. Habéis tenido suerte.

–Desde luego –corroboró Karin–. Estamos muy agradecidos. –Sentía los dedos inquietos por ponerse manos a la obra.

–Si fuera vosotros, comenzaría por ahí –dijo Bengt Andersson, y se dirigió a las estanterías del centro. Aquí están los años cincuenta, mi madre cree que

fue entonces cuando se vendió el baúl. Os puedo mostrar cómo lo organizó todo.

Sacó un archivador, sopló el polvo y lo abrió, lo cual creó otra nube de polvo. Tanto Karin como Kihlgård empezaron a toser. Parecía que nadie había abierto aquellos viejos archivadores en muchos, muchos años.

–Este es del año cincuenta. Aquí veis las solapas con los gastos, los ingresos, las existencias, las garantías, los seguros, los anuncios, etcétera. Si os dirigís al apartado de anuncios, por ejemplo, veréis que recortó todos los anuncios de la tienda que aparecían en los periódicos.

Se notaba que el hijo estaba fascinado y encantado con el archivo de su padre.

–Mira aquí –dijo con la voz llena de orgullo, y señaló un anuncio donde aparecía una mujer joven que llevaba un abrigo con cinturón y un bolso–. Esto era típico de papá. Guardar este tipo de cosas. Con suerte, encontraréis el baúl y a su propietario.

–Vale que podamos encontrar el baúl y en qué año se hizo la venta –dijo Karin con tono escéptico–, pero ¿cómo vamos a encontrar al que lo compró?

–Ahora os diré cómo –respondió Bengt con tono astuto. Levantó otra pestaña nueva con la etiqueta de garantías. Aquí guardó papá los resguardos de los artículos que estaban cubiertos por algún seguro o garantía. Es decir, los más exclusivos. Sospecho que ese baúl fue uno de los modelos más caros. Así que, si la suerte os acompaña, aquí lo encontraréis.

Les enseñó un recibo de caja con copia de una garantía donde abajo del todo se podía leer la firma del cliente. A Karin le empezó a latir el corazón más rápido. Intercambió varias miradas con Kihlgård. Se leyeron el pensamiento. Ahora, al menos, tenían una oportunidad.

Thomas Wittberg y Erik Sohlman se sentaron juntos en la sección de la Policía judicial. Sohlman hojeaba el archivador donde se describían las mujeres y los servicios que ofrecían a los clientes.

–Madre mía –suspiró–. Menudo mejunje, hay desde una *stripper* entrada en años hasta una inocente chica de dieciocho años. Pasaba de una a otra, así, sin más.

–Es una pena –dijo Wittberg–. ¿Qué clase de hombre no puede conocer a una mujer de forma convencional? Tienen que estar muy solos.

–Sí, bueno, aunque varios están casados, según las descripciones del archivador –objetó Sohlman.

–Incluso estando casado uno se puede sentir solo –corroboró Wittberg.

–En cualquier caso, ¿sabéis por qué se dedicaba Anna Forss a vender sexo telefónico? –preguntó Sohlman–. ¿Por cuestiones económicas o para reafirmarse como mujer sexualmente?

–Según parece, ha sido por motivos económicos –dijo Wittberg–. A duras penas les llegaba para pagar la hipoteca. Compraron la casa hace un año y tal vez no fueron muy conscientes de en dónde se metían. Tenían lo justo para ir tirando, así que Anna empezó a vender sexo por teléfono para conseguir dinero y no correr el riesgo de tener que vender la casa. No quería poner más cargas sobre David. Nos lo ha contado una amiga de Anna a la que hemos interrogado.

–Qué tragedia –murmuró Sohlman, y se volvió a sumergir en el archivador.

Después de haber revisado todo consiguieron hacerse una imagen diferente de la realidad. Según la empresa a la que Anna había estado ligada, llevaba un año ofreciendo servicios sexuales telefónicos y era de las más populares del negocio. Por lo que les comentaron, ciertos clientes podían ser peligrosos, así que el trabajo no estaba tan libre de riesgos. Wittberg y Sohlman se

sentaron ante la larga lista de clientes. Tal vez ahí encontrarían al asesino de Anna Fors.

Karin y Kihlgård se pusieron manos a la obra. De manera disciplinada y en silencio, analizaron un archivador tras otro. Era una tarea que requería mucho tiempo, así que de vez en cuando se levantaban de las sillas de madera que Bengt Andersson les había llevado y estiraban las piernas. Ahora le tocaba a Kihlgård.

–Vaya tela... –dijo, y soltó un bostezo–. Esto no me está gustando y me empieza a entrar hambre.

–Desde luego, pero es mejor que revisemos todo el material hasta acabar – dijo Karin, y se sacó una chocolatina del bolsillo–. *For you!*

Kihlgård comenzó a mover las manos en el aire con torpeza, pero no cazó la chocolatina, que terminó aterrizando en el suelo. Se agachó soltando resoplidos. No se puede decir que sea un tipo ágil, pensó Karin y esbozó una sonrisa. Kihlgård debía de pesar más de cien kilos. Era verdaderamente robusto, pero a ella no le parecía que tuviera sobrepeso. Se le podía describir amablemente como un hombre con aplomo, continuó pensando Karin mientras él devoraba la chocolatina con alegría.

–Voy por 1954 –dijo ella–. ¿Y tú?

–1955. Enseguida terminaré, así que pronto habremos repasado ya la mitad de la década –dijo él a la vez que masticaba el chocolate–. De verdad, espero que la mujer esté en lo cierto cuando dice que vendieron el baúl en los años cincuenta.

–Pues sí –murmuró Karin, y siguió pasando hojas. Al poco rato, llamó a su compañero.

Kihlgård se tragó el último pedacito de la chocolatina y se inclinó hacia ella.

–¿Qué tienes?

–Mira.

Karin señaló una foto de un baúl cuadrado grande. Era de cuero color burdeos y tenía exactamente el mismo aspecto que aquel en el que encontraron el cuerpo de Anna Forss. «Koffer Meister» rezaba la descripción.

–Sin duda, es este –dijo Karin entusiasmada–. ¿No crees? ¿No lo ves?

–Sí, sí, está claro que es el mismo.

Karin pasó más páginas hasta llegar a los recibos. Había un montón. Su compañero esperaba ansioso mientras ella buscaba, pero no tardaron mucho en encontrar tres recibos con una copia de la garantía. Los tres eran de la venta del baúl Koffer Meister. Se inclinó para poder leer la firma de los clientes mientras Kihlgård resoplaba a sus espaldas. La primera estaba escrita con tinta negra y costaba leerla.

–¿Qué pone? –preguntó Karin–. Hed no sé qué... ¿Hedström?

–Sí –respondió Kihlgård impaciente–. Axel Hedström, ¿no lo ves?

–Ah, sí, ahora sí. –A Karin se le aceleró el corazón–. Y el siguiente es...
Margareta Smittenberg.

–Uy, ¿será pariente de Birger?

–Es probable –susurró Karin–. Aunque Smittenberg es un apellido bastante común en Gotland.

Ya estaba intentando descifrar el tercer nombre.

–¿Qué pone?

–Gustaf K... algo.

–Gustaf Kviberg. ¿Puede ser?

–Sí, ya lo veo –le contestó Karin–. Pone Gustaf Kviberg.

–Kviberg, eh... –dijo Kihlgård despacio–. Creo que me suena ese nombre, Kviberg.

Karin se giró hacia él.

–¡Miriam Kviberg! –exclamó–. Claro, es la cantora que ha tenido las charlas con David Forss.

–¡Ay, madre! –exclamó Kihlgård.

Al acabar la misa del domingo se cruzó de improviso con Anna Forss en la iglesia. Reconoció de inmediato a la madre de Heidi. Se le cayeron todas las partituras al suelo y se fue corriendo de allí. Pero Anna la siguió.

Cuando Miriam salió del coche, ya en su casa, Anna estaba detrás, había aparcado cerca. Le dijo que la había visto en las atracciones del mercado de Hemse poco antes de que Heidi desapareciera. A juzgar por su reacción al verla en la iglesia, pensó que algo no encajaba y la siguió hasta su casa. Anna le exigió que la dejara entrar, a la vez que señalaba con el dedo tembloroso la chaqueta de su hija que colgaba de un carrito de bebé de juguete en el jardín. Se puso histérica. Comenzó a llamar a Heidi y corrió hacia la casa.

Preso del pánico, Miriam agarró una pala que había apoyada en la pared del granero. Cruzaron las miradas al tiempo que Miriam levantaba la pala y, en cuestión de un instante, la invadió un sentimiento de compasión, sintió pena por esa mujer que tenía delante. Dudaba de lo que se veía obligada a hacer. Anna soltó un grito cuando la golpeó con la pala cerca de la oreja. Se echó las manos a la cabeza mientras la sangre manaba de la sien.

Luego extendió las manos para defenderse, para protegerse de alguna manera, pero comprendió que era demasiado tarde. No tendría que haberla seguido hasta allí.

Miriam levantó la pala una y otra vez hasta que Anna se quedó inmóvil tumbada en el suelo y se le retorció el cuerpo de una forma extraña, en una posición antinatural. El suelo estaba manchado de sangre y los ojos de Anna miraban fijamente al cielo. Miriam se agachó y se los cerró con cuidado. Le temblaban las manos.

En el granero estaba el antiguo baúl que se compraron sus padres para la luna de miel. Encajonó a la mujer sin vida dentro y se fue en coche hasta el lugar donde solía ir a bañarse en verano. Un sitio apartado junto al pantano de Løjsta. Allí era donde conseguía estar en paz. Y allí arrojó el baúl. En cuanto

a la pala, la dejó en la puerta de casa de David. Se lo tenía más que merecido. Cuando llegó a casa metió el coche de Anna en el granero y allí se iba a quedar hasta nuevo aviso. Regó minuciosamente la tierra del jardín con la manguera y cuando acabó entró con Heidi, que la esperaba.

Karin avisó inmediatamente a sus compañeros de Visby, quienes le corroboraron que el padre de Miriam Kviberg se llamaba Gustaf y que había fallecido, junto a su esposa, en su hogar hacía apenas un año. Había trabajado como pastor en el sur de Gotland durante toda su vida. Miriam era su única hija y siempre había vivido con ellos.

Tanto Karin como Martin Kihlgård eran los que se encontraban más cerca de la casa de Miriam Kviberg, prácticamente en la punta sur de la isla, cerca de Hoburgen, la zona más meridional de Gotland. El hijo de los dueños de la tienda de maletas, Bengt Andersson, se quedó atónito cuando ambos agentes bajaron a toda prisa por la escalera del desván. Salieron de la casa a toda velocidad y le dijeron a gritos que lo llamarían tan pronto como tuvieran tiempo para darle una explicación por aquella despedida tan precipitada.

Se metieron en el coche, arrancaron y pisaron el acelerador a fondo. Kihlgård recibió las indicaciones por teléfono, y se fueron en dirección sur a la velocidad del rayo.

–Era ella –dijo Karin sin mostrar sorpresa, mientras manejaba el volante con la mirada fija en el camino–. Justo la hemos interrogado hoy por la mañana.

–Pero nadie se habría imaginado que la cantora asesinaría a sangre fría –añadió Kihlgård, y negó con la cabeza.

Se dirigieron al sur, dejaron atrás Burgsvik y siguieron en dirección a Hoburgen. Antes de llegar al pueblo, giraron por un caminito y fueron a parar a lo que supusieron que era el exterior de la casa de Miriam Kviberg. Un edificio aislado a un lado del camino, con un muro alto de piedra que rodeaba el terreno. No había ningún coche en el pequeño aparcamiento junto al muro. Karin apagó el motor y le lanzó a Kihlgård una mirada inquisitiva.

–¿Qué hacemos? ¿Esperamos a los demás?

–Ni hablar.

Miriam sabía que había obrado bien. Aun así, le temblaba todo el cuerpo. Sabía qué debía hacer, dónde tenía que dirigirse. Tenía que ir allí. Había salvado a Heidi, pero ahora quería estar libre de pecado, salvarse y reflexionar.

Los gatitos entretuvieron a la niña la mayor parte del tiempo. Al principio se sentía triste, preguntaba por mamá y papá, pero Miriam le aclaró que mamá estaba malita y que debía quedarse en el hospital y que papá tenía que estar con ella para cuidarla. Los niños no podían ir a los hospitales, así que ella les prometió cuidar a Heidi hasta que mamá se pusiera buena. Heidi podría comer todo el helado que quisiera, su comida favorita, chuches y refrescos, y también ver películas y jugar con los gatitos todo el tiempo que quisiera. Cuando Miriam tenía que ir a la iglesia un par de horas, le ponía a Heidi una película y le dejaba preparada toda su comida favorita, luego la encerraba con los gatitos. Las ventanas tenían la cerradura echada y Miriam cerraba con llave la puerta exterior para no correr el riesgo de que la niña escapara. Al principio le añadía al refresco una pizca de un somnífero suave para que se quedara dormida, pero día tras día Heidi se fue tranquilizando y se acostumbró a la situación. Con el tiempo, puede que incluso llegara a amarla, a comprender quién se había preocupado de ella de verdad. Miriam anhelaba que llegara ese día. Por las noches, cuando Heidi dormía, Miriam entraba a hurtadillas en su habitación, se sentaba en el borde de la cama y observaba el rostro de la pequeña mientras le acariciaba la mejilla amorosamente. Ahora ya no estaba sola, era cuestión de tiempo que Heidi la viera como su mamá. Todo saldría bien, de eso estaba totalmente segura.

Pero antes tenía que hacer algo. Se sentía un poco alterada, así que tenía que dar algún relajante a Heidi, ya que la niña se había dado cuenta de su estado de ánimo y parecía preocupada. Echó un poco de somnífero en la leche de la niña a la hora de la comida, así que pronto se quedaría dormida. Antes de irse, dejó a Heidi en el sofá con una película y le acarició el pelo con ternura.

–Enseguida vuelvo –susurró, y la miró por última vez antes de salir y

cerrar la puerta.

Karin y Kihlgård salieron del coche. El camino recto que llevaba a la casa estaba vacío y no había ninguna otra casa cerca. El muro de piedra que la rodeaba era inusualmente alto. Abrieron la verja y entraron al terreno que colindaba con una zona boscosa. A lo lejos se oía el rumor del mar. En un lateral de la finca, había un granero antiguo de piedra caliza con el techo cubierto de hierba. Al otro lado, la vivienda, también de color blanco calizo. Varios muebles de jardín fuera. Karin se asustó cuando vio lo que había en el césped. Le dio un codazo a Kihlgård.

–Mira.

Un cubo amarillo y una pala. El único signo de que había niños cerca. Karin echó un vistazo por la ventana del granero. Kihlgård notó que a su compañera le costaba respirar.

–Ven aquí, Martin, date prisa.

Echó abajo la puerta vieja y entró a toda prisa. Kihlgård la seguía de cerca. Dentro estaba todo lleno de escombros y en una de las esquinas un coche aparcado.

–¿Has visto qué coche es? –preguntó Karin agitada.

–Un Saab azul... ¡Es el coche de la familia Forss!

A simple vista, no había nada que llamara la atención. Entonces, Kihlgård abrió el maletero en el que se veían claramente manchas de sangre.

Los dos agentes se miraron y echaron a correr hacia la casa con las pistolas desenfundadas. Las persianas venecianas de la planta baja estaban bajadas, por lo que era imposible ver el interior. Entraron por el pequeño porche de la entrada y llamaron a la puerta. Esperaron un momento, luego golpearon más fuerte. Nada. No había timbre tampoco.

–Parece que no hay nadie –dijo Karin en voz baja–. Tampoco se ve ningún coche aparcado.

Intentó girar el pomo, pero la puerta estaba cerrada. Oyeron maullar a un gato dentro.

Kihlgård dio un par de pasos a un lado.

–Quizá lo mejor sea que te apartes un poquito –le dijo a Karin.

Ella lo miró dubitativa.

–¿Hablas en serio? –le preguntó–. ¿Estás pensando en darle una patada a la puerta?

No podía decirse que su compañero estuviera en forma precisamente.

–Claro –le contestó–. ¿Se te ocurre otra idea mejor?

–¿No deberíamos comprobar si hay algún otro modo más sencillo de entrar? Piensa con la cabeza.

–Eso no es una idea mejor, pero gracias por la consideración –dijo Kihlgård, y le dio una patada a la puerta.

Se encontraron dentro de un recibidor oscuro. A un lado estaba la cocina. Karin echó un vistazo rápido, vacía. Junto a la escalera que subía al segundo piso había una puerta que parecía cerrada con llave. Oyeron unos maullidos agudos de unos gatitos al otro lado, también el ruido de una televisión encendida. Parecía una película infantil. A Karin le empezó a latir el corazón con fuerza.

Kihlgård consiguió abrir la puerta y la gata se coló dentro. Los dos agentes se quedaron quietos en el umbral. Había una película de dibujos animados en la televisión, los gatitos estaban por el suelo y, en el sofá, entre las mantas y los cojines, una niña pequeña dormida. Inmediatamente vieron que era Heidi Forss.

La iglesia de Öja estaba vacía y en silencio. A su alrededor, los muros de piedra gruesos y de casi mil años de antigüedad. Miriam pasó la mano por las paredes. Necesitaba estar allí, necesitaba paz y tranquilidad.

Tenía que ordenar sus pensamientos. Tomó asiento en una de las bancadas de la iglesia. Qué extraño era sentarse ahí, le daba una perspectiva totalmente nueva. Ella siempre se sentaba junto al órgano.

Miró a través de uno de los ventanales de la iglesia. Un viento frío había irrumpido por el noroeste. Las nubes, densas y grisáceas, se movían inquietas en el cielo y las hojas caían de los árboles. Pronto llegaría la oscuridad del invierno. El paisaje estaba en pleno cambio, al igual que ella. ¿Quién se habría figurado todo lo que pasaría después de la muerte de sus padres?

La vida dio un cambio aquella mañana en la que se encontró a Vilma Eliasson en la calle Södra Murgatan. Habían dejado sola a la niña, que jugaba sentada en el césped cuando ella fue a recoger su coche que estaba aparcado junto a la torre Kajsatornet. Se puso en cuclillas delante de Vilma e intentó hablar con ella, pero la niña no dijo ni mu. No había rastro de ningún adulto y le resultó extraño que dejaran a una niña tan pequeña totalmente sola. Miriam trató de levantarla, pero entonces la niña tuvo una especie de ataque, su cuerpo se movía con sacudidas, los ojos estaban vueltos y echaba espuma por la boca. La invadió el pánico y tuvo miedo de que se estuviera muriendo, así que la metió en el coche para llevarla al hospital.

Pasados unos minutos, la niña volvió en sí y la miraba como si nada hubiera sucedido. Se sintió mal porque pensaba que era culpa suya que la pequeña hubiera reaccionado de una forma tan extraña. Pero ahora ahí estaba, quieta y en calma, en el asiento del copiloto.

En principio pensó en dar la vuelta, pero cambió de idea. Se le ocurrió que quizá se trataba de una señal de Dios. Le había puesto en su camino a aquella niña desamparada para que la cuidara. Había un propósito en todo eso.

En lugar de desviarse hacia la calle Södra Murgatan, tomó el camino para ir a su casa. La niña no reaccionaba, simplemente estaba allí sentada, entretenida con sus caballos de juguete. Cuando llegaron a casa, la pequeña

se subió al sofá, acarició a los gatitos que estaban hechos un montoncito unos contra otros y se quedó dormida. Miriam se sentó junto a ella y la acarició la mejilla, qué linda estaba allí tumbada. Entonces la levantó con cuidado y se la llevó en brazos hasta el dormitorio, donde la metió en la cama. Se quedó un buen rato en el umbral observando a la pequeña y sintió que la vida tenía una finalidad, que la niña había proporcionado un propósito a su vida. Y así pasaron los días.

Por las noticias consiguió averiguar el nombre de la chiquilla, Vilma. Un nombre bonito, pensó. El nombre significaba guerrera impetuosa. La criaría para que se convirtiera en una guerrera fervorosa de Dios. Pero entonces, Dios cambió de idea. La pequeña con la que tanto se había encariñado no era la que Dios le había prometido a pesar de todo. Vilma volvió a tener convulsiones, esta vez más fuertes. Y eso la asustó, pues creyó que la chiquilla se moriría. Al pensar en lo que había hecho, cayó presa del pánico, comprendió que no estaba bien, que nunca funcionaría.

Decidió dejar a la niña en el mismo sitio y a la misma hora. Así sería como si nunca hubiera desaparecido.

Poco después, el jardín de Miriam Kviberg era un hervidero de coches de policía. Heidi Forss parecía ilesa, pero continuaba profundamente dormida, lo cual indicaba que había tomado una dosis considerable de somníferos para su corta edad. Cuando la ambulancia salió hacia el hospital, se cortó el acceso al jardín.

–La cuestión es dónde narices está Miriam Kviberg –dijo Karin irritada mientras pensaba qué pasos deberían dar Kihlgård y ella. No hizo falta averiguarlo, Wittberg fue hacia ellos a toda prisa.

–Acabo de contactar con el pastor de la iglesia Öja. Me ha contado que a veces Miriam se retira a la torre para rezar a solas. Se puede pasar horas allí arriba. Es como un refugio para ella.

–Quizá merezca la pena intentarlo –dijo Karin–. Vamos para allá.

Karin y Kihlgård se metieron en un coche y otro coche de patrulla los siguió. Se dirigieron hasta la carretera principal y tomaron la dirección norte, hacia Burgsvik y después hasta Öja. Cuando pasaron por la casa de la familia Forss, que se encontraba al lado de la iglesia, Karin pensó en la tragedia que habían sufrido. Aun así, se alegraba de que David no fuera el culpable.

Cuando salieron del coche, miraron a su alrededor y vieron que había otro coche aparcado.

–¿Será el de Miriam Kviberg?

Karin hizo la pregunta al aire y se encaminó hacia el vehículo. Un vistazo al parabrisas le dio la respuesta. Había un cuaderno con el nombre de Miriam escrito en la tapa.

–Es su coche –les dijo a los demás, y se apresuraron a entrar en la iglesia.

Miriam inclinaba la cabeza, cerraba los ojos. Trataba de concentrarse. ¿Se manifestaría Él de una vez por todas? Él debía manifestarse. Él y solo Él. Había salvado a la chiquilla de sus padres, que no habían sido capaces de cumplir con sus obligaciones. Había hecho lo que Él había mandado, ella formaba parte del plan de Dios.

Había protegido a la pequeña bajo sus alas. Sus padres ya no tenían ningún derecho, Heidi se quedaría con ella. Todo tenía un propósito. Tenía sentido que Miriam hubiera sido testigo de cómo Anna se había alejado de su hija en el mercado de Hemse. Cómo la había abandonado. No dudó un segundo. Cuando le llevó a Heidi otro helado, la niña le agarró de la mano y se fue con ella. Ahora tenía la esperanza de que Dios tomara su mano. De la misma forma en que ella tomó la de la niña, esperaba que ahora Dios la viera como su hija.

Repasó mentalmente los sucesos del día anterior. Sabía que había reaccionado de manera correcta y adecuada. Entonces inclinaba la cabeza mientras recordaba el calor de la mano de la pequeña y sentía que todo era parte del amor de Dios, esa manita caliente agarrada a la suya.

Alzó la mirada y al asomarse a la ventana se percató de que había un coche de policía a lo lejos, en el aparcamiento. Bueno, ya estaban ahí. Quizá también aquello tenía una finalidad. Los caminos del Señor son inescrutables, pensó. Así debe ser.

Durante un instante dudó acerca de qué hacer. Luego se puso de pie y pareció como si de repente entendiera que quería Dios hacer con ella. Cuáles eran sus intenciones. Se levantó del banco y fue a la puerta que llevaba a la torre, que conducía a Dios.

La estrecha escalera subía en círculos. Estrecho es el camino que lleva a Dios y pocos son los que lo encuentran, pensaba mientras se apresuraba a subir.

Se detuvo al oír una voz. La oyó muy claramente. Salía de las gruesas paredes que la rodeaban. Una especie de voz grave que la animaba a ir hacia Él. Sonrió. El corazón le latía a toda velocidad, así que continuó hacia arriba,

de forma mecánica, parecía que sus piernas se movieran solas. Hasta se mareó un poco.

Llevaba toda la vida esperando ese momento. Sentía una fuerza de atracción, un campo de energía magnética que la conducía hacia arriba. Le estaba ayudando a acercarse a Él, todavía más. Lo sentía en las paredes, en el cuerpo, en la cabeza. Había encontrado el camino. Él la llamaba y ella se apresuraba por acudir a su encuentro. Con cada paso que daba percibía aún más Su presencia. Los ruidos que la rodeaban desaparecieron, tan solo oía sus propios pasos por la escalera, su propia respiración. Siguió subiendo.

Enseguida vieron la entrada a la torre. Estaba entreabierta, justo al lado del órgano. Desde allí subía una escalera estrecha y tortuosa. Ambos agentes se metieron a presión por la puerta.

–Miriam, en teoría, está en alguna parte en la torre –dijo Karin en voz baja.

–Sí, su coche está fuera, así que presuntamente se encuentra en la iglesia, y además la puerta de la torre está entornada. Menuda capacidad de deducción, amiga –dijo Kihlgård–. ¿Quién va primero?

–Yo iré delante –se ofreció Karin, que prefirió ignorar el tonito de su compañero–. Tú ve detrás, así evitarás que me caiga, en caso de que me tropiece.

–Es porque te crees que no puedo llegar hasta arriba –le reprochó Kihlgård. Sacaron las pistolas y comenzaron a subir sigilosamente.

Cuando llegaron al primer descansillo pararon para recobrar el aliento. Escucharon con atención y miraron hacia el techo. No se oía nada. Entonces, Karin señaló las pisadas recientes en el polvo, no había ninguna duda de que Miriam Kviberg estaba allí. Karin echó un vistazo por una de las aberturas de la torre. Se veían los coches abajo. Al descansillo le seguían ahora unas escaleras empinadas de madera.

La siguiente plataforma estaba situada un poco más arriba. Cada vez resultaba más duro subir y Karin se preguntaba hasta dónde habría llegado la cantora. Debían estar al menos por la mitad de la torre. De repente oyeron un ruido. Karin se quedó quieta, parecía que la cantora estaba más cerca de lo que imaginaba. ¿Iría armada?, dudó. ¿Sería mejor seguir o esperar a que vinieran los refuerzos? Miriam Kviberg podría escapar por muy poco.

Decidieron continuar, pues pronto llegarían al descansillo, aunque no podían distinguir nada, tan solo veían la plataforma encima de ellos. Al poco, alcanzaron el borde y consiguieron ver a Miriam Kviberg. Parecía estar sentada esperando a los agentes.

Karin se giró hacia Kihlgård.

–Quédate aquí y pide refuerzos. Creo que es mejor que suba yo sola.

Vio que la cantora no estaba sentada, sino de rodillas en una esquina, con los brazos extendidos hacia el techo como en una plegaria. Tenía los ojos cerrados. Llevaba puesta una falda larga y negra y un abrigo ancho, el conjunto parecía como si fuera una sola prenda. Tenía el pelo recogido en un moño bien apretado. Karin guardó la pistola y subió al descansillo con la mirada fija en Miriam, que la miraba con gesto tranquilo. Se la veía contenta, en cierto modo, casi parecía esbozar una sonrisa.

–¿Qué tal estás? –preguntó Karin.

La cantora alzó la mirada, confusa.

–¿Vienes a buscarme?

–Sí.

–Es demasiado pronto –contestó la cantora–. No estoy lista. –Agachó la cabeza y cerró los ojos.

–Tienes que venir conmigo –dijo Karin.

La cantora le lanzó una mirada implorante.

–Por favor –suplicó–. Tan solo necesito una respuesta, llevo esperando toda mi vida. Ahora Él debe responderme.

Karin dudaba, ¿debería detenerla, esposarla y llamar a Kihlgård?

Seguía sin saber qué hacer, sobre todo después de ver que a la cantora le temblaban los brazos que seguían levantados hacia el techo. Entonces se giró hacia Karin. Le brillaban los ojos, estaba completamente sumida en su mundo.

–Mi Señor me ha respondido. Ya estoy lista.

–¿Va todo bien? –preguntó Karin.

–Muy bien, gracias. Me siento de maravilla –repitió, y le mostró una sonrisa deslumbrante.

Karin comenzó a acercarse.

La cantora levantó la mano derecha y se llevó el dedo índice a los labios.

–¡Chss! –susurró–. ¿No Lo oyes?

Karin echó un vistazo rápido a su alrededor, como si hubiera alguien cerca. Se le acababa de ocurrir que tal vez Miriam Kviberg no estuviera sola. De repente, olió el peligro y echó mano de la pistola que tenía en el bolsillo.

–¿Hay alguien más aquí? –preguntó.

–Claro que sí, ¿no Lo ves?

Con el pulso acelerado, Karin echó otra ojeada alrededor. Se dio la vuelta y miró a sus espaldas lo cual hizo que la mujer soltara una risita al otro lado del descansillo.

–¿De qué va todo esto? –le preguntó Karin irritada. Aquella mujer la estaba haciendo perder los nervios.

–¿No Lo ves? –dijo con tono de júbilo–. Él está aquí. Ya ha venido. ¿No ves al Señor?

Knutas estaba en la cama despierto contemplando la oscuridad. Le era imposible conciliar el sueño. Dentro de unas horas tendría que levantarse para ir al aeropuerto con Karin y tomar un vuelo a Gran Canaria. Volver al macizo montañoso donde sucedió el accidente le atraía y a la vez le asustaba. De primeras, pensó que la idea de Karin era buena. Le parecía lógico creer que podría ayudarle el hecho de sustituir con nuevas experiencias aquellos desagradables recuerdos del lugar donde había vivido algo tan traumático, algo que le hacía rememorar episodios insoportables de los que no podía liberarse y que, meses después, seguían atormentándolo. Sin embargo, cuando se lo comentó a la psicóloga, esta le advirtió de que podría ser positivo volver a ver un lugar del que se tienen recuerdos traumáticos si no se siente ninguna culpa respecto a lo sucedido, como, por ejemplo, en el caso de los familiares de las víctimas del *tsunami* de Tailandia o de los jóvenes asesinados en la isla noruega de Utøya. Sin embargo, según la psicóloga, si aún existía sentimiento de culpa el resultado podría ser el opuesto. Y era precisamente eso lo que sentía Knutas.

No sabía qué estaba bien y qué estaba mal, solo que quería volver a ser el de siempre y ni los antidepresivos ni las terapias estaban ayudándole con los recuerdos molestos que le doblegaban.

Echaba de menos al antiguo Knutas. En realidad, era una persona bastante equilibrada que no solía tener una visión pesimista de la vida. Su única pretensión era volver a ser feliz, sin más, ya casi había olvidado lo que era la felicidad. A pesar de que había vivido momentos felices con Karin, cada dos por tres terminaba cayendo en el agujero negro. Anhelaba reincorporarse al trabajo al cien por cien. Sentirse válido y útil, ser una ayuda en lugar de una carga.

También deseaba poder darle más a Karin. Hasta ahora parecía que él no tenía mucho que ofrecerle, y quería hacer todo para que les fuera bien. Estaba completamente decidido a esforzarse todo lo que pudiera para hacerla feliz y darle lo que necesitara.

Después de pasarse alrededor de una hora más tumbado y dando vueltas, se

rindió, pues estaba completamente despierto. Era una tontería intentar dormir, así que se levantó, se duchó, se vistió, hizo la cama y recogió las cosas que le quedaban por meter en la maleta antes de tomarse un café rápido. Eran las cuatro de la madrugada y fuera la noche era negra como el carbón.

Le invadió una sensación de inquietud. La maleta estaba hecha, la cama también y las plantas, regadas. Él simplemente quería marcharse ya. Pero faltaba un buen rato hasta que llegara la hora de recoger a Karin. Decidió salir a dar un paseo y así hacer tiempo. Se puso una chaqueta y salió.

Fuera, el ambiente era frío y húmedo. Había llovido. Echó a caminar entre las casas, a oscuras por las calles desiertas, se sentía algo más animado. Comenzaba algo nuevo, pensó. Tal vez el viaje a Gran Canaria fuera justamente eso, un impulso hacia lo nuevo. Quizá ya se acerque el fin de esta etapa de depresión y pueda comenzar mi vida con Karin.

Tomó el camino que llevaba al cementerio, las lápidas tenían un aspecto fantasmagórico en mitad de la noche. Se oía el eco sordo de sus pasos al pisar el asfalto. Se le vino a la mente la madre de aquella niña, Frida Lindh, a la que encontraron asesinada entre las lápidas hace diez años. Qué caso tan espantoso. Se estremeció y hundió aún más las manos en los bolsillos.

En ese momento, oyó unos pasos detrás de él. Se dio la vuelta. Un hombre vestido con un anorak y con una capucha negra lo seguía. Iba a paso ligero y con la cabeza inclinada. Otro deambulante nocturno, se dijo Knutas. Le gustaba pensar que no era el único. Continuó andando. Después de un rato dejó de oír los pasos. El hombre habría girado por alguna calle perpendicular. Quizá iba de camino a casa tras una noche de juerga prolongada, aunque era bastante inusual para un martes del mes de octubre.

Corría un aire fresco. Knutas inspiró profundamente. Se alegraba de haber decidido salir a pasear en lugar de quedarse dando vueltas y vueltas en la cama sin pegar ojo, esperando que pasara el tiempo.

De pronto, volvió a ver al hombre de la capucha. Esta vez caminaba por delante de él, pegado al muro que rodeaba el cementerio. Estaba fumando. Aunque se encontraba bastante alejado, Knutas alcanzaba a ver la nube de humo a su alrededor. Qué curioso, pensó, y bajó de forma automática el ritmo. Tiene que haber tomado un atajo, pero ¿qué hace ahí parado? Puede que espere a alguien, ¿un encuentro en la oscuridad, quizá? Menudo lugar más siniestro ha escogido, justo al lado del cementerio.

Knutas se acercó al otro extremo del camino para alejarse de aquel extraño.

Según se fue acercando, empezó a tener un profundo sentimiento de intranquilidad. El hombre se cubrió la mitad de la cara con la sudadera con capucha que llevaba, de modo que solo se le veían los ojos y la frente. Knutas estaba a punto de darse media vuelta cuando, de repente, el desconocido se giró, saltó el muro con agilidad y se adentró en el cementerio.

¿Qué narices se trae entre manos?, pensó Knutas, aliviado por haberlo perdido de vista.

Aflojó el paso, pero continuó avanzando. Doblaría en la siguiente calle y se iría a casa. Ya había tenido bastante.

Quería llegar a casa tan pronto como fuera posible, así que cruzó la ciudad desierta y dormida a paso rápido. El corazón le latía con fuerza. No le apetecía verse envuelto en alguna historia justo antes de irse de viaje con Karin. Ahora que la vida por fin volvía a su curso.

Llovía a cántaros. Karin metió la última prenda en la maleta. El avión al aeropuerto de Arlanda despegaba a las 6.40 y dos horas después emprenderían el vuelo a Gran Canaria. Miró por la ventana. Era hora de irse. Soplaban el viento y hacía una noche fría y oscura que no invitaba a salir. No es que se fueran de vacaciones a tomar el sol precisamente, pero bueno... Había mirado qué tiempo haría en el Puerto de Mogán, donde se alojaban. Veintiséis grados y sol. Justo lo que deseaba. Además, esperaba que volver al lugar del accidente le fuera bien a Anders, quizá le ayudara. La psicóloga le había manifestado sus dudas, pero al final él pensó que era una buena idea y Karin se alegraba de que quisiera que ella estuviera presente.

Por suerte, habían cesado las pequeñas amenazas que supuestamente eran obra del único superviviente del accidente, el marido de Vera Petrov, Stefan Norrström. Soltó un suspiro para sí misma. Sería genial poder pasar página y que ella y Anders pudieran retomar su vida como pareja. Había pensado en que podrían irse a vivir juntos, ya no le gustaba dormir sola en su cama ni despertarse sin él a su lado. Quería estar con él a todas horas.

También era fantástico dejar atrás la investigación. La cantora, Miriam Kviberg, estaba en prisión provisional a la espera de juicio. Confesó haber secuestrado a las dos niñas y el asesinato de Anna Forss. También reconoció que fue ella quien dejó la pala en el exterior de la casa de los Forss. El caso estaba resuelto. Heidi Forss volvió con su padre y no parecía sufrir secuelas graves por el secuestro. Miriam Kviberg la había tratado bien, aunque la muerte de la madre fue un *shock* para la niña. A modo de compensación, la habían dejado quedarse los gatitos. Además, nadie le contó lo que había sucedido, que Miriam había asesinado a su mamá. Ya se enteraría con el paso del tiempo.

Cerró la maleta y regó las plantas en abundancia, tenían que aguantar una semana. De la cacatúa se haría cargo el vecino.

Pensó de nuevo en la cantora. Qué mujer tan singular y misteriosa. Había vivido con sus padres en la granja toda la vida. ¿Fue la soledad lo que la empujó a secuestrar y asesinar? Le costaba entender cómo una persona podía

estar tan desesperada. Pese a todo, se la veía en paz cuando la detuvieron y durante el interrogatorio de después.

Se había encontrado con Dios, dijo, por fin. Algo a lo que había aspirado toda su vida y que por fin había sucedido.

Karin apagó las luces, agarró la maleta y salió del piso.

Knutas le dio un último repaso a la casa antes de marcharse. Iría en taxi y, de camino al aeropuerto, pasaría a recoger a Karin. Por primera vez en mucho tiempo sentía el corazón más ligero. Cuanto más pensaba en volver al lugar del accidente en Gran Canaria, más acertado le parecía. Ya no iba a escaquearse.

Se puso una chaqueta, abrió la puerta y agarró el equipaje. Fuera seguía estando oscuro, solo eran las cinco y media de la mañana. Le gustaba salir a buena hora. El aire era fresco, lloviznaba y el asfalto emitía un brillo de un negro reluciente. Cuando fue a mirar si la gata seguía allí, se acordó de que ya no estaba. Pensar en ello le hizo temblar. Aún no se había molestado en llamar al taxi, quería fumar tranquilamente antes. No tenía arreglo, sacó su vieja pipa, que había vuelto a usar, y la cargó como hacía en el pasado.

La encendió y le dio una calada. La calle estaba desierta y no había luz en las casas, pues era temprano todavía.

Se recostó en la verja, pero no se sintió del todo cómodo. Se puso a pensar en el hombre encapuchado que había encontrado en el paseo.

De pronto se percató de que había un coche aparcado al fondo de la calle. El vehículo no tenía nada de especial, excepto que estaba parado junto a la acera y que había alguien dentro. Vio la silueta detrás del volante, en el asiento del conductor. Primero pensó que estaría esperando a otra persona, pero algo le hizo sospechar. Se acordó del hombre encapuchado de nuevo. Dudó. ¿Sería mejor que entrara en el jardín para esperar allí al taxi o que pasara al lado del coche para ver quién había dentro?

Muchas imágenes se le pasaron por la mente. La cafetera, su gata muerta en el porche. Todavía no estaba seguro de si su mente le estaba jugando una mala pasada o si alguien entró en su casa y puso la cafetera en marcha. Si *Elsa* hubiera muerto por causas naturales, quizá hubiera tratado de volver a casa y hubieran sido los pájaros quienes le hubiesen provocado las heridas. O quizá no. Podría ser una broma de mal gusto o una amenaza. De ser así, podría venir de parte de Stefan Norrström. ¿Acaso era él quien estaba en el

coche espiándolo? ¿Qué quería ese hombre? Tal vez, lo mejor sería averiguar si se trataba de él.

Knutas se armó de valor, dio media vuelta y caminó a paso ligero hacia el coche aparcado.

Entonces el motor arrancó, oyó cómo aceleraba a fondo y se dirigió hacia él. A Knutas le dio tiempo a reconocer a Stefan Norrström al volante.

Agradecimientos

Gracias a Cenneth Niklasson y a mis hijos Bella y Sebbe por su amor, apoyo y consideración, por todo lo que me dais y me habéis dado.

Gracias a todos mis amigos, sobre todo a Katerina Janouch, Maria Ernestam, Katarina Wennstam, Maria Sveland, Mian Lodalen, Lilian Andersson y Ulrika Hall, gracias por estar cerca.

Gracias a mi hermana Ewa Jungstedt Pilestål por estar presente y por su apoyo a lo largo de este año de cambios.

Y gracias a Ruben Eliassen por inspirarme y ayudarme con el libro.

Muchas gracias también a:

Ulf Åsgard, psiquiatra y especialista en perfiles criminales.

Lena Allerstam, periodista.

Magnus Frank, inspector de policía de la comisaría de Visby.

Johan Gardelius, miembro de la Policía científica de Visby.

Martin Csatlos, departamento de medicina forense de Solna.

Johan Fingal, catedrático.

Liv Sandström, cantora, iglesia de Öja.

Walter Wiklund, pastor, iglesia de Öja.

Tara Djume, artista, Arguineguín, Gran Canaria.

Yanira Suárez, salón de belleza Jenny, Arguineguín.

Jennifer Ortega, salón de belleza Jenny, Arguineguín.

Anders Larsson y Cecilia Lindberg Larsson, salón de belleza Casa A2, Visby.

Inger Ahlström, Kjell Nilsson y Urban Bogren, criadero de pavos Källstade.

Mil gracias a todos los profesionales de la editorial Albert Bonniers Förlag, principalmente a mi editora Lotta Aquilonius y a la redactora Ulrika Åkerlund. También a la diseñadora Sofia Scheutz, a mi agente de prensa Anna-Karin Korpi y a la fotógrafa Anna-Lena Ahlström.

Gracias también a Anna-Karin Eldensjö, de la empresa ATN.

Y, por último, pero no menos importante, gracias a todos los compañeros escritores por vuestro apoyo, inspiración y por los buenos ratos que pasamos.

MARI JUNGSTEDT

MAEVA defiende el copyright©.

El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

© Mari Jungstedt, 2018

© de la traducción, José Luis Martínez Redondo Y Alicia Puerta Quinta

© de la cubierta, Alejandro Colucci

© Maeva Ediciones, 2018

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

ISBN: 9788417108892

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

* En la Iglesia de Suecia, el cantor no solo es el responsable musical de la parroquia, también participa en la planificación y ejecución de misas y se encarga de diferentes acontecimientos eclesiásticos como los salmos, la liturgia y los componentes musicales. Actúa como director del coro y responsable del órgano de la iglesia. *(N. de los T.)*